
HARLEQUIN
Amantes
Jazmín Top
MARIE FERRARELLA
Te conquistaré
POLICE

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Te conquistaré, n.º 25 - abril 2014
Título original: Lassoing the Deputy
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4338-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

Había estado a punto de no verla.

La carta había llegado a primera hora de la tarde junto con un montón de publicidad, folletos y catálogos que le ofrecían desde carne, que le llevarían directamente a su apartamento de Beverly Hills, a juguetes y artilugios que «solo un profesional exigente podía apreciar» o, ya puestos, pagar.

Los lanzó todos al cubo de la basura, pero falló el tiro y algunos cayeron al suelo de la cocina.

Los recogió para tirarlos, y fue entonces cuando vio la carta de su abuelo, oculta entre dos catálogos.

Estuvo a punto de no abrirla.

Quería mucho a su abuelo. Harry Taylor era el único pariente que le quedaba y la mejor persona que conocía, pero el agujero negro en que su nieto había caído hacía cuatro meses era cada vez más profundo.

Quería que su dolor y su sentimiento de culpabilidad acabaran de una vez.

Otro tal vez se hubiera perdonado a sí mismo por lo sucedido, pero él era incapaz de hacerlo, y últimamente la carga le resultaba demasiado pesada.

De todos modos, la carta continuaba reclamándolo.

Su abuelo, que se negaba en redondo a tener algo que ver con «tonterías modernas» como los ordenadores o Internet, prefería comunicarse a la antigua usanza, con pluma y papel.

Con la carta en la mano, Cash Taylor sonrió por primera vez desde hacía semanas pensando con afecto en el anciano que la había escrito.

Su abuelo siempre había respondido cuando lo había necesitado. Los había acogido en su casa a su madre y a él al morir su padre en un accidente, y había sido su tutor al morir su madre un año después, víctima de un cáncer.

Era un hombre sencillo, honrado y trabajador que no sabía nada

de lo sucedido ni de lo que ocurría en la vida de su nieto.

Cash recordó, y no era la primera vez, que los años vividos en el rancho, en el pueblo de Forever, habían sido los mejores de su vida.

Abrió la carta con precaución. Era muy corta, ya que su abuelo no se entusiasmaba con sus propias palabras.

Voy a casarme otra vez. ¡Con la señorita Joan! ¿Te lo puedes creer? He conseguido vencer su resistencia. La boda será dentro de tres semanas. Sé que estás muy ocupado, pero me haría mucha ilusión que estuvieras aquí conmigo. Te echo de menos.

Tu abuelo

Eso era todo.

Cash metió la carta en el sobre con pesar. Ansiaba recobrar lo que había tenido.

–Yo también te echo de menos, abuelo –susurró–. Más de lo que te imaginas.

En los años que había vivido con el anciano, este nunca le había pedido un favor. Pero en aquella invitación lo hacía por primera vez: le rogaba que acudiera a la boda.

Cash miró la pistola que había comprado esa semana para acabar con su dolor.

La misma, pensó entonces, que causaría dolor a su abuelo.

Después de todo lo que el anciano había hecho por él, de su amabilidad, amor y paciencia, no podía pagárselo suicidándose.

No sería justo.

Agarró el arma, se dirigió al lujoso dormitorio y la metió en el cajón inferior de la cómoda.

No podía decepcionar a su abuelo.

Iría a la boda, y ya tendría tiempo de hacer lo que tenía que hacer cuando volviera.

Solo más tarde se daría cuenta de que la invitación era un salvavidas al que se había aferrado con ambas manos.

Su abuelo lo había salvado por segunda vez.

Capítulo 1

El sheriff Rick Santiago se detuvo al volver de servirse un café. Dirigió una mirada pensativa a su única ayudante femenina, Alma Rodríguez, que tenía una expresión extraña y parecía estar muy lejos de allí.

Llevaba así desde el día anterior, lo cual no era normal en aquella mujer de pelo negro, siempre sonriente.

No estaba habituado a ver la tristeza en sus ojos castaños.

–¿Te encuentras bien, Alma?

Los pensamientos de Alma volvieron a la oficina del sheriff, y ella intentó prestar atención a su jefe.

–Claro. ¿Por qué?

–No sé. Pareces un poco... ida –afirmó el sheriff, a falta de una palabra mejor para describir lo que llevaba dos días contemplando.

–No, estoy bien –respondió ella con un exceso de entusiasmo. Gracias por preguntar –añadió, con la esperanza de que Rick volviera a su minúsculo despacho, similar a un armario para guardar escobas, y ahí cesaran las preguntas.

En condiciones normales le hubiera encantado hablar con su jefe, un hombre al que admiraba y que, además, le caía bien.

Forever era un tranquilo pueblo de Texas en el que no había mucho que hacer salvo cuando los devotos del alcohol bajaban la calle tambaleándose por haber bebido más de la cuenta o cuando el gato de la señorita Allen se subía de nuevo a un árbol del jardín.

Con respecto a la señorita Elisabeth, hacía más de un año que no andaba por la calle en camisón.

En Forever, el delito estaba de capa caída, por lo que a Alma le sobraba el tiempo para pensar en cosas que no quería.

Como el regreso de Cash Taylor, aunque fuera por poco tiempo.

No estaba preparada.

Harry Taylor le había comunicado alegremente el día anterior que su nieto iría a la boda.

A Alma se le había formado un nudo en el estómago, y allí

seguía.

–Te lo pregunto –prosiguió Rick– porque, aparte de la cara de preocupación que tienes, el café que has hecho esta mañana está muy cargado. No me importa, y creo que a Joe tampoco –dijo refiriéndose a su cuñado, Joe Lone Wolf, que también era su ayudante–. Nos gusta muy fuerte, pero es posible que Larry te amenace con demandarte –esbozó una sonrisa al referirse a su tercer ayudante, Larry Conroy, cuyos modales dejaban mucho que desear–. Y eso después de que se levante del suelo y deje de ahogarse y de farfullar.

Se detuvo un momento y respiró hondo.

–Creo que has puesto el doble de café –apuntó el sheriff amablemente, como si se tratara de un error habitual–. Como sé lo cuidadosa que eres, me parece que estabas distraída.

Rick la miró a los ojos del modo que empleaba para que los ladrones de caramelos de diez años confesaran al instante. Le había funcionado muy bien con los pocos sospechosos que había tenido que interrogar.

–¿Quieres desahogarte, pero se trata de algo que no te apetece contar en casa?

La familia de Alma estaba compuesta por cinco hermanos varones y el padre, y la vida hogareña no era muy femenina. A Alma no le importaba, ya que ella tampoco lo había sido en exceso. Era competitiva y le encantaba ganar a sus hermanos en lo que fuera. Pero había momentos en que echaba de menos tener a una mujer con la que hablar y a la que confiarse. Eran pocos, pero se daban.

Como en los dos días anteriores.

Rick había percibido el cambio en ella, una diferencia en su actitud. Estaba ausente.

–Lo que quiero decir –prosiguió él al ver que no obtenía respuesta– es que puedes hablar conmigo cuando quieras, aquí o fuera de aquí.

Ella esbozó una leve sonrisa.

–Ya lo sé, y te lo agradezco –trató de parecer más animada–. Pero no me pasa nada, de verdad.

Rick se dio cuenta de que se resistía, por lo que no siguió presionándola.

–Salvo el error del café.

–Salvo eso –reconoció ella–. Lo siento –dijo mientras se levantaba–. Voy a tirarlo antes de que Larry lo pruebe.

–Buena idea.

Rick se dirigió a su despacho. Era la primera vez que Alma le había mentido. Pero, cuando estuviera dispuesta a hablar, él estaría allí para escucharla.

Pensó, mientras se sentaba a su escritorio y miraba la foto de su esposa y de su hija, que Alma se sentiría mejor si hablara con Olivia, por lo que se le ocurrió que podía enviar a su esposa a verla con cualquier pretexto para que después le propusiera que fueran a comer juntas. Había algo que preocupaba a su ayudante, y estaba dispuesto a averiguarlo como fuera. No le gustaba ver sufrir a los demás.

Alma vació la cafetera en el fregadero de la minúscula cocina y, mientras lo hacía, tuvo que reconocer que el café parecía barro, y se dijo que prestaría atención al preparar otra cafetera.

Había sido una estúpida al perderse de aquel modo en sus pensamientos. No era propio de ella, que podía hacer tres o cuatro cosas a la vez.

El sheriff tenía razón, se dijo mientras medía la cantidad exacta de café. Esa mañana había puesto el doble. Era inaceptable distraerse de ese modo.

Era cierto que en aquel pueblo no había que estar constantemente alerta como en las grandes ciudades. No se producían situaciones de vida o muerte, salvo en la época de los incendios. Pero eso no era una excusa.

Cash la estaba trastornando, y eso que aún no había llegado. ¿Qué le sucedería cuando estuviera allí?

«Todo saldrá bien, ¿me oyes?», pensó.

Aunque no fuera la época de los incendios, a ella se lo pareció. Aunque aquel era un fuego distinto, porque lo que ardía era su corazón.

Contó las tazas de agua que añadió al café, no fuera a ser que se volviera a equivocar y todos en la oficina tuvieran que salir corriendo, con retortijones, a la clínica del doctor Davenport.

«Tienes que controlarte, Alma. Solo es un hombre. Lo más probable es que Cash esté gordo y casado y que no se parezca en

nada a como lo recuerdas. Así que deja de pensar en él», se ordenó a sí misma.

Pero no conseguía quitarse de la cabeza su rostro la última vez que habían estado juntos, justo antes de que él se marchara de Forever y la dejara para siempre.

–¿Estás bien, Alma?

Esa vez era Joe Lone Wolf. Ella se sobresaltó al darse cuenta de que estaba a su lado. No lo había oído llegar, pero Joe era un indio navajo, por lo que caminaba sin hacer ruido alguno.

–Sí –dijo ella, enfadada–. ¿Por qué lo preguntas?

–En primer lugar, porque tienes el ceño fruncido. Creo que no te lo había visto hacer antes. Por eso he pensado que te pasaba algo y que tal vez te pudiera ayudar –señaló la cafetera con la cabeza–. ¿Ya está listo?

–Faltan un par de minutos –replicó ella, aliviada por poder cambiar de tema.

Tenía que dejar de estar a la defensiva, ya que lo único que hacían Rick y Joe era preocuparse por ella.

A diferencia de Cash.

–Y no me pasa nada –mintió. Ya era la segunda mentira del día, y se preguntó dónde estaría el límite.

¿Dos mentiras?

¿Diez?

¿Doscientas?

–Solo estaba pensando en lo que le iba a regalar a la señorita Joan por la boda.

–No dejes fuera a Harry –dijo Larry uniéndose a la conversación al entrar en la cocina–. Van a ser una pareja: la señorita Joan y Harry.

El joven ayudante negó con la cabeza.

–La señorita Joan casada. Vaya. Se me hace difícil verla así –se sirvió una taza de café–. Me pregunto si subirá los precios después de la boda.

Alma no veía la relación.

–¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Larry se sirvió cuatro cucharadas de azúcar, y Joe se estremeció al pensar en todo ese dulzor.

–Bueno, va a comenzar una vida de casada, lo que significa que

querrá tener muchas cosas nuevas, que cuestan dinero, y su fuente de ingresos es la cafetería. La señorita Joan subirá los precios, ya lo verás, y tendré que traerme los sándwiches de casa.

–Para eso tendrás que aprender a preparártelos –afirmó Joe en voz baja.

Larry pareció no haberle oído, pero sí oyó las protestas de Alma, que tenía un lugar especial reservado en el corazón para la señorita Joan. La mujer le había dado trabajo en la cafetería cuando tenía quince años para que, junto con sus hermanos, pudiera ayudar a su padre a pagar el coste médico de tratar de prolongar la vida de su madre. Alma sabía que la señorita Joan le había pagado más del sueldo habitual.

–La señorita Joan no va a hacer eso –insistió–. No es de esas. Además, ya tiene todo lo que necesita, en la cafetería o en casa.

–Y Harry no ha estado viviendo en un árbol todos estos años –apuntó Joe apoyando a Alma.

Larry probó el café y le añadió crema de leche.

–Es cierto. Tiene el rancho y la casa.

La casa en la que Cash había vivido ante de marcharse para ir a la universidad, antes de dejar a Alma.

Esta lanzó un grito cuando tocó la cafetera con el dorso de la mano. Disgustada consigo misma, apretó los labios mientras la retiraba.

–Te vas a quemar la mano –la previno Larry cuando ya era tarde.

–Ya lo ha hecho –observó Joe. Agarró la mano de Alma–. Ponla debajo del agua fría, primero, y después te pondré una cataplasma que...

Ella retiró la mano. Lo único que le faltaba era que la cuidara como si fuera una doncella en apuros.

«Contrólate de una vez», se repitió.

–Estoy bien, de verdad –le dijo a Joe. Levantó la cabeza y vio que Rick había entrado en la cocina, probablemente atraído por su grito, que la había dejado en ridículo. Se había esforzado mucho para que la respetaran, y en cuestión de minutos estaba perdiendo el terreno ganado.

Aquello tenía que acabar.

–Dejadme tranquila.

–Lo haremos cuando dejes de comportarte como si esperaras que se te apareciera el fantasma de la Navidad en cualquier momento –dijo Rick.

Ella pensó que Rick lo sabía, y que lo más probable era que Joe también. Debía guardarse sus sentimientos para sí misma y no exponerlos a la vista de todos.

Y que la compadecieran.

–No espero ver espíritu alguno. Estoy un poco preocupada, eso es todo. Vosotros también lo estáis en determinados momentos.

–Sí, pero eres Alma, y no haces esas cosas –dijo Joe con voz tranquila–. Eres la que nos tiene a raya.

–El elogio es una buena manera de distender la situación –comentó Rick mientras Alma se metía en el servicio para poner la mano bajo un chorro de agua fría.

–Con Mona funciona.

Rick se echó a reír.

–Pues voy a intentarlo con Olivia la próxima vez que se enfade.

Larry hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Sois los dos unos calzonazos.

–No, somos considerados –apuntó Joe.

–E inteligentes –añadió Rick–. Se cazan más moscas con miel que con vinagre. De todos modos, ya hablaremos cuando estés casado, Larry.

–¿Casado yo? Bromeas, ¿no? ¿La misma rutina todas las noches? No, gracias. No voy a casarme.

–Muy bien, Larry. Tú sigue soñando –dijo Joe palmeándole el hombro.

–No sabes lo que te pierdes –observó Rick.

Lo decía en serio, porque, por primera vez en la vida, sabía la diferencia entre estar resignado a la suerte que le había tocado a uno o estar realmente contento con ella. Y Olivia y su hija lo hacían muy feliz.

Larry masculló algo ininteligible y volvió a su escritorio.

–Está celoso –concluyó Joe.

–Es evidente –asintió Rick.

Al salir de la cocina, se puso serio y le dijo a Joe en voz baja:

–Hazme un favor: vigila a Alma.

–De acuerdo.

Alma los oyó. No le hacía falta que la vigilaran. Lo que necesitaba era que Cash no volviera a Forever a estropear lo que de otro modo sería una ocasión festiva.

Pero no había solución. Cash iría a la boda y ella tendría que hallar la forma de aceptarlo hasta que volviera a marcharse.

No era justo, pensó mientras guardaba la lata de café en el armario y recogía automáticamente la cocina, que a ella le siguiera importando Cash cuando era evidente que él no sentía lo mismo por ella.

Pero saldría adelante.

¿No había tenido que enfrentarse a la enfermedad de su madre, a tener que ponerse a trabajar muy joven para ayudar a su padre a pagar las facturas médicas? Facturas que hubo que pagar aunque, al final, su madre no se hubiera curado. Había sucumbido a la insidiosa enfermedad que la roía por dentro. Al final, no era más que un espectro de la mujer de ojos brillantes y llena de vida que había sido.

¿Y no había hecho frente a la dura realidad de no poder ir a la universidad, como había hecho Cash, gracias a la insistencia de su abuelo, para cumplir su sueño de ser abogado?

Podía haberse dado por vencida entonces, pero no lo hizo. En aquella época creía que Cash volvería cuando obtuviera la licenciatura. Resuelta a que no se avergonzara de ella, comenzó a seguir cursos nocturnos en Internet mientras seguía trabajando en la cafetería de la señorita Joan.

Al final obtuvo un título en Criminología. Y fue feliz cuando Rick la contrató como ayudante.

Su objetivo final era llegar a ser sheriff cuando Rick decidiera marcharse del pueblo.

Si no lo hacía, se iría ella. Pero todo eso formaba parte de una nebulosa futura. En aquel momento, el pueblo en el que había nacido seguía siendo su hogar.

Un hogar a punto de ser invadido.

Después de recoger, volvió a la sala principal y a su escritorio.

Tendría que…

Sus pensamientos se interrumpieron bruscamente y el corazón se le desbocó.

Cash estaba allí, en medio de la oficina del sheriff.

Frente a ella.

Capítulo 2

–Alma, mira a quien me he encontrado pasando por delante de la oficina –dijo Larry.

Era evidente que el ayudante lo había hecho entrar creyendo que estaba haciendo una buena obra.

–Por fin, el abogado de la ciudad se digna a volver a su pueblo. ¿Qué tal estás, Cash? –le preguntó mientras le estrechaba la mano–. ¿Ya te ha echado el lazo alguna elegante mujer de Los Ángeles?

–Estoy bien –respondió Cash automáticamente–. Y no, todavía no me han echado el lazo –lo dijo mirando a Alma en vez de a Larry.

Y le pareció que ella le estuviera mirando el alma.

Eso era lo que él le decía, que ella era su alma. Era un juego de palabras con su nombre, que en español significaba «alma». Y lo decía en serio. Entonces, ella era su principio y su fin.

Lo era todo para él.

Ese último verano, antes de que él se marchara a estudiar a la Costa Oeste, se quedó muy sorprendido al darse cuenta de que se estaba enamorando de ella.

Habían crecido juntos. Cuando su madre y él se fueron a vivir con su abuelo, él tenía siete años, y al cabo de poco tiempo le pareció que llevaba viviendo allí toda la vida y que conocía desde siempre a los hijos de la familia Rodríguez.

Alma y él se veían prácticamente todos los días, jugaban juntos y se peleaban. También era amigo de sus hermanos, sobre todo de Eli y Gabe, y ella siempre los acompañaba, por mucho que sus hermanos y él intentaran deshacerse de ella.

Por aquel entonces, él creía que era una pesada. No recordaba cuándo había cambiado de opinión. Poco a poco se hicieron amigos y, poco a poco, ella se convirtió en su mejor amiga.

Y, por último, en su primer amor.

Alma había formado parte de su vida cotidiana.

Hasta que él se marchó para ir a la universidad.

Se había marchado para labrarse un futuro. Eso era lo que creía. Pero, en algún momento, se había dejado atrapar por la novedad y la vida de una gran ciudad como Los Ángeles. Era un chico de pueblo que quería ser tan refinado y experimentado como los estudiantes que había en las aulas universitarias.

Al principio sentía nostalgia de su pueblo y estaba deseando recibir carta de Alma. Las devoraba como el hambriento devoraba hasta la última migaja de su comida.

Pero pronto descubrió que ser alto, rubio, guapo y con acento del sur atraía a las mujeres. Los chicos querían ser amigos suyos para que les sirviera de imán para las chicas. Ellas simplemente lo deseaban.

Al cabo de un tiempo, Cash se olvidó de contestar las cartas de Alma; y después, de leerlas. Se dijo que estaba muy ocupado con los exámenes, pero lo cierto era que lo estaba acumulando experiencias, como si tratara de recuperar el tiempo perdido.

Estudiaba mucho, pero cada fin de semana salía con una chica distinta. Como no iba en serio con ellas, se decía que no le era infiel a Alma.

Se decía que simplemente estaba estableciendo contactos que le ayudarían cuando fuera abogado.

Mucho después se dio cuenta de que, en realidad, se había convertido en un ser tan superficial como la gente con la que salía.

De todos modos, consiguió el título con unas de las mejores calificaciones de su promoción. Le llegaron ofertas de importantes bufetes para que hiciera las prácticas con ellos. Se decidió por el bufete más destacado, Jeffers, Wells, Baumann & Fields, especializado en defender a criminales.

Cuando comenzó a trabajar, se hizo el propósito de convertirse en el mejor becario que el bufete hubiera tenido en sus ciento tres años de existencia. Y lo consiguió.

Y en su ascenso hubo victorias y galardones. Y mujeres: muchas mujeres, cuyos nombres y rostros confundía.

Hasta el terrible día en que todo se desmoronó.

Todo eso pasó por su mente en cuestión de segundos mientras miraba a Alma, y sintió un vacío tan grande que ni siquiera le hizo daño.

–¿Cómo estás, Alma? –preguntó en voz baja.

No parecía la voz de Cash, pensó ella. ¿Lo había conocido en realidad o se lo había imaginado?

–Bien –contestó Alma. Y ante el incómodo silencio que se produjo, añadió–: tu abuelo me dijo que venías, pero no esperaba verte hasta justo antes de la boda.

No mencionó que su abuelo había hecho todo lo posible para prepararla ni que a ella se le había caído el vaso que tenía en la mano, que se hizo añicos sobre la barra de la cafetería, donde estaba al recibir la noticia.

Al principio, Cash sopesó la posibilidad de llegar el día antes de la boda, pero sabía que, si esperaba hasta entonces, no iría, porque la desesperación que lo invadía se habría incrementado hasta el punto de ser imposible de manejar.

Se encogió de hombros antes de responder a Alma.

–Tenía vacaciones, por lo que decidí venir antes y ponerme un poco al día.

–Buena suerte –contestó ella. Y, sin añadir nada más, pasó a su lado evitando mirarlo a los ojos.

Su voz la siguió.

–Me ha dicho mi abuelo que eres ayudante del sheriff.

Ella se volvió. Teniendo en cuenta que llevaba la misma camisa y los mismos pantalones de color caqui que los tres hombres que había en la oficina, hubiera sido difícil llegar a otra conclusión.

–Así es.

Él se rio suavemente.

–Quería comprobarlo por mí mismo.

–Pues ya lo has hecho.

Mientras pronunciaba esas palabras, Alma estuvo a punto de hacer una mueca de dolor.

¿Podían ambos parecer más forzados, más incómodos?

Antes de que Cash se hubiera marchado dejándole un montón de promesas, habían hablado de todo lo habido y por haber.

Más que conversación, lo que había era confianza. Ella confiaba en él como no lo había hecho en nadie, y él le abrió su corazón y le habló de su sueño de tener un futuro juntos. Era emocionante escucharlo.

Iban a cambiar el mundo.

Incluso, en los últimos momentos, recordó ella con dolor, le

había pedido que se fuera con él.

Había sido otro de sus sueños imposibles.

–No tengo dinero ahorrado –al igual que sus hermanos, cada centavo que ganaba se destinaba a pagar las astronómicas facturas médicas de su madre.

Era eso o que su padre perdiera el rancho para poder hacer frente a los gastos. Ella no podía consentir que eso sucediera porque quisiera irse con Cash a California.

–El dinero no importa –había dicho él con la convicción de los jóvenes–. Ya encontraremos la forma de salir adelante.

Ella había querido creerlo y marcharse con él.

Pero su sentido del honor y de la responsabilidad había impedido que abandonara todo impulsivamente y se fuera con Cash. No podía darle la espalda a su padre en un momento como aquel, aunque sabía que él la animaría a seguir los dictados de su corazón y le diría que lo entendía.

Pero le daba igual que su padre la entendiera; ella nunca se hubiera perdonado a sí misma.

Por eso tuvo que aprender a vivir sin Cash.

La última noche que pasaron juntos, él la miró con solemnidad, y ella pensó que nunca había visto tanta tristeza en una mirada.

Él le prometió que volvería.

Le dijo que, cuando él hubiera acabado la carrera y trabajara, ella podría dejar de trabajar y ponerse a estudiar, que él se lo pagaría.

Ella apenas lo escuchaba. Sentía tanto dolor ante la idea de vivir un solo día sin él que le resultaba insoportable. No pudo reprimir las lágrimas, y él la consoló. Y, como a veces sucede, una cosa llevó a la otra.

Fue la primera vez que hicieron el amor.

A la mañana siguiente, él se marchó con la promesa de volver, de hacer que estuviera orgullosa de él y de amarla toda la vida.

Mientras lo veía alejarse en su coche de segunda mano, cada vez más pequeño en la distancia, Alma estuvo segura de que iba a partírsele el corazón y de que se moriría allí mismo y en aquel instante.

Pero no se murió.

Solo se le partió el corazón.

Halló la forma de salir adelante. Le escribía todos los días. Al principio, vivía para esperar sus cartas.

La espera se hizo cada vez más larga, y las cartas, más escasas. Hasta que dejaron de llegar.

En la oficina del sheriff recordó cómo se había sentido cuando por fin reconoció que él no iba a volver.

–Tengo trabajo –dijo secamente a Cash–. Así que, si me disculpas...

Cash pensó que parecían dos desconocidos que no supieran cómo concluir una conversación incómoda. Y eso también era culpa suya.

Al igual que el asesinato de los Douglas.

–Claro, perdona –se disculpó–. No quería entretenerte. Tal vez podamos vernos más tarde –sugirió.

Alma contestó en tono neutro y carente de toda emoción.

–Tal vez.

«Cuando las ranas críen pelo», añadió para sus adentros.

–Me alegro mucho de volverte a ver, Alma. De verdad –dijo él, y se marchó.

Ella ni siquiera alzó la vista.

–Qué situación tan violenta –comentó Larry.

Lo único que le faltaba a Alma era hablar de eso con él. Le tenía cariño, pero era un hombre con el don de la inoportunidad.

–Larry, ayer traje magdalenas. ¿Por qué no te tomas una? –le sonrió–. Están en el armario.

–Ya no.

Alma lo miró con recelo y él confesó de inmediato.

–He estado de guardia toda la noche, y tenía hambre.

–¿Te las has comido todas? –le preguntó, incrédula.

¿Cómo era posible que no engordara? Estaba como un fideo.

–Había dieciséis –las había llevado para todos, pero se había detenido en la cafetería a ver a la señorita Joan y fue entonces cuando Harry le dijo lo de Cash. Después, todo se le volvió borroso, y no se había acordado de las magdalenas hasta ese momento.

–Ya lo sé, las conté. Son las mejores que he comido en mi vida. Gracias –parecía contrito y avergonzado por su glotonería.

–Larry... –iba a quejarse de que no hubiera dejado ninguna para los demás, pero le pareció inútil, por lo que se limitó a suspirar.

–No la tomes con él, Alma –intervino Joe al tiempo que acercaba su silla al escritorio de Larry y le daba unas palmaditas en el estómago–. Ya es mayorcito.

Larry, molesto, empujó su silla para separarse de Joe.

–Para –le advirtió.

–Vale, chicos, dejadlo ya –ordenó Rick empleando a propósito la palabra «chicos», a pesar de que él solo era un par de años mayor.

Lanzó una mirada compasiva a Alma.

A Rick lo había criado su abuela, y él había cuidado de su hermana pequeña. Conocía el funcionamiento de la mente femenina, y entendía por lo que su ayudante estaba pasando.

–¿Quieres tomarte el resto del día libre?

La pregunta pilló a Alma desprevenida.

–¿Qué? –entrecerró los ojos–. ¿Por qué lo dices?

Rick se acercó a su escritorio y se colocó frente a ella dando la espalda a Larry para impedirle ver.

–Sé que todo esto te resulta difícil.

–Lo sería si no me hubiera olvidado de él, sheriff. Estoy bien, de verdad.

Rick siempre había sido para ella como otro hermano mayor, un hermano mayor comprensivo que no se burlaba de ella como lo hacían de vez en cuando sus verdaderos hermanos.

–Te agradezco lo que intentas hacer, pero no es necesario. No hace falta que me trates con guantes de seda. Soy la misma de siempre.

–De acuerdo. Si quieres seguir trabajando, ocúpate de esto –se sacó un papel del bolsillo de la camisa y lo puso en el escritorio–. Sally Ronson acaba de llamar para decir que ha visto a los hijos de los Winslow armando jaleo en el campo que hay detrás del instituto. Estaban fumando. Son menores y estamos en la época de alerta ante la posibilidad de incendios. Quítales los cigarrillos y asústalos del modo que te parezca. Pero recuerda que no toleramos los azotes.

Rick lo dijo con tanta seriedad que durante unos segundos ella creyó que hablaba en serio.

Después vio un brillo de diversión en sus ojos.

–Entendido: nada de azotes.

Joe alzó la vista.

–¿Los hijos de los Winslow? –preguntó–. ¿Kyle y Ken?

Rick asintió.

–Los mismos.

Joe negó con la cabeza. Los dos hermanos alborotaban mucho.

–Que tengas suerte –le dijo a Alma–. ¿Quieres que te acompañe?

Alma sabía lo que estaba pensando, lo que todos estaban pensando: que necesitaría ayuda para que aquellos gemelos de dieciséis años le hicieran caso.

–No, gracias. Cuando no pueda manejar a dos mocosos como ellos, dejaré la placa.

Rick asintió, aliviado al comprobar que el espíritu luchador de Alma seguía intacto.

–A por ellos, Alma. Y, si te causan problemas, tráemelos. ¿Entendido?

–Entendido –contestó Alma sonriendo–. No me causarán problemas, así que no te pongas a limpiar la celda.

Alma se metió el papel que le había dado el sheriff en el bolsillo trasero de los pantalones. Lo hizo por pura formalidad, porque todo el mundo sabía dónde estaba el instituto, y ella conocía muy bien el campo que había detrás, ya que había jugado allí con sus hermanos.

Y con Cash.

Solo de pensar en su nombre se le hacía un nudo en el estómago. Iban a ser dos semanas muy largas.

Estaba contenta de marcharse de la oficina. La propuesta inicial de Rick de mandarla a casa no le había gustado porque no quería irse allí, donde estaría a solas con sus pensamientos, lo cual, en esos momentos, era peor que pasar la tarde oyendo los chistes de Larry. Tenía que estar ocupada, pero estar encerrada en la oficina, con Larry diciendo estupideces sin querer, no iba a tranquilizarla.

Joe se había ofrecido a acompañarla, y a ella no le hubiera importado. Pero, desde que se había casado, estaba más comunicativo. Antes era muy reservado y solo hablaba cuando tenía que hacerlo. En aquel momento, Alma hubiera preferido al Joe de antes, el que no se sentía obligado a ofrecer consuelo.

Lo único que ella deseaba era comportarse como si Cash siguiera en la Costa Oeste. No quería ni hablar de él ni pensar en él.

No era fácil, ya que su imagen se le aparecía cada dos segundos.

Se dijo que era porque todavía estaba en estado de shock. ¿Y

cómo no iba a estarlo? Cash se había presentado en la oficina del sheriff como una aparición del pasado.

Y el corazón de ella había dejado de latir para después hacerlo al triple de la velocidad normal.

Alma no había creído que fuera humanamente posible que alguien tan guapo como Cash mejorara con el tiempo. Sobre todo porque pensaba que había llevado una vida sedentaria después de marcharse de Forever.

Pero había mejorado.

Se le adivinaban unos músculos firmes bajo la chaqueta, que hacían juego con su estómago plano y sus prietas caderas.

En cuanto a su rostro, parecía cincelado. Los pómulos eran más prominentes y, en conjunto, tenía un aspecto inquietante.

Y ella se sentía angustiada.

Angustiada por los recuerdos de Cash, por su presencia y por los pensamientos de lo que podría haber sido.

Las dos semanas siguientes no serían buenas. Tendría que resignarse y hacer lo que pudiera.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Mucho más fácil.

Capítulo 3

La zona que había detrás del instituto no podía considerarse un parque. Era un espacio abierto, con bancos blanqueados por el sol y mucha hierba. En las noches de verano, las parejas buscaban allí un poco de intimidad. Durante el día, los niños que todavía tenían imaginación jugaban a los juegos de toda la vida, los que no necesitaban electricidad.

Ese día, solo estaban allí los gemelos Winslow, y estaban fumando. Despatarrado cada uno de ellos en un banco, lanzaban volutas de humo.

Alma aparcó el jeep en las proximidades y se acercó a donde estaban los hermanos.

–Buenos días, chicos.

Ken, el más bajo, se sobresaltó y se sentó derecho.

–Buenos días, señorita Alma –respondió algo nervioso.

Su hermano, Kyle, no dijo nada, sino que se limitó a mirarla y a saludarla con la cabeza. Kyle siempre se comportaba como si creyera que era el más impasible de los dos. Alma prefería a Ken.

Este no parecía saber qué hacer con el cigarrillo.

Alma habló con voz amistosa, pero firme. Su mejor baza al tratar con adolescentes era que recordaba cómo era uno a esa edad y lo que ella sentía cuando la regañaba un adulto.

–Apagad los cigarrillos, chicos. Sabéis que sois muy jóvenes para fumar, incluso aunque los cigarrillos os hicieran algún bien, lo cual no es el caso.

Desafiándola, Kyle dio una larga calada y soltó el humo lentamente. Hizo una mueca y la miró.

–¿Va a decirnos que fumar nos va a impedir crecer? –se echó a reír.

A los dieciséis años, los gemelos medían casi uno noventa, como su padre y su hermano mayor.

–No –contestó Alma al tiempo que se acercaba a Kyle y le quitaba el cigarrillo–. Lo que te digo es que fumar a los dieciséis va

contra la ley –apagó el cigarrillo contra el respaldo del banco.

Por el rabillo del ojo vio que Ken estaba a punto de tirar el suyo al suelo y pisarlo para apagarlo. No era perverso, como su hermano; simplemente, no pensaba.

Le quitó a Ken el cigarrillo y lo apagó.

–Además, estamos en la época de alerta ante los incendios. Hay que ser muy cuidadoso para que una chispa no caiga sobre algo inflamable.

Alma miró a los dos infractores. Lo más seguro era que aquello hubiera sido idea de Kyle. Ken siempre lo secundaba porque le tenía miedo.

–Muy bien, no quiero veros fumando en los dos próximos años y, si sois listos, no lo hagáis nunca.

Kyle se enfureció. No le gustaba que le dijeran lo que debía hacer.

–¿No tiene nada mejor que hacer que venir aquí a apagarnos los cigarrillos?

–De momento, no.

Ken la miró, avergonzado.

–¿Se lo va a decir al viejo?

Dan Winslow era muy severo con sus hijos, y nunca les daba una segunda oportunidad.

–Esta vez no –dijo ella mientras partía los cigarrillos y los tiraba a la papelera–. Pero, si os vuelvo a pillar, lo haré. Y es vuestro padre, no «el viejo». Se merece un respeto.

Kyle se rio.

–No le ha visto cuando se levanta por la mañana.

–No, pero todos llegaremos a eso, vosotros también, y eso si tenéis suerte. Y otra cosa –añadió en tono inocente–. Dame el paquete de cigarrillos que tienes en el bolsillo, Kyle.

Ken se puso colorado y Kyle se echó hacia atrás, como si la distancia fuera a impedir que Alma se lo quitara.

–No es nuestro –protestó.

Eso estaba bien, ya que al menos ella no tendría que soltarle un sermón al dueño de la tienda de ultramarinos para que no vendiera tabaco a los menores de edad.

–¿Y de quién es?

–De nuestro padre –dijo Ken, a pesar de la forma en que lo

miraba su hermano.

«Eso significa que os la vais a cargar», pensó. Se quedó donde estaba, con la mano extendida, esperando.

–Si lo echa de menos, decidle que venga a la oficina del sheriff a recogerlo.

Kyle, de muy mala gana, se metió la mano en el bolsillo de la camisa y le entregó el paquete. Ella asintió con la cabeza y sonrió.

–Que paséis un buen día, chicos. Y recordad, mantened los pulmones limpios.

Alma se montó en el jeep y se fue. Por el espejo retrovisor vio que los gemelos discutían, probablemente sobre lo que le dirían a su padre cuando les preguntara por el paquete que no encontraba.

Sonrió.

Después de haber resuelto el asunto satisfactoriamente, estaba a punto de volver a la oficina del sheriff cuando cambió de idea. Aún no era la hora de comer, pero era casi mediodía, por lo que decidió que comería antes de lo habitual.

Además, necesitaba ver un rostro amistoso.

Le apetecía pararse en la cafetería y ver a la señorita Joan.

La cafetería era como su segundo hogar, después de las innumerables horas que había servido mesas en ella. No tenía mucho apetito, ya que haber visto a Cash le había contraído el estómago, pero le apetecía tener compañía, compañía femenina.

Quería a su padre y a sus hermanos, y había hecho lo imposible por estar a su altura. Si no los tuviera a su lado los echaría de menos.

Pero había veces en que le apetecía bajar la guardia y no tener que demostrar nada a nadie, o creer que debía hacerlo.

Eso implicaba hablar con una mujer comprensiva. Y la señorita Joan, a pesar de la dura fachada que mostraba, era la adecuada.

Esta, como era habitual, se hallaba tras la barra y, cuando Alma entró, alzó la vista. Alma miró su rostro sin arrugas, lo cual era notable teniendo en cuenta su edad, y supo que la señorita Joan sabía lo que le sucedía y por qué estaba allí a esa hora.

–Adelante –le dijo indicándole con la mano que se acercara a la barra–. Julie –dijo a la camarera que se hallaba más cerca de ella–, ponle a Alma una limonada bien fría.

Una limonada fría le pareció perfecta a Alma. No había nadie

como la señorita Joan para saber qué ofrecer.

Alma se sentó en un taburete. Lo único que quería era quedarse sentada tranquilamente y oír hablar a la señorita Joan de lo que fuera. La cadencia de su voz era consoladora y hacía que todo pareciera mejor.

–No se moleste por mí, señorita Joan. Lo único que quiero es sentarme y...

No pudo seguir protestando, pero eso era habitual con la señorita Joan. A Harry le gustaba decir que mandaba en todos, incluso en Dios.

–Invita la casa, cariño. No irás a insultar a la novia dos semanas antes de la boda rechazando su oferta, ¿verdad?

Alma sonrió. Como si alguien pudiera negarle algo a la señorita Joan.

–No se me ocurriría. Gracias.

Julie le puso un vaso de limonada y se retiró. Entonces, la señorita Joan se inclinó sobre la barra y preguntó a Alma en voz baja:

–Lo has visto, ¿verdad?

A Alma volvió a contraérsele el estómago, pero fingió ignorancia.

–¿Se refiere a Cash?

La señorita Joan la miró dándole a entender que no estaba para tonterías.

–No te hagas la tonta. ¿A quién si no? –se echó a reír–. Cash no es nombre para un hombre adulto ni, desde luego, para un abogado.

Alma recordó que él le había dicho que cuando fuera abogado solo utilizaría las iniciales de sus dos nombres en su membrete. Su primer nombre se debía a que, a pesar de las prisas de su padre para llevar a su madre al hospital, no llegó a tiempo. Su madre dio a luz en el asiento trasero del coche. Para distraerla, su padre puso la radio. Y Johnny Cash estaba cantando cuando el bebé nació.

Como esperaban que fuera una niña y no habían elegido nombres masculinos, su madre le puso el nombre del cantante.

–Sí, lo he visto.

–¿Habéis hablado?

Alma agarró el vaso con las dos manos y dio un largo trago. Después se encogió de hombros como si hablar o no con Cash le

diera lo mismo.

–Unas palabras –reconoció, aunque sabía que la señorita Joan no la dejaría en paz hasta que le dijera algo sustancial.

–Entonces, no habéis hablado.

«En realidad, no», pensó Alma, pero dijo:

–No tenemos nada de que hablar.

La señorita Joan la traspasó con la mirada, pero Alma permaneció inmóvil.

–¿Desde cuándo te ha dado por mentir?

–No miento –insistió Alma–. Tuvimos una aventura veraniega, él se marchó y yo me quedé –volvió a encogerse de hombros tratando de demostrar que no le importaba Cash ni lo sucedido aquel lejano verano–. No es una gran historia.

–Eso es porque te dejas muchas cosas fuera como, por ejemplo, que él te partió el corazón.

Eso implicaba conceder a Cash mucho poder sobre ella, darle demasiada importancia al tiempo que estuvieron juntos.

Alma alzó la barbilla en actitud desafiante.

–Éramos muy jóvenes. No íbamos a enamorarnos.

–Pero lo hicisteis. No tendrás paz hasta que hables con él y averigües por qué no volvió.

No hacía falta preguntárselo.

–Ya sé por qué no volvió. Es muy sencillo: prefirió aquella vida. Y hablar de ello no cambiará nada.

–Podría abrir la puerta para cambios futuros. Nunca se es demasiado mayor para que te ocurran cosas –la señorita Joan la miró con los ojos brillantes–. Mírame a mí.

–¿Y yo? Me encanta mirarte –dijo Harry con su potente voz mientras entraba en la cafetería justo a tiempo de escuchar la última frase.

Se acercó a la barra y besó a su futura esposa en la mejilla.

–Si eso es todo lo que sabéis hacer, más vale que os olvidéis de la boda –se burló Alma.

–A algunos no nos gusta hacer demostraciones de afecto en público –dijo la señorita Joan. Después sonrió a su prometido–. En privado, es otra historia.

Harry se echó a reír.

–Pero ahora he venido a tomarme una de tus famosas

empanadas, cariño –dijo mientras sacaba la cartera.

La señorita Joan puso la mano sobre ella.

–Guárdala. Sabes que aquí no sirve tu dinero.

–Al menos deja que pague por mi nieto –Harry indicó la puerta con un gesto de la cabeza.

Cash entró justo en ese momento.

–Mis comidas las pago yo, abuelo –dijo.

Sabía que no tenía mucho dinero. El anciano le había pagado los primeros años de universidad. Nunca podría compensarle por aquello, pero al menos podía pagarse sus gastos.

–Además, yo invito –añadió.

–Nadie va a pagar nada. La familia no paga –insistió Joan–. Cuando me case con tu abuelo serás de mi familia.

Cash sonrió, agradecido, pero, de todos modos, puso un billete de veinte dólares en la barra.

–Hasta entonces, pagaré. Es cuestión de orgullo.

La señorita Joan no tomó el billete.

–Dos empanadas de pollo, marchando –ordenó en voz alta a Roberto, el cocinero.

Alma, que estaba sentada al lado de Harry, que era alto y robusto, se hallaba medio oculta. Pero sabía que Cash tenía que haberla visto.

Como habían invadido su refugio, era hora de marcharse.

Sin mirar a su derecha, se bajo del taburete.

–Gracias por la limonada, señorita Joan –dijo dirigiéndose a esta, que estaba de espaldas.

La señorita Joan se volvió.

–No te la has terminado.

–Ya lo sé, y está muy buena, pero tengo que volver a la oficina. Ya hace tiempo que debía estar allí.

–¿Hay una oleada de crímenes que atajar? –preguntó la señorita Joan levantando una ceja.

Alma le sonrió.

–Nunca se sabe. Me alegro de verte, Harry –el anciano le caía bien, y no quería parecer maleducada.

Lo cual no era el caso con su nieto. Asintió levemente con la cabeza al pasar a su lado.

Salió de la cafetería sin mirar atrás. Aligeró el paso para llegar al

coche y huir de allí antes de que Cash pudiera darle alcance.

No se alejó lo bastante deprisa.

–Alma –oyó que Cash la llamaba, pero fingió no haberlo oído.

Él insistió.

–Alma, espera.

Como había elevado la voz y varias personas los miraban al pasar, no tuvo más remedio que pararse.

–¿Sí? –preguntó con frialdad al tiempo que se volvía hacia él. Le pareció que todo se contraía en su interior. Lo único que quería era marcharse.

–Alma, espera. No tienes que irte porque haya entrado yo.

–No me he ido por ti. He dicho que tenía que volver a la oficina...

Mentía, y él lo sabía. Así estaban las cosas: la mujer más sincera que conocía le estaba mintiendo.

Era culpa suya, pensó Cash con una punzada de amargura.

–Me marcho –dijo en voz baja–. Quédate y come. O al menos termínate la limonada.

Entonces, como quería seguir hablando con ella, aunque solo fuera unos segundos más, añadió:

–Todavía te gusta, ¿eh?

Ella no sonrió.

–Cuando algo me gusta, no me deja de gustar sin motivo alguno.

–¡Ay! –exclamó él sonriendo con tristeza–. Eso ha sido un golpe directo.

Ella entrecerró los ojos con desprecio.

–No sé de qué me hablas.

Él estaba cansado, muy cansado. Esperaba que al volver allí pudiera recuperar parte de su alma. Pero se había equivocado. Tal vez no mereciera recuperarla después de lo que había hecho.

–Sí lo sabes. No tienes que salir corriendo cada vez que me veas –le dijo, casi rogándole.

En condiciones normales, ella ya se hubiera olvidado de aquel dolor y hubiera seguido adelante. Pero era demasiado intenso para dejarlo atrás. Sería estúpido hacerlo y verse expuesta a más sufrimiento. Porque sin el dolor al que aferrarse para poder utilizarlo de escudo, volvería a correr peligro.

Él estaba allí solo para la boda. Tenía que ser fuerte solo dos

semanas. Eso era todo.

–No tienes nada que ver. Yo... –se detuvo bruscamente y se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón–. ¿Sí?

–No he oído nada –dijo Cash.

Ella cubrió el teléfono con la mano durante unos instantes y le dijo que se callara.

–Es porque ha vibrado –observó ella, y siguió hablando–. Muy bien. Estoy yendo para allá. Llegaré dentro de unos minutos, sheriff, y me ocuparé de ello.

Cerró el móvil y se lo metió en el bolsillo.

–¿Ocuparte de qué? –quiso saber Cash mientras ella ya se alejaba.

–Lo siento, pero no es algo que debas saber.

–Me estás mintiendo otra vez, ¿verdad? Nunca me habías mentido, Alma, y hoy ya lo has hecho dos veces.

Ella alzó la barbilla, clara señal de que estaba dispuesta a pelearse.

–No controlo lo que piensas o dejas de pensar y, sinceramente, me da igual –afirmó.

«Ahí va otra mentira», pensó.

Sin añadir nada más, se dio la vuelta y se montó en el jeep.

Era consciente de que él la miraba y de que la siguió mirando mientras arrancaba y se alejaba.

Cash tenía razón, lo cual la molestaba mucho. No había habido ninguna llamada telefónica. Se la había inventado porque era lo primero que se le había ocurrido para huir de él.

Se felicitó porque, al menos, había funcionado y no había tenido que verse implicada en un enfrentamiento verbal con él.

¿Qué haría los trece días restantes hasta la boda?, se preguntó con desesperación.

«Se me pasará», se prometió a sí misma, con la ferviente esperanza de que fuera verdad.

Capítulo 4

Alma no consiguió dormirse hasta las tres de la madrugada. Como estaba exhausta, durmió más de la cuenta.

Se duchó y se vistió a toda prisa. Su estómago protestó por la falta de carburante mientras corría hacia el coche.

Sabía que no sería persona hasta comer algo, por lo que, con un suspiro, aparcó frente a la cafetería, para pedir una torrija para llevar. Su madre siempre le hacía una para animarla, cuando era una niña. Comerla le recordaba aquella época y lo segura que se sentía.

Necesitaba una dosis urgentemente.

La señorita Joan alzó la cabeza cuando entró.

–Esperaba que vinieras hoy. Roberto, una torrija para llevar –gritó al cocinero.

–¿Cómo lo ha sabido? –preguntó Alma, sorprendida.

–Sé muchas cosas. Lo que no sé es a qué vino lo de ayer.

Alma adoptó una expresión de inocencia.

–¿El qué?

–Sabes muy bien a lo que me refiero. En cuanto el nieto de Harry entró, te largaste como un conejo que hubiera visto un coyote –afirmó la señorita Joan, molesta y decepcionada.

Alma la quería mucho. Era una segunda madre para ella, pero no quería hablar de aquello ni de nada remotamente relacionado con Cash.

–Tenía que volver a la oficina –se aferró a la historia del día anterior, aunque era evidente que no iba a engañar a la señorita Joan.

–Tenías que marcharte de aquí –la corrigió–. Sé que Cash te hizo daño y no lo disculpo, a pesar de que vaya a casarme con su abuelo. Lo que ese chico hizo no está bien, pero me interesas tú. Nunca te había visto huir y esconderte de nada.

–No lo hice –protestó Alma.

La señorita Joan le lanzó una mirada que hubiera hecho

confesar sus pecados a un hombre duro.

–Lo hiciste –observó con firmeza–. Si quieres vengarte del chico, no huyas. Habla con él, hazle ver lo que se ha perdido todos estos años, y que lo lamente. Así te desquitarás.

Alma negó con la cabeza.

–No quiero vengarme.

–Cariño, he vivido mucho más que tú y sé lo que me digo. Todos queremos vengarnos cuando nos han hecho daño. Es natural. Eso no quiere decir que tenga que haber sangre, pero sí que el otro se arrepienta de lo que ha hecho –la señorita Joan la miró a los ojos sin pestañear–. Piénsalo –le aconsejó.

Alma sacó la cartera y pagó.

–Lo haré –prometió.

Roberto dejó el desayuno de Alma, que había metido en una bolsa de papel, en el estante situado entre la cocina y la barra. La señorita Joan se lo entregó a Alma.

–Es lo único que te pido –le dijo sonriendo.

–¿Cree que hablará con él? –preguntó Roberto a la señorita Joan en cuanto la puerta se cerró tras Alma.

La señorita Joan se sirvió el tercer café de la mañana.

–Eso espero.

El día anterior había resuelto volver a unir a aquellos dos aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Sería su regalo para Harry.

Después de haber tenido que correr para llegar al trabajo a su hora, el resto de la mañana de Alma transcurrió muy lentamente. Parecía que no había nada que hacer, a pesar de que Larry se había tomado el día libre para atender a lo que denominaba «asuntos personales», lo cual solía querer decir que se había ido a pescar, cosa que el ayudante del sheriff hacía varias veces al año. Como se había anunciado lluvia para el fin de semana y Larry no estaba dispuesto a abandonar sus planes, decidió adelantar el fin de semana.

Para evitar aburrirse después de haber ordenado la cocina, Alma se puso a elaborar una lista de lo que había que hacer antes de la fiesta que se celebraría en honor de la señorita Joan antes de la boda, y otra con las cosas necesarias para la fiesta.

Olivia y Mona, la esposa y la hermana del sheriff, junto con

Alma eran las encargadas de preparar la fiesta. Aunque fueran tres, organizarla sería complicado, ya que la señorita Joan había dejado claro que no quería fiesta alguna.

Al principio dijo que se iría a vivir con Harry y que dejaría que las cosas continuaran como estaban. Había sido Harry el que insistió en casarse. A la señorita Joan le divertía, y Alma pensó que también la conmovía, que el anciano no quisiera que la gente del pueblo pensara que la mujer que amaba «vivía en pecado» con él.

Alma creía que Harry era encantador. Lástima que el nieto no se le pareciera.

Tardó el doble del tiempo necesario en confeccionar las listas, no porque no supiera qué poner en ellas, sino porque sus pensamientos divagaban acerca de lo que le había dicho la señorita Joan sobre la mejor manera de vengarse.

Se debatía entre seguir su consejo o continuar como hasta entonces.

Ambas cosas tenían ventajas, pero solo una de ellas evitaba el enfrentamiento con Cash. Optó por posponer la decisión hasta más adelante.

Como no había nada que hacer en la oficina, ni siquiera había habido llamadas para denunciar la desaparición de una mascota, se ofreció voluntaria para patrullar por la tarde por el pueblo, en lugar de Joe.

De su trabajo como ayudante del sheriff, patrullar era una de las cosas que menos le gustaban a Joe.

–¿Estás segura?

Alma asintió. Necesitaba tomar el aire. Ya había dado un par de cabezadas desde que había llegado.

–O salgo a patrullar o me duermo sobre el escritorio.

–Eso no puede ser –respondió él mientras se sacaba del bolsillo las llaves del jeep y se las entregaba–. No vayas a dormirte al volante.

–No te preocupes, que no destrozaré el coche. El sheriff no me lo perdonaría –miró las llaves, le dio las gracias a Joe, agarró el sombrero, aunque no solía ponérselo, y salió.

Tal vez el aire fresco le despejara la cabeza, que, en aquellos momentos, era un campo de batalla, y ella no estaba segura de qué bando deseaba que fuera el vencedor. Lo único que quería era un

poco de tranquilidad, pero sabía que tardaría doce días en lograrla.

Después de recorrer la ciudad, en vez de volver a la oficina, siguió conduciendo hacia el lugar en que siempre acababa cuando necesitaba reflexionar.

Se dirigió hacia el cementerio.

A la tumba de su madre para hablar con ella.

Aparcó frente al pequeño cementerio, de doscientos años de antigüedad, y abrió la verja de hierro.

Esta rechinó a modo de dolorosa bienvenida, y volvió a hacerlo cuando la cerró. Alma se dirigió directamente a la tumba de su madre.

Aunque no la visitaba todos los domingos, llegar hasta ella no tenía pérdida, ya que la lápida era, en opinión de Alma, única. Tallada en mármol negro, mostraba en la parte superior una foto de Anna vestida de novia.

Su padre le había dicho a Alma que era así como quería recordar a su esposa.

La lápida no había estado siempre allí. Durante más de un año hubo una sencilla cruz, hasta que la familia acabó de pagar facturas. Después le habían comprado la lápida que Anna Rodríguez se merecía, tan hermosa y única como había sido ella.

Alma dejó sobre la tumba las flores que había comprado de camino y retrocedió unos pasos.

–Hola, mamá, es probable que me estuvieras esperando –dijo mirando la foto–. Supongo que sabes que Cash ha vuelto. No sé cómo afrontarlo. Por una parte, me gustaría sacarle los ojos; por otra, querría abrazarlo. Pero, sobre todo, querría evitarlo. Pero no puedo hacerlo porque su abuelo se va a casar con la señorita Joan. ¿No es increíble que la señorita Joan se vaya a casar? Cash va a quedarse dos semanas, hasta el día de la boda. Así que, lo quiera o no, voy a encontrármelo, a no ser que él no salga del rancho, lo cual es poco probable.

Se detuvo un momento y suspiró.

–La señorita Joan me ha dicho que no me niegue a hablar con él, que me comporte con toda normalidad para demostrarle lo que se ha perdido todos estos años. No sé qué hacer –confesó–. Si él creyera que se estaba perdiendo algo, ¿no habría vuelto antes? –lanzó un hondo suspiro–. Creía que cuando fuera mayor tendría

respuestas para todo –volvió a mirar la foto de su madre y deseó con todo su corazón que estuviera allí para poder hablar con ella y que le dijera qué hacer–. Nadie me dijo que me haría más preguntas –cerró los ojos durante unos segundos por miedo a romper a llorar–. En cualquier caso, maldito sea.

–Lo siento, Alma.

Sobresaltada, y creyendo que se estaba imaginando cosas, se dio la vuelta,

Pero no era su imaginación.

Ojalá lo fuera.

¿Cuánto tiempo llevaba escuchando?

Si hubiera sido otoño, lo hubiera oído por el ruido de las hojas al pisarlas, pero en verano el terreno estaba cubierto de hierba. No había visto a nadie al entrar, y creyó que estaba sola.

No hubiera abierto su corazón como lo había hecho si hubiera sabido que alguien la oiría, sobre todo si ese alguien era Cash.

–¿Cuánto llevas ahí?

–No mucho –era mentira, pero no quería que se sintiera violenta. No había sido esa su intención al acercarse hasta allí después de verla desde el otro extremo del cementerio–. Y no pretendía molestarte. Cuando te he visto he pensado que tal vez tuviera, por fin, la oportunidad de decirte cuánto siento haberme comportado como un zopenco.

La disculpa la pilló por sorpresa, por lo que, durante unos segundos, no supo qué responderle. Para ganar tiempo, le hizo una pregunta.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a visitar la tumba de mis padres. Están enterrados allí –le indicó un lugar situado cerca de la entrada.

¿Cómo podía haberse olvidado de que estaban enterrados allí?, pensó ella. Pero Cash llevaba años sin aparecer, por lo que no esperaba encontrárselo en el cementerio. Incluso se sorprendió de que recordara dónde estaban las tumbas.

–Has dicho algo sobre haberte comportado como un zopenco –quería oír el resto de la disculpa.

Él asintió.

–Al verte aquí, creí que se me ofrecía una segunda oportunidad para disculparme, cosa que debí haber hecho antes.

–Técnicamente, es la tercera oportunidad. La primera vez nos vimos en la oficina del sheriff; la segunda, en la cafetería. Esta es la tercera vez.

–Tienes razón: es la tercera oportunidad –hizo una pausa antes de seguir hablando–. Lo sentí mucho cuando me enteré de que tu madre había fallecido. Me lo dijo mi abuelo.

Ella asintió.

–Al menos has seguido en contacto con él –ella ya lo sabía por las preguntas que le había hecho al anciano, ansiosa de tener noticias de Cash. Eso había sido cuando aún creía que volvería.

Él no estaba dispuesto a mentir ni a embellecer las cosas para salir bien parado.

–Ha sido más bien él quien ha seguido en contacto conmigo. No ha dejado de escribirme –dijo con pesar. Y eso a pesar de que él casi nunca le contestaba–. Le he enviado dinero de forma regular desde que empecé a ganarlo, pero, para serte sincero, me he distanciado de esa parte de mi vida –le daba vergüenza reconocerlo. Forever era el único lugar que le parecía auténtico, donde la gente se preocupaba por los demás en vez de tratar de aprovecharse de ellos.

–Sí, ya me he dado cuenta.

Él pensó que le estaba dando pie para volver a disculparse. No creía que lo fuera a perdonar, pero quería que supiera que lo sentía de verdad.

–Fui un idiota, y no tengo excusa para haberme portado como lo hice. Tienes todo el derecho a odiarme.

–No te odio –dijo ella.

Y era verdad. Aunque el amor y el odio fueran las dos caras de la misma moneda, ella no había sentido la necesidad de lanzarla al aire.

–A veces sentía la necesidad de pegarte y de decirte a gritos lo que pensaba, pero nunca te he odiado.

–Pues deberías haberlo hecho, y no te culparía. Me desvié del camino, atraído por tonterías, sin darme cuenta del daño que te causaría.

–Pero sobreviví –concluyó ella con orgullo y con el deseo de dar por concluido ese tema. Al haberle dicho Cash que debiera estar enfadada con él, dejó de estarlo. Su disculpa la había tranquilizado.

Cambió de tema.

–Tu abuelo me dijo que estabas trabajando en un bufete importante.

Cash sonrió.

–Muy propio de él. Es un buen hombre.

¿Qué le pasaba? Alma se dio cuenta de la tristeza que había en su voz. Y, a medida que hablaba, era cada vez más profunda.

Se olvidó de sus deseos de pegarle y del daño que le había hecho. Y solo sintió preocupación por él.

Estaba en su naturaleza. Desde que recordaba, siempre había sentido debilidad por los seres que sufrían. De pequeña, no dejaba de llevar a su casa animales heridos para tratar de curarlos, lo cual normalmente conseguía. Pero, cuando no era así y se morían, lloraba amargamente.

Su padre, al tiempo que trataba de consolarla y le secaba las lágrimas, le decía que tenía un corazón demasiado grande.

Pero ella nunca lo había considerado un problema.

Hasta ese momento.

Otra mujer se hubiera sentido resarcida al ver lo desanimado que estaba Cash. Pero ella no creía que nadie se mereciera sentir tanto dolor como él parecía sentir. Como era una cuestión de sentimientos y llevaban diez años sin verse, ella sacó el tema con cuidado.

–¿Te pasa algo, Cash?

Él la miró durante unos segundos antes de contestar.

–¿Además de haberme dado cuenta de lo mal que me he portado contigo?

–Sí.

–No –respondió él con demasiada rapidez. Y añadió–: Me estoy dando cuenta de las numerosas decisiones equivocadas que he tomado desde que me marché de Forever.

Alma creyó que mentía. Hubiera jurado que había algo más, pero no podía obligarlo a que se lo contara.

Además, por mucho que lo compadeciera, ella también había sufrido, por lo que no podía pensar con la claridad necesaria.

Contuvo un suspiro. No tenía tiempo que perder. Cash se quedaría hasta la boda, y tal vez para entonces ella habría conseguido que él se sincerase y le contara lo que le sucedía. Tenía que haber algo más que el modo en que se había comportado con

ella.

Y, si no se lo contaba, al fin y al cabo era una persona adulta y podía hacer lo que quisiera. Lo único que ella podía hacer era estar disponible si él quería hablar.

–Lo más probable es que esto te parezca pintoresco comparado con Los Ángeles –observó ella finalmente, pensando que era seguro que estaría deseando marcharse.

–Así es –afirmó él. Y luego añadió algo que la sorprendió–: Está muy bien que lo sea.

Y, bruscamente, cambió de tema. La miró y esbozó una media sonrisa.

–Así que ayudante del sheriff, ¿eh? Reconozco que nunca me lo imaginé.

–¿Por qué no? Siempre me ha interesado la criminología.

–Ya lo sé, pero creí que lo más probable sería que acabaras trabajando en un rancho y que la criminología se convertiría en un pasatiempo.

¿Acaso él no le había prestado atención todas las veces que habían hablado del futuro? ¿O se le había olvidado?

–Supongo que no me conocías tan bien como creías.

–No, supongo que no.

Ahí estaba de nuevo la tristeza sin fondo en su voz y en sus ojos.

Alma se hizo el propósito de volver a insistir en conocer su causa.

Decidió que hablaría con su abuelo, que tal vez supiera el motivo de aquella tristeza. Ella no podía tratar de solucionar lo que no entendía.

Y tenía la intención de solucionar lo que le sucedía a Cash. Por los viejos tiempos.

Capítulo 5

Mientras se dirigía con Cash a la verja del cementerio, Alma pensó que era extraño cómo sucedían las cosas. Si la noche anterior alguien le hubiera dicho que intentaría ayudar a Cash habría pensado que estaba loco.

Sin embargo, ahí estaba, tendiéndole no una rama de olivo, sino el árbol entero. Todo porque se había disculpado y tenía un aspecto muy triste.

–Salvo que en el pueblo se produzca una oleada de delitos, que sería la primera, acabaré a las seis de la tarde –dijo midiendo sus palabras–. Si no tienes planes, ¿quieres que tomemos un café?

Cash se quedó atónito y no dijo nada. Aquella era justamente la actitud contraria a la que ella le había mostrado el día anterior. Sabía que Alma era impulsiva a veces, pero no que fuera voluble. ¿Tanto había cambiado?

¿Y por qué no? Él lo había hecho.

Fuera por el motivo que fuera, se alegraba de que ella quisiera pasar un rato con él, aunque fuera en la cafetería, bajo la supervisión de su futura abuela.

Sonrió.

–No, no tengo planes.

Ya habían salido del cementerio. Ella observó un Mercedes de color crema aparcado no lejos del jeep. ¿Sería de Cash? Nadie de la zona tenía dinero para comprarse un coche así, lo que implicaba que Cash había conducido desde Los Ángeles en vez de tomar un avión. ¿Por qué? Era algo que le preguntaría aquella noche si la conversación decaía.

–Muy bien –replicó–. Nos vemos en la cafetería después de las seis. Podemos sentarnos a una mesa, tomarnos un café y ponernos al día –dijo mirándolo a los ojos.

¿Se lo había imaginado o Cash parecía ligeramente incómodo con lo de ponerse al día?

–Me parece bien. Pero –dijo él mientras la acompañaba al jeep–

a qué se debe este cambio.

«A que pareces triste y perdido. A que no puedo desentenderme de alguien que necesita ayuda, aunque ese alguien no esté dispuesto a reconocerlo», pensó ella.

Pero sabía que a él no le gustaría oír ninguna de esas razones y, si se las decía, lo más probable era que no apareciera aquella noche.

–Soy una mujer, por lo que me está permitido cambiar de opinión.

Él negó con la cabeza, y ella hubiera jurado que le había oído reírse suavemente. Era buena señal.

–Hasta luego –se despidió él.

–Hasta luego.

Ella arrancó antes de que él se dirigiera al que suponía que era su coche. La idea de verlo después la estaba poniendo nerviosa.

Como en los viejos tiempos, pensó con una punzada de dolor.

Salvo porque, por aquel entonces, se debía a que Cash la atraía tanto que tenía miedo de hacer o decir algo en su presencia que la pusiera en ridículo. Ahora, los nervios se debían a que se sentía incómoda estando con él después de tantos años, y se preguntó si serían capaces de hablar. Recordó con tristeza que años antes hablaban sin parar. Pero no sabía qué pasaría con el nuevo Cash.

Y, si no podían conversar, no averiguaría de dónde procedía su tristeza.

Lo que necesitaba era elaborar una lista de temas a los que recurrir cuando la conversación se agotara.

Miró el reloj y calculó el tiempo que tenía para prepararse mentalmente ante de volver a ver a Cash.

Cuando llegó a la oficina, fue directa a su escritorio y llamó al abuelo de Cash a su casa, pero este no contestó. El anciano podía estar en cualquier parte: cuidando los caballos, paseando con la señorita Joan o comprando un regalo para la novia para el día de la boda. No había forma de localizarlo, ya que Harry no tenía teléfono móvil. Decía que no le interesaba tener uno de esos aparatos.

Sin embargo, Alma recordó que tenía contestador automático, un modelo muy antiguo cuyo mensaje pregrabado se interrumpía bruscamente antes de acabar, pero que funcionaba. No pretendía

dejar un mensaje, ya que, con la suerte que tenía, seguro que lo acabaría escuchando Cash, y no le gustaría que ella anduviera haciendo preguntas sobre él.

Colgó y se dijo que volvería a llamar más tarde.

Mientras tanto tendría que usar los recursos que tenía a su disposición, comenzando por el sheriff.

Se levantó y fue a su despacho. Rick estaba escribiendo. Aunque había un buen ordenador en el escritorio, su jefe solo lo usaba cuando era imprescindible. Prefería escribir los informes a mano porque afirmaba que nada podía superar el toque personal.

Ella estaba de acuerdo, aunque nunca se lo había manifestado.

Rick alzó la vista.

–¿Necesitas ayuda, Alma?

–¿Sabes lo que le pasa al nieto de Harry?

Rick era de los que llamaban a las cosas por su nombre. Y no tenía paciencia para andarse con rodeos.

–Te refieres a Cash.

Ella asintió.

–Sí, me refiero a Cash.

Rick dejó el bolígrafo en el escritorio y la miró con atención.

–¿Qué me estás preguntando exactamente?

–A Cash le pasa algo. Está distinto, preocupado. Hay mucha tristeza en sus ojos, y me preguntaba si sabes por qué o lo intuyes.

–¿Cómo voy a saberlo? Tú eres la más cercana a él. De saberlo alguien, serías tú.

Pero no lo sabía.

–Éramos amigos antes de que se fuera, pero nuestra relación cambió rápidamente. Hace años que no sé nada de él. Ni siquiera supe que volvía hasta que me lo dijo Harry.

Se sentó en una silla sin esperar a que el sheriff se lo pidiera.

–Está distinto.

Rick se encogió de hombros. No conocía bien al nieto de Harry. Cuando vivía en Forever se movían en círculos distintos y, además, era mayor que Cash. Solo podía ofrecerle a Alma una explicación lógica.

–La gente cambia.

–No tanto –insistió ella obstinadamente–. Le ha pasado algo o ha visto algo que le ha arrebatado la alegría.

–Pues te sugiero que si quieres saber lo que le pasa se lo preguntes.

Era un sencillo consejo que, por desgracia, no le valía.

–Ya lo he hecho.

–¿Y?

–Me ha respondido que no le pasa nada.

–Tal vez sea así.

Ella negó con la cabeza.

–Sé que le pasa algo. Lo presiento cuando hablo con él.

–Puede que él no quiera cargarte con ese peso o que no quiera hablar de ello. En cualquier caso, no lo sabrás hasta que esté dispuesto a contártelo.

–¿Y si no llega a estarlo?

–Pues no lo sabrás, a menos que le leas el pensamiento.

–Me niego a aceptarlo.

Rick se echó a reír.

–Me imaginaba que dirías eso –reflexionó durante unos segundos y le propuso otra cosa–: ¿Conoces a alguno de sus amigos de Los Ángeles?

Era una buena idea, pero había un problema.

–No sé nada de su vida en Los Ángeles, salvo el nombre del bufete en que trabaja –y eso gracias a Harry, ya que Cash había roto la comunicación con ella mucho antes de entrar de becario en el bufete.

–Es un punto de partida. Busca su teléfono y llama. Tal vez allí puedan darte información sobre lo que le ocurre, si es que le ocurre algo.

–Por supuesto que le ocurre algo. Me apuesto el sueldo del año que viene. Gracias –dijo mientras se levantaba–. Voy a llamar al bufete –aunque no sabía lo que diría cuando respondieran.

Sonrió a Rick antes de salir de su despacho, y él pensó que llevaba tres días sin verla sonreír así, desde que se había enterado de que Cash iría a la boda.

–Me alegro de haberte servido de ayuda.

Alma se dirigió directamente al ordenador que utilizaban Joe, Larry y ella. Era de uso colectivo, pero era ella la que casi siempre lo utilizaba. Larry solía acabar maldiciéndolo y Joe prefería escribir los informes a mano o en la vieja máquina de escribir que tenía en

el armario.

En las pocas ocasiones en que había que tener algo listo con urgencia, ella era la encargada de hacerlo. No tenía muchos conocimientos informáticos, pero sí paciencia.

Se sentó frente a él y lo encendió con la intención de acceder a Internet. El aparato se puso en marcha con silbidos y gruñidos, como un viejo asmático que tratara de hacer llegar oxígeno suficiente a sus pulmones para soplar las velas de cumpleaños.

Al oír el ruido, Joe la miró.

–¿Qué buscas?

Ojalá lo supiera.

–Una aguja en un pajar.

Joe se encogió de hombros.

–Buena suerte.

Ella lo miró agradecida por que no le hubiera hecho más preguntas. De haber estado Larry en la oficina, la habría sometido a un interrogatorio. Quería saberlo todo de todo, aunque no fuera de su incumbencia. A veces, su curiosidad resultaba eficaz, pero generalmente resultaba muy molesta.

Después de unos cinco minutos, el ordenador comenzó a emitir un zumbido bajo y constante, lo cual constituía la señal para la segunda fase: acceder a Internet.

Con infinita paciencia, Alma escribió y volvió a escribir el nombre del bufete.

Tras intentarlo once veces, el aparato comenzó a cooperar.

–Yo lo hubiera liquidado hace tiempo –afirmó Joe.

Alma se rio.

–Por eso he guardado la pistola en el cajón –observó–. ¡Por fin! –exclamó al ver que la dirección de la web aparecía en el monitor.

Pasó los cuatro minutos siguientes intentando que apareciera la web. Cuando lo consiguió, halló enseguida el número de teléfono. Comenzó a apuntarlo rápidamente, pero cuando le faltaban tres cifras, la conexión a Internet desapareció misteriosamente, y la ventana que acababa de abrir se perdió sin dejar rastro.

Alma trató de contener su mal humor mientras le rechinaban los dientes.

–Si quieres –le dijo Joe–, puedo maldecir por ti, dado que tú no sueles hacerlo –afirmó, muy serio.

Ella sonrió. Su compañero había logrado que viera lo absurdo de la situación, y le estaba agradecida.

–No es lo mismo.

Suspirando observó lo que había escrito y trató de recordar las dos últimas cifras.

–Creo que el número siguiente era un tres. Solo me faltan dos. Puedo empezar a llamar hasta que tenga suerte.

–Y puede que acabes debiéndole al sheriff el sueldo de tres meses –apuntó Joe–. ¿Tienes idea del número de combinaciones posibles que tendrías que marcar?

A Alma se le daban bien las matemáticas comunes, las que se necesitaban para calcular el cambio o comprar un artículo que estaba rebajado un veinte por ciento.

Pero lo que le había preguntado Joe entraba dentro del terreno de la estadística, y de eso ella no sabía mucho.

–Muchas –respondió.

–Un centenar, aproximadamente.

Ella lo miró. Sabía que tenía razón porque siempre era así cuando se trataba de cuestiones matemáticas. Cuanto más complejo era el problema, más probabilidades tenía Joe de acertar la respuesta.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó, maravillada.

–Es un don. Gastarías menos tiempo y dinero si reinicias el ordenador y averiguas las cifras que te faltan.

Alma frunció el ceño.

–Detesto que tengas razón.

–Mona me dice lo mismo.

–Por eso me cae bien –le aseguró ella. Después, dando un suspiro, comenzó el proceso de reinicializar el ordenador.

Al cabo de unos minutos, cuando lo hubo conseguido, copió las dos cifras temiendo que se produjera otro corte.

Pero no fue así, por lo que decidió echar un vistazo a la web.

En ella aparecía el número de casos que el bufete había ganado, que era impresionante. También había una sección con una breve biografía de todos sus miembros.

A Alma solo le interesaba lo que Cash había escrito de sí mismo. Buscó su nombre. Cash mencionaba la escuela y la universidad a las que había acudido y los premios que había ganado. Pero, a

diferencia del resto de las biografías, no había mención alguna de su lugar de procedencia.

Pero algo escrito al final de la biografía le llamó la atención: *En excedencia indefinida*.

¿Desde cuándo se consideraban dos semanas de vacaciones una excedencia?

Alma se mordió el labio inferior: no lo entendía.

–¿Has encontrado lo que buscabas? –preguntó Rick mientras se acercaba desde su despacho.

–No estoy segura –murmuró ella. Tenía que llegar al fondo del asunto. Descolgó el teléfono y marcó–. Voy a ver lo que me dicen en el bufete.

Miró el reloj. Ajustando la diferencia horaria, sería casi la hora de comer en Los Ángeles. Todavía quedaría alguien en el bufete. Teniendo en cuenta su tamaño e importancia, supuso que siempre habría alguien para responder al teléfono.

Una voz femenina grabada le ofreció, al otro extremo de la línea, diversas opciones con las teclas que debía pulsar, y después le dijo que si sabía la extensión podía marcarla directamente.

Alma detestaba los operadores automáticos. Resuelta a hablar con alguien vivo, pulsó el cero varias veces hasta que alguien contestó. La mujer dijo el nombre del bufete de forma tan mecánica que Alma creyó que era otra grabación. Pero la oyó respirar.

–Quisiera hablar con el señor Taylor, por favor –dijo tratando de disimular lo más posible su acento texano.

–Lo siento, pero el señor Taylor está de permiso. ¿Quiere hablar con otro de nuestros asociados?

–¿Se refiere a que está de vacaciones?

–No. El señor Taylor ha pedido una excedencia.

«Enfoquémoslo de otra manera», se dijo Alma.

–¿Cuándo volverá?

La respuesta le resultó inesperada.

–No poseo esa información. Puedo pasar su llamada al señor Wells, si lo desea. Estoy segura de que podrá ayudarla.

–¿Lleva él los casos del señor Taylor? –preguntó Alma con la esperanza de obtener con esa pregunta una respuesta satisfactoria.

–Por ahora, sí. El señor Wells se encarga de algunos de los casos del señor Taylor. Espere un momento, por favor. Voy a pasarle su

llamada.

Siguieron dos minutos de música de ascensor hasta que la operadora volvió a hablar.

–Lo siento, el señor Wells está hablando por otra línea. Puede usted darme su número de teléfono para que él la llame o, si lo prefiere, hablar con otro abogado.

«No quiero hablar con otro abogado, sino obtener respuesta a una pregunta muy sencilla», pensó Alma.

Volvió a intentarlo.

–¿Y usted no sabe cuándo volverá el señor Taylor?

–Ya se lo he dicho. No lo sé. Entonces, ¿quiere...?

«Lo que quiero, parece que no está usted dispuesta a dármelo», se dijo.

Y colgó.

Capítulo 6

Alma apretó los labios mientras miraba el auricular del teléfono que acababa de colgar.

Tenía un misterio entre manos, no del tipo al que se había enfrentado cuando Clarence Whitaker, un tendero de cincuenta y seis años, obeso y sin dotes para el atletismo, se despertó en un árbol tras una noche de beber sin parar porque su esposa lo había dejado. Pero, de todos modos, era un misterio.

¿Por qué se había tomado Cash un periodo de excedencia en vez de unas simples vacaciones? ¿Por qué no le había dicho a nadie del bufete cuándo iba a volver, a pesar de que ya sabía la fecha de la boda?

¿Y por qué no había dicho nada, si no a ella, al menos a su abuelo? Alma estaba segura de que no lo había hecho porque sabía que, si le decía que se iba a quedar con él por un periodo indefinido, Harry se lo contaría a la señorita Joan, y esta, a ella.

¿Por qué tanto secreto? ¿O por qué creía Cash que tenía que mantenerlo en secreto?

Algo no encajaba. El Cash que ella recordaba era una persona abierta y sincera como cualquiera del condado.

¿Qué le había sucedido en la gran ciudad?

Se dio cuenta de que preguntarle directamente no era el camino a seguir. Tenía que conseguir que Cash se relajara, se sintiera cómodo volviendo a ser Cash. Tal vez entonces lograra que comenzara a hablar. Pero, para eso, necesitaba ayuda.

Volvió a descolgar el teléfono y marcó un número de memoria.

–¿Gabe?

La voz del otro extremo de la línea no respondió afirmativa ni negativamente, sino que preguntó:

–¿Alma?

–Sí.

–Soy Eli. ¿Quieres que vaya a buscar a Gabe? Está fuera.

Tenía cinco nombres para elegir y se había equivocado, pero

daba igual porque cualquiera de sus hermanos le serviría.

–No, puedo decírtelo a ti.

–Me siento muy honrado –bromeó su hermano.

–Calla y escucha. ¿No me dijiste algo sobre construir un arco para la boda de Harry y la señorita Joan? ¿Algo especial para que se celebrara allí la ceremonia?

–Sí.

–Pues os voy a ser de ayuda.

–¿Tú? –Eli apenas consiguió reprimir la risa–. No te ofendas, Alma, pero rechazamos el ofrecimiento. Ya sabes que sueles sufrir accidentes. Nos pasaríamos la mitad del tiempo llevándote al hospital. Y estoy seguro de que a los novios no les gustaría estar debajo de un arco con las flores salpicadas de gotas de sangre.

–Muy gracioso –observó ella en tono seco–. No yo, tonto. Me refiero a Cash que, a fin de cuentas, es el nieto de Harry. He pensado que le vendrá bien participar en los preparativos de la boda, que le ayudaría a relajarse. Y por lo mucho que te quejabas el otro día, creo que un poco de ayuda será bienvenida.

Se produjo una pausa al otro extremo de la línea, como si su hermano estuviera reflexionando. Aunque ¿sobre qué había que reflexionar? Necesitaban ayuda, y Cash podía ofrecérsela. Y punto.

–Muy bien –dijo Eli–. Cuantos más seamos, mejor. Se lo diré la próxima vez que me lo encuentre, si es que me lo encuentro.

–Estará en la cafetería a las seis.

–De acuerdo: cuando me lo encuentre –afirmó Eli. Como había sido Alma la que le había empezado a hablar de Cash, se atrevió a hacerle una pregunta que lo tenía preocupado–. Y ya que estamos hablando de eso, ¿cómo te encuentras?

–¿Que cómo me encuentro? –repitió ella en tono inocente–. ¿A qué te refieres?

Eli se echó a reír.

–Se te dan bien muchas cosas, Alma, pero, yo en tu lugar, dejaría de pensar en dedicarme a la actuación. Se te ha notado la tensión a kilómetros. Vamos, hermanita. Soy yo, Eli. Dime cómo te encuentras.

Alma respiró hondo.

–Estoy bien, Eli, gracias por preguntar. De todo eso hace mucho tiempo. Lo que hubo entre nosotros se acabó.

–Entonces, ¿a qué viene ese repentino interés en que trabaje con nosotros? ¿Es que el abogado ya está aburrido?

Alma se dio cuenta de que quería proteger a Cash, proteger a un hombre que la había dejado plantada. Se dijo que estaba de psiquiatra.

Pero no iba a cambiar. Lo sabía perfectamente.

–No, pero creo que al abogado le pasa algo de lo que no quiere hablar. Solo intento que recuerde que está entre amigos.

Eli soltó una risita.

–No soportas que alguien te oculte algo, ¿verdad, hermanita?

–Esto no tiene nada que ver conmigo –informó a su hermano con la voz que él solía denominar «de ayudante del sheriff», la voz de la fría autoridad–. Se trata de ayudarlo y de ayudaros. Todos saldréis ganando. No te olvides de que estará en la cafetería a las seis. Estate allí.

Colgó sin añadir nada más.

–Y un cuerno que no tiene nada que ver contigo –dijo Eli al auricular que tenía en la mano.

Cash había olvidado cuánto se ensuciaba uno trabajando en el rancho.

Y lo bien que se sentía uno al hacerlo, al trabajar con las manos y doblar el espinazo.

Para ser abogado se necesitaba tanta energía como para ser ranchero. Las largas horas en el bufete lo dejaban mentalmente exhausto, pero reconocía que resultaba muy satisfactorio hacer el trabajo del rancho, que lo dejaba físicamente exhausto.

Le gustaba medir sus fuerzas con la tierra y con los caballos que su abuelo criaba.

Estaba tan absorbido por el trabajo que había perdido la noción del tiempo. Le quedaba menos de media hora para verse con Alma en la cafetería.

Lo cual no hubiera sido un problema si pudiera marcharse inmediatamente. Pero no podía entrar en la cafetería oliendo a establo, entre otras cosas, por lo que tendría que darse una ducha rápida.

Y eso le haría llegar tarde.

Mientras conducía hacia el pueblo saltándose el límite de velocidad, se preguntó si ella lo esperaría o se marcharía al suponer que no iba a ir.

Cuando Alma le había propuesto tomarse juntos un café, se había sentido aliviado y algo esperanzado por primera vez desde que había escuchado el boletín de noticias que le había destrozado la vida.

Eso no quería decir que sintiera algo digno de ser registrado. En una escala emocional de cero a diez, sus emociones rondarían el cero.

Porque así quería que fuera.

Tenía encerrado todo en su interior porque era la única manera que conocía de sobrevivir. Si se abría, si daba rienda suelta a sus emociones, tenía la sensación de que se derrumbaría. El sentimiento de culpabilidad que trataba desesperadamente de evitar lo devoraría.

Tal como estaban las cosas, ya tenía que luchar constantemente para no pensar en aquello de lo que, en último término, había sido responsable.

Reprimir las emociones era su única esperanza.

Sin embargo, no podía evitar pensar que Alma pertenecía a una época en que la vida era más sencilla.

Una época a la que él había dado la espalda voluntariamente. Y había hecho sufrir a algunas personas.

A Alma.

Por eso no se merecía volver a aquella época, a pesar de que era por eso, más que por la boda de su abuelo, por lo que estaba allí. No para recuperar aquel tiempo, ya que sabía que era imposible, sino para tratar de recordar cómo se sentía entonces, aunque fuera durante unos minutos.

Eso también lo ayudaría a sobrevivir.

Con el cabello todavía húmedo y la ropa limpia que se había puesto pegándosele al cuerpo, que aún no estaba del todo seco, entró en la cafetería y buscó a Alma mientras daba unos pasos hacia delante.

Al principio no la vio. Había llegado veinte minutos tarde, a pesar de que la ducha había sido rápida y de que se había vestido a toda prisa, sin secarse.

Debiera haberla llamado para decirle que se retrasaría. Lo más probable era que Alma pensara que le había dado plantón. Y no la hubiera culpado por ello, ya que, al fin y al cabo, ella no confiaba en él, debido a su comportamiento en el pasado.

Entonces la vio al fondo del local. Estaba hablando con una camarera, pero sus miradas se encontraron y ella lo saludó con un gesto de la cabeza. Aliviado, y sin percatarse de que sonreía de oreja a oreja, Cash se le acercó, dispuesto a disculparse.

–Hola –la saludó cuando estuvo lo bastante cerca como para no tener que gritar–. Temía que te hubieras ido. Siento llegar tarde.

Alma se alejó de la camarera y lo miró de arriba abajo. No se lo había imaginado: Cash estaba mojado.

–¿Está lloviendo?

Llevaba todo el día amenazando lluvia y había habido algún trueno, pero parecía que la Naturaleza quería burlarse de los habitantes de la zona, que rezaban para que lloviera. La tierra estaba seca y se habían abierto grietas en ella, como si se dispusiera a absorber el agua que pudiera caer, si caía. La hierba era escasa y más marrón que verde. Y había vuelto a subir el precio del heno, que servía para alimentar a los caballos.

Cash pensó que debería haber dedicado unos minutos más a secarse.

–No, ¿por qué?

–Tienes el pelo mojado –dijo ella tocándoselo para comprobarlo–. Y, en general, no pareces estar seco. ¿Qué ha pasado?

Cash se encogió de hombros casi con timidez, y ese gesto a ella le recordó al joven que había sido y al que había entregado su corazón.

–Estaba limpiando las cuadras y perdí el sentido del tiempo. No quería que creyeras que te había dado plantón, pero tampoco que te sentaras frente a mí oliendo como olía, por lo que me di una ducha rápida.

La idea de que se hubiera dado prisa por ella hizo que Alma sonriera. Tal vez, en cierto modo, todavía le siguiera importando.

–Me hubiera sentado en dirección contraria al viento, pero te agradezco el detalle.

Alma giró la cabeza para mirar hacia atrás. La señorita Joan los

vigilaba sin disimulo.

–Vamos a tomarnos el café ahora, señorita Joan.

La anciana asintió.

–Sentaos en aquella mesa –señaló la que había ocupado Alma antes de levantarse para hablar con la camarera–. Enseguida os pondrán el café.

Alma se dirigió a la mesa y Cash la siguió mientras trataba de no observar el movimiento de sus caderas, del que ella no era consciente, sin conseguirlo. El trabajo duro y las prisas habían disminuido su fuerza de voluntad.

–Así que tu abuelo te ha puesto a trabajar –comentó ella cuando se hubieron sentado.

–En realidad, le he rogado que me deje hacerlo. Me decía que estaba de vacaciones, pero lo he convencido de que me deje echarle una mano. Me había olvidado de lo gratificante que resulta trabajar con las manos. Y el dolor de espalda que te produce. Me duelen sitios que ni siquiera sabía que tenía.

Llevaba puesta una camisa con las mangas arremangadas, que a Alma le recordó el aspecto que tenía el último verano que se habían visto.

–Es porque no estás acostumbrado.

–No es que esté sentado a mi escritorio todo el día sin moverme –protestó él.

Ella ladeó la cabeza sonriendo.

–¿Tienes que saltar por encima del banquillo en la sala del tribunal?

–Voy a un gimnasio y hago todo el ejercicio que puedo.

Alma lo creyó. Seguía teniendo un tipo admirable, pero no el mismo que cuando vivía allí.

–Se utilizan músculos distintos trabajando en el rancho.

–Dímelo a mí –gimió él. Rotó los hombros para intentar deshacer el nudo que le iba creciendo entre los omóplatos. Y sentía una rigidez en los hombros que prometía empeorar a lo largo de la tarde.

Observó que Alma intentaba no sonreír.

–Lo más probable es que mañana te sientas peor.

–Pues qué bien –masculló él.

La señorita Joan se acercó a la mesa con dos tazas de café, que

puso frente a ellos. No parecía tener prisa en marcharse.

Había oído la última parte de la conversación, y no trató de ocultarlo. Al fin y al cabo, a eso se dedicaba. ¿Cómo, si no, iba a ayudar y a aconsejar a los demás?

–¿Por qué no le das un masaje cuando acabéis aquí? –sugirió a Alma al tiempo que indicaba con la cabeza un cubículo repleto de cosas que creía que podían serle de utilidad–. Tengo linimento. Podría aliviarlo.

Eso implicaría tocarlo, pensó Alma. Tocarle la piel. Y no sería capaz de enfrentarse a la oleada de recuerdos que la invadiría.

Se activó su instinto de supervivencia y comenzó a poner reparos.

–No creo que...

La señorita Joan la miró con intención.

–Me voy a casar con Harry dentro de unos días. Es el abuelo de Cash, por lo que él se convertirá en mi nieto. Me tomaré como un favor personal que te apiades del chico y veas qué puedes hacer para aliviarle el dolor, Alma.

A Cash no le hizo falta mirarla para percibir su renuencia.

–De verdad que estoy bien, señorita Joan.

La señorita Joan lo miró dándole a entender que no se lo creía.

–Esa mueca no indica que estés bien, pero como tú digas –se encogió de hombros–. La oferta sigue en pie. Tengo el linimento en el despacho –dicho lo cual, se alejó.

Alma vaciló.

–Si de verdad te duele mucho...

–No, estoy bien.

No quería ponerla en un aprieto a causa de la señorita Joan ni hacer nada que la incomodara. Además, no era buena idea, para ninguno de los dos, la de extender linimento por sus hombros doloridos.

–Me acostumbraré. Como has dicho, se debe a que he ejercitado músculos distintos.

–De acuerdo –contestó ella–. Entonces, puede que estés dispuesto a seguir ejercitándolos.

–¿A qué te refieres?

–A si estás dispuesto a hacer algo más de trabajo físico. Mis hermanos y el sheriff están construyendo un arco nupcial para tu

abuelo y la señorita Joan, para que se casen debajo de él. Eli me ha comentado que les vendría bien algo de ayuda, así que le he dicho que te preguntaría si querías apuntarte, ya que es para tu abuelo –dijo ella observando su rostro.

–Desde luego, cuenta conmigo.

«Así que no sé actuar, ¿eh, Eli?», pensó Alma, muy satisfecha de la representación que acababa de dar. Había hecho creer a Cash que la idea era de Eli, no suya.

«A ver qué dices a eso, hermanito».

Capítulo 7

Sentada frente a Cash en la cafetería, mientras el barullo aumentaba a su alrededor, Alma tuvo la sensación de que era como en los viejos tiempos.

O lo más parecido a ellos.

Se habían bebido la mitad del café mientras charlaban cuando entró Eli con aire despreocupado.

Alma vio que varias mujeres dejaban de hablar y lo miraban dejando vagar la imaginación por el lado salvaje antes de retomar la conversación.

Su hermano mayor partiría muchos corazones cuando se casara.

Alzó la mano para atraer su atención.

–Eli, estamos aquí. Vente para acá. No te importa, ¿verdad? –preguntó a Cash cuando ya era tarde.

–No.

Eli Rodríguez había sido su mejor amigo, pero, como era hermano de Alma, había roto la relación también con él creyendo que era lo mejor.

Su abuelo había sido la única persona con quien se había seguido relacionando.

Su abuelo, que había hecho lo imposible para que se quedara. Pero Cash no aceptó ningún consejo después de conocer la gran ciudad. No podía imaginarse entonces que llegaría a lamentar haber roto con todo lo que era real en su vida.

Eli se acercó vacilante, como si no supiera qué hacer.

Cash eliminó su posible incomodidad iniciando la conversación.

–Me ha dicho Alma que necesitáis ayuda para construir el arco nupcial.

Eli miró hacia la barra para asegurarse de que la señorita Joan no había oído el comentario.

–Así es –contestó mientras se sentaba al lado de su hermana–. Pero, si no te importa, no se lo digas a tu abuelo ni a la señorita Joan. Tiene que ser una sorpresa.

–Alma no me lo había dicho.

–No lo sabía –se defendió ella mirando a Eli–. No me dijiste que iba a ser una sorpresa.

–Supuse que te lo imaginarías. Ya veo que no –contestó Eli tratando de mantenerse serio.

–Tenías que habérmelo dicho –le reprochó ella–. No leo el pensamiento, aunque sea tan simple como el tuyo.

Cash miró a uno y otro y negó con la cabeza con aire levemente divertido.

–Ya veo que todo sigue igual.

Sabía que, en otra época, cuando comenzó a trabajar en el bufete de Los Ángeles, hubiera pensado que el hecho de que todo siguiera igual le hubiera parecido desagradable, en tanto que en aquel momento le resultaba extrañamente tranquilizador, como cuando un niño descubre algo conocido a lo que aferrarse en medio de una tormenta.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Alma, un poco a la defensiva.

–Que Eli y tú os seguís tomando el pelo.

Aunque sabía que ella quería mucho a sus hermanos y que era la primera en salir a defenderlos, siempre había sido muy competitiva cuando estaba con ellos. No quería que pensaran que era inferior en nada, que la podían dejar atrás.

–¿Sigues siendo así con tus otros hermanos?

–Si lo que me preguntas es si ponen a prueba mi paciencia, lo hacen –afirmó ella. Hizo una pausa para dar un sorbo de café, que se estaba enfriando–. Si no te refieres a eso, no tengo ni idea de lo que me quieres decir.

–No le hagas caso –intervino Eli–. ¿Puedes venir mañana al rancho a ayudarnos un par de horas? Todo el tiempo que puedas dedicar a clavar o serrar nos vendrá muy bien, y te lo agradeceremos. Se nos echa el tiempo encima.

–Por supuesto, contad con mi ayuda para lo que sea.

Cash se sintió casi liberado. El trabajo manual era una manera de aliviar el estrés.

Al principio había previsto ir a Forever solo para la boda y dedicarse a observar las vidas ajenas, en un intento de buscar consuelo, si tenía suerte, en las cosas que no hubieran cambiado en el lugar en que había nacido.

Esperaba en secreto que observar su mundo de otro tiempo contribuyera a cicatrizarle las heridas.

O, si no a cicatrizárselas, a hacerle sentir que no estaba muerto. El vacío que experimentaba lo estaba devorando vivo. Y no podría seguir sobreviviendo mucho tiempo.

Por eso decidió regresar antes a Forever. Necesitaba estar allí. Necesitaba ayuda para llegar al final de cada día. Moverse en un entorno conocido se la proporcionaba.

–Entonces, nos veremos en el rancho mañana –dijo Eli sonriendo–. ¿Te parece bien a las nueve?

Cash reflexionó durante unos segundos.

–Que sea a las diez. Estoy ayudando a mi abuelo a limpiar las cuadras. Si dejo de hacerlo después del primer día, creo que se sentirá decepcionado.

–Eso es que no conoces a tu abuelo –le espetó Alma–. Hazme caso: nada de lo que hagas lo decepcionará. Para él, eres el centro del mundo.

Cash se había quedado maravillado al ver que su abuelo lo recibía con los brazos abiertos a pesar de lo mucho que se había distanciado de él. Le dio una bienvenida que le gustó, pero que también hizo que se sintiera peor por haber descuidado a su abuelo como lo había hecho, limitándose a mandarle dinero regularmente, pero sin concederle tiempo ni atención.

–La señorita Joan está a punto de sustituirme –afirmó con una sonrisa forzada.

Se percató de que había sentido una punzada de celos.

Era ridículo. No podía estar celoso de una mujer que decía de sí misma que era más vieja que la roña. No era tan anciana, pero tampoco joven. Se alegraba de que su abuelo tuviera a alguien en su vida porque se merecía ser feliz.

Supuso que sus sentimientos derivaban de que no quería que las cosas cambiaran en un lugar que consideraba su refugio.

«Madura», se ordenó en silencio. «Te comportas como un chaval ingenuo».

Cuando Eli estaba a punto de levantarse para irse, la señorita Joan se acercó a la mesa mirándolo exclusivamente a él.

–¿Quieres algo, guapo?

Eli le sonrió.

–Sí, que anule la boda con Harry y se escape conmigo.

La señorita Joan negó con la cabeza como si se tomara en serio sus palabras.

–Ay, Eli, si me lo hubieras pedido antes... Me temo que ya es tarde. Si me escapo contigo, le partiré el corazón a Harry. Además, eres demasiado joven para mí.

–Solo me lleva un par de años –afirmó Eli con seriedad–. Y, a decir verdad, es usted mucha mujer para mí.

–Como si fuera posible –dijo la señorita Joan, y se echó a reír. Después, le dio unas palmaditas en el hombro–. Me haces bien, Eli. Me haces sentir joven.

–Es usted joven –intervino Alma. Y lo dijo en serio. No había nadie como ella: era única–. Sabe que es más joven que todos nosotros.

–No soy más joven, sino más experimentada. Y sé que lo que está mal no seguirá estándolo eternamente. Y, si lo sigue estando, hallaréis la forma de salir adelante. Los blancos móviles son más difíciles de alcanzar.

Les guiñó el ojo y volvió detrás de la barra.

Mientras la veía alejarse, Cash negó con la cabeza.

–Creo que mi abuelo va a estar muy ocupado.

–Todavía me sorprende que consiguiera que ella aceptara –afirmó Eli–. No pretendo ofender a tu abuelo, pero, desde que la conozco, la señorita Joan se ha cuidado muy mucho de comprometerse.

–Y la conoces desde hace mucho más que nosotros –se burló Alma–. Eres tres años mayor que yo y dos años mayor que Cash.

–Ser mayor es ser mayor –insistió Eli.

Ella puso los ojos en blanco.

–Un pensamiento muy profundo, Eli. Que no se me olvide estamparlo en una camiseta.

En vez de contestar, Eli miró a Cash.

–Si te pone muy nervioso, y no veo cómo no vaya a hacerlo, ya sabes dónde estoy.

–En realidad –dijo Cash, un poco apesadumbrado–, no lo sé.

–Sigo viviendo en el rancho familiar, pues así me resulta más fácil trabajar allí.

–¿Y tú? –preguntó Cash a Alma–. ¿Sigues viviendo también en el

rancho?

–No, me mudé hace tres años, cuando empecé a trabajar a tiempo completo. Ahora vivo en el pueblo. Así estoy cerca por si el sheriff me necesita.

–No dejes que te engañe –le dijo Eli a su amigo–. No quiere ayudar en el rancho después de pasarse todo el día trabajando para mantener la paz en el pueblo. ¿No es así, Alma?

Alma le lanzó una mirada intencionada.

–Creí que te ibas.

–Pues sí –se volvió hacia Cash–. Me alegro de volver a verte. Te espero mañana.

–Estás sonriendo –dijo Alma cuando su hermano se hubo marchado.

El comentario pilló a Cash desprevenido. Estaba recordando sus días de infancia con Eli. De vuelta a la realidad, miró a Alma con perplejidad.

–¿Cómo?

–He dicho que estás sonriendo. No, no pares –le pidió ella al ver que la sonrisa desaparecía–. Era una observación, no una crítica. Estaba empezando a preocuparme que te hubieras olvidado de sonreír.

–No es cuestión de haberlo olvidado –dijo él con sinceridad mientras pensaba en el giro que había dado su vida cinco meses antes–. Es que no soy capaz de hacerlo.

Alma decidió no esperar más. Aquello tenía que salir a la luz en aquel mismo instante.

–Mira, no puedo seguírmelo guardando. ¿Qué te pasa, Cash? –al ver que no le contestaba, puso su mano sobre la de él, que tenía encima de la mesa, y le rogó–: Cuéntamelo.

Cash esbozó una media sonrisa, pero no tenía intención alguna de contestar a su pregunta. Sin embargo, en vez de negarse en redondo como había hecho antes, le dijo:

–Tal vez lo haga algún día, Alma, pero no ahora.

Era evidente que la buena gente de Forever no hacía mucho caso de lo que ocurría fuera del condado e incluso menos de lo que ocurría fuera del estado. Eso no había cambiado. Las únicas noticias que le interesaban eran las locales. En caso contrario, estaba seguro de que alguien del pueblo le habría contado la historia a su abuelo.

Al fin y al cabo, el nombre de Cash se había mencionado en todos los artículos que habían cubierto la noticia.

Nadie había manifestado que él fuera responsable de lo sucedido, pero daba igual, porque él se sentía responsable y no había manera de expiar su culpa.

Salvo la de dejar de ser abogado.

Pero, si lo hacía, ¿qué sería de su vida? Cuando esas dos semanas terminaran, después de que su abuelo estuviera felizmente casado e iniciando un nuevo capítulo de su vida, ¿qué haría? ¿Cómo se ganaría la vida si abandonaba la única profesión que conocía?

Pero, si volvía a trabajar en el bufete, ¿podría soportarse a sí mismo? ¿Sobreviviría a los recordatorios diarios?

Hasta que Alma no agitó la mano ante su cara no se dio cuenta de que estaba divagando y de que ella trataba de llamar su atención.

Se centró en ella.

–Lo siento –se disculpó.

–No tienes por qué –dijo ella, absolviéndolo de cualquier transgresión que creyera haber cometido–. Pero, si de verdad quieres compensarme, puedes hacerlo diciéndome qué demonios tienes en la cabeza.

Él se rio con suavidad. ¿Por qué se había alejado de ella? Alma era más real que toda la gente del bufete con la que había trabajado hasta una semana antes.

–Buen intento.

–Pero, evidentemente, no lo bastante bueno para soltarte la lengua –dijo ella con un suspiro de resignación–. Siempre has sido muy reservado cuando quieres.

Ella sabía que, años antes, él lo hacía para provocarla y conseguir que se enfadara. Pero al final se ablandaba. Sin embargo, lo de aquel momento era distinto, y tenía el presentimiento de que muy grave.

–Hazme caso, es mejor que no lo sepas

Ella se echó a reír y lo miró, incrédula.

–Me parece que no recuerdas cómo soy. Si lo hicieras, te acordarías de que siempre quiero saberlo todo.

Cash la miró durante unos segundos. El ruido creciente que los

rodeaba, a medida que llegaban más clientes, pasó a un segundo plano mientras luchaba consigo mismo.

Tuvo que reconocer que sentía la necesidad de contarlo, de librarse de la carga y de aferrarse, aunque fuera por unos segundos, a las palabras de alguien en busca de la absolución. Pero no duraría, ya que su sentimiento de culpabilidad era inmenso.

Además, ¿y si ella no pronunciaba las palabras que lo absolvieran? ¿Y si lo miraba con horror y repulsión?

No lo soportaría.

–No –replicó con firmeza–. Es mejor que no lo sepas.

Después, tratando de salvar el abismo que se había abierto entre ambos, buscó un terreno neutral.

–Pero puedes contarme lo que ha sucedido aquí desde que me fui.

«Así de fácil, ¿no? No creas que no sé lo que estás haciendo: tratando de desviar mi atención. Pero no me distraigo tan fácilmente, Cash», pensó ella.

–¿Lo quieres en orden cronológico, alfabético o solo lo más destacado?

Así era Alma, pensó él, siempre dispuesta a complacer a los demás. Se había olvidado de esa cualidad de ella y de cuánto le gustaba.

Fascinado por la promesa de un futuro que superaba su imaginación, había olvidado por completo lo que tenía en su propia casa.

–Como prefieras.

Alma asintió.

–Muy bien. Entonces, te contaré lo más destacado.

La media hora siguiente la dedicó a narrar a Cash los hechos más importantes de los diez años anteriores que pensó que podrían interesarle. Le contó que Rick Santiago se había casado con una abogada llamada Olivia que había llegado al pueblo en busca de su hermana, que había huido. Olivia ejercía en el pueblo, y tenían una hija recién nacida.

Ramona, la hermana de Rick, se había casado con Joe Lone Wolf, que era ayudante del sheriff junto con Larry y ella. Y el pueblo ya tenía médico, el doctor Daniel Davenport, después de más de treinta años sin uno. Y Tina, la cuñada del sheriff, que era

responsable de modo indirecto de que este hubiera encontrado esposa, había acabado casándose con el médico. Era la bibliotecaria del pueblo.

Alma enumeró los niños que habían nacido de las personas que estaba segura de que Cash recordaría.

Mientras Alma proseguía con su resumen de acontecimientos, la señorita Joan se acercó dos veces a rellenarles las tazas. La segunda vez les llevó un gran trozo de tarta de manzana con mucha nata, que colocó frente a Cash.

Él pensó, sorprendido, que se acordaba de lo mucho que le gustaba.

Mientras Alma seguía hablando, Cash la escuchaba pensando en las muchas cosas que habían sucedido mientras estaba en la Costa Oeste defendiendo a personas a las que todos consideraban criminales y buscando la prueba que los dejara en libertad.

Que fueran o no inocentes era otra historia, y no quería oírla. Porque si sabía con certeza que su cliente era culpable no era capaz de defenderlo, ya que iba contra su ética profesional.

«Pero en tu fuero interno sabías que Harper era culpable, lo sabías mientras hablabas de aquella prueba hasta conseguir que el juez te diera la razón y la considerara inadmisible».

«Y conseguiste que Harper saliera libre».

«Si no hubieras sido tan buen abogado, ni tan inteligente, Harper habría ido a prisión por sus delitos».

«Y los cinco miembros de esa familia seguirían vivos».

Era un pensamiento que lo acosaba cuando estaba despierto. Mientras dormía era aún peor.

–¿Has entrado en coma de puro aburrimiento? –le preguntó Alma al ver que llevaba varios minutos sin decir nada.

Cash pensó que había vuelto a dejar vagar su imaginación, aunque sería mejor decir que su imaginación lo torturaba.

Pero se lo merecía.

–No, perdona, estaba pensando.

–¿En qué?

La sonrisa que ella observó en sus labios fue leve, como si no pudiera reunir la suficiente energía para hacerla más abierta. Al igual que su mirada, expresaba tristeza.

–En todas las cosas que han sucedido aquí mientras he estado

fuera –mintió él.

Alma pensó que lo había dicho con convicción, pero no la había engañado. Estaba segura de que había algo más. Sus ojos se lo decían.

Llena de frustración pensó que tenía que conseguir que Cash confiara en ella.

Pero… ¿cómo?

Capítulo 8

Resistió algo más de dos días.

Recurriendo a toda su fuerza interior, Alma no descolgó el teléfono ni condujo hasta el rancho de su familia para ver qué tal le iba a Cash ni se enteró de si había aparecido o se había echado atrás en el último momento.

Pero, cuando reconoció que todos sus pensamientos se centraban en si Cash estaba ayudando a sus hermanos o no, se dio por vencida y le dijo a Rick que se iba a tomar uno de los días de vacaciones a los que tenía derecho para resolver asuntos personales.

–Tengo que preparar algunas cosas para la fiesta de la señorita Joan –fue la excusa oficial que puso, con la esperanza de que el sheriff no recordara que ella era únicamente una de las mujeres que la estaban preparando y que la esposa y la cuñada de Rick eran las verdaderas organizadoras.

Este no le hizo pregunta alguna. Lo único que le dijo fue:

–No tienes que darme explicaciones de por qué te tomas el día libre, aunque te agradezco que me mantengas informado.

Pero, cuando ella vio cómo la miraba, creyó que la había descubierto.

Tal vez solo fuera su sentimiento de culpabilidad, que la volvía paranoica. No le gustaba mentir, pero reconocer que quería ver cómo iba la construcción del arco nupcial y, específicamente, cómo le iba a Cash, hubiera dado pie a recibir consejos no solicitados.

No le hacía falta que le dijeran que no debía ser tan vulnerable con respecto a Cash, que si reavivaba lo que había habido entre ellos iba a meterse en un lío.

Lo sabía, y no tenía intención alguna de dejar que sucediera. Simplemente le preocupaba Cash como amiga, nada más.

«Nada más», se repitió a sí misma mientras conducía hacia el rancho.

Los oyó mucho antes de verlos, mientras se aproximaba a la casa. El sonido de los martillos, mezclado con el de algunos tacos,

procedente de detrás del establo no dejaba dudas de dónde estaban trabajando.

Alma dejó el jeep aparcado frente a la casa y se dirigió al establo con la esperanza de poder observarlos antes de que se dieran cuenta de su presencia.

A pesar del ruido que hacían, se sorprendió al ver que solo dos de sus hermanos, Gabe y Rafe, estaban trabajando con Cash.

Este fue el primero en verla. Se detuvo y aprovechó para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano.

–¿Dónde te has dejado el uniforme? –le preguntó, sorprendido de verla.

Y también le sorprendió lo contento que estaba de verla. Desechó el sentimiento por temor a sus consecuencias. Sentir algo, lo que fuera, podía abrir la caja de Pandora que tanto trabajo le había costado cerrar.

Preparada para otro día caluroso, Alma llevaba unos vaqueros y un top que hacía juego con el color de sus ojos.

Para lo que no estaba preparada era para ver a Cash con la camisa atada a la cintura, el torso desnudo, brillante de sudor, con unos pectorales y un abdomen duros como piedras.

¿Desde cuándo tenía esos abdominales?

Siempre había sido musculoso, pero aquello era otra cosa.

No le parecía justo que estuviera más guapo. Se suponía que a un abogado se le reblandecía el cuerpo. Notó que le temblaban las piernas.

–En casa, colgado en una percha –respondió cuando pudo hablar. Carraspeó e indicó su torso desnudo con un gesto de la cabeza– .Y tú, ¿dónde te has dejado la camisa?

Él agarró una de las mangas y la levantó por si no la había visto.

–Aquí. ¿No te ponen pegas a ir sin uniforme?

–Solo si no llevo nada puesto en su lugar –«como tú ahora», pensó–. Tengo el día libre.

–Entonces, deja de hablar y agarra un martillo –dijo Gabe yendo hacia ella con la herramienta en la mano y señalando el arco con él–. Esto no se construye solo, y está resultando más complicado de lo que parecía en la foto que nos enseñaste.

Cash la miró sorprendido.

–¿Ha sido idea tuya?

Era propio de ella. Pero no se había atribuido mérito alguno al pedirle que ayudara en su construcción.

–Pensé que sería un bonito detalle –le explicó Alma.

Sentía un aleteo en el estómago y trataba de mantenerse a distancia de él. Pero sabía que no sería posible si estaba dispuesta a echarles una mano con el trabajo o, al menos, no sin que fuera evidente.

–Menos hablar y más trabajar –ordenó Gabe.

Para no pensar en Cash, Alma decidió tomarle el pelo un poco.

–Eli me ha dicho que no quiere que os ayude porque suelo tener accidentes.

Gabe frunció el ceño ante la excusa.

–Eli no está.

–Además, te hemos calado, Alma –afirmó Rafe. Acalorado, dejó de trabajar durante unos segundos y agarró una lata de cerveza de la nevera portátil que Gabe y él habían llevado y puesto a la sombra.

–¿Ah, sí? –Alma se volvió hacia Rafe–. ¿A qué te refieres?

Rafe dio un largo trago de cerveza y dejó la lata al lado de la nevera.

–Me refiero a que te comportas como si sufrieras muchos accidentes para librarte de trabajar en las cosas que nos propones.

–No es verdad –protestó ella–. Además, siempre he trabajado en el rancho.

Para no seguir desperdiciando más tiempo discutiendo con su hermana, Gabe se le acercó y le dio el martillo.

–Puedes trabajar en la plataforma.

Ella enarcó las cejas, sorprendida. Aquello era nuevo.

–¿Estáis construyendo también una plataforma? ¿Desde cuándo?

–Desde que Eli decidió que sería un bonito detalle que Harry y la señorita Joan estuvieran en ella y bajo el arco durante la ceremonia. Aquí está el plano que ha hecho –se sacó un papel del bolsillo trasero del pantalón y lo desdobló.

–En mi opinión, es un arquitecto frustrado –comentó Rafe.

Ser arquitecto había sido el sueño de Eli, al que había renunciado para volver a su casa a ayudar cuando su madre empeoró.

Nunca se había quejado de haber tenido que dejarlo. Ninguno

quería que su padre se viera obligado a vender el rancho en el que había vivido la familia durante tres generaciones.

Cuando acabaron de pagar las facturas, el padre los había llevado a un abogado de la ciudad más próxima y les había cedido las escrituras del rancho. Sus hijos habían tratado de disuadirlo, pero él se había mantenido en sus trece alegando que si no hubiera sido por la ayuda de todos ellos habría tenido que vender el rancho para pagar las deudas.

Alma alisó el papel con la mano y examinó el plano que Gabe le había dado. Lo dobló y se lo devolvió.

–Vamos a necesitar mucha más madera de la que tenéis aquí.

–Tenemos más –afirmó Rafe–. Eli la trajo ayer. Está detrás del granero –se volvió hacia Cash–. ¿Por qué no vais tú y la capataz aquí presente –señaló a su hermana con la cabeza– a traerla?

–Desde luego –dijo Cash dejando el martillo y limpiándose las manos en los vaqueros.

–¿Dónde están Mike y Ray? –preguntó Alma refiriéndose a sus otros dos hermanos, a los que no veía por ninguna parte.

–Han ido con Eli y papá a reparar la cerca antes de que los caballos la rompan del todo –contestó Gabe–. Puede que no te hayas dado cuenta, con todas estas flores alrededor y teniendo en cuenta que casi no apareces por aquí, pero esto es un rancho en el que hay que trabajar.

Ella lo fulminó con la mirada.

–Me parece que te has levantado con el pie izquierdo. ¿Qué te pasa? ¿Es que Erica por fin ha entrado en razón y ha decidido que se merece algo más?

Gabe la miró durante unos segundos, pero, en vez de darle una mala contestación, dijo:

–Sí –se dio la vuelta y se dirigió al arco a medio construir.

Ella solo pretendía bromear, como solían hacer entre ellos. No creía que pudiera ser verdad lo que le había dicho a su hermano. Inmediatamente sintió remordimientos.

–Gabe, lo siento mucho. No era mi intención…

Él agitó una mano para que no siguiera disculpándose.

–Ya lo sé.

–Encontrarás a alguien mejor –le dijo ella acercándosele. Le puso la mano en el hombro para consolarlo–. No era lo bastante

buena para ti.

Gabe miró a su hermana y esbozó una leve sonrisa que le indicó que tardaría un tiempo, pero que se recuperaría. No había perdido al amor de su vida, solo era una herida temporal para su ego.

Él señaló el granero.

–Ve a traer la leña con Cash.

Alma asintió. Gabe sabía que no había pretendido hacerle daño, y ella se prometió que buscaría la forma de compensárselo. Se dio la vuelta y vio que Cash la observaba.

No entendió la expresión que tenía. ¿Lo que acababa de decir Gabe le había recordado algo? ¿El motivo de su tristeza era un desengaño amoroso?

No se le había ocurrido antes.

«Ya lo has vuelto a hacer», se reprochó. «Te apresuras a sacar conclusiones y se te va la mano».

–¿Qué te pasa? –le preguntó al acercarse a él. Tal vez se lo contara si se lo preguntaba constantemente.

Su respuesta no fue la que esperaba oír.

–Sigues intentando cuidar de todos, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

–No es algo en lo que piense. Simplemente sucede. Supongo que es una reacción natural en mí. Siempre he creído que uno debe cuidar de los suyos.

No añadió nada más, al notar que la situación no iba a dar más de sí. Y, como había dicho Gabe, el arco no iba a construirse solo.

–Vamos a por la madera, a ver si acabamos esto antes de que tu abuelo y la señorita Joan celebren su décimo aniversario de boda.

–Siempre has sido hábil con las palabras –afirmó él riéndose.

Y fue con ella al granero.

Alma giró la cabeza y miró a Cash.

–¿Crees que serán felices? –le preguntó.

Estaba anocheciendo y, demasiado cansada para volver a la casa a cenar, había optado por tumbarse en el suelo durante unos minutos para recuperarse. Estaba tumbada sobre tierra, no sobre hierba, pero le daba igual.

Sus hermanos se habían marchado hacía rato a realizar sus

actividades habituales en el rancho. Cash y ella se quedaron trabajando. Eli apareció y los ayudó durante un rato, pero ya se había marchado, y se habían vuelto a quedar solos.

Trabajaron hasta quedarse sin luz. Después, Alma encendió unas linternas y trabajaron un poco más.

Hasta quedarse sin fuerzas.

Cash se sentó en el suelo, a su lado. Se apoyó en los codos y miró el cielo, que seguía oscureciéndose.

–¿Quiénes? –preguntó al tiempo que lo deducía–. ¿La señorita Joan y mi abuelo?

–Sí. Creo que tu abuelo lo será. Es un encanto, y parece que quiere mucho a la señorita Joan. Pero mi hermano tenía razón en lo que dijo la otra noche.

Cash trató de recordar a qué se refería.

–¿Cuando dijo que le había sorprendido que la señorita Joan hubiera aceptado?

–Sí.

El comentario de Eli la había hecho reflexionar.

–La señorita Joan ha sido parte integrante del pueblo desde que tengo uso de razón, siempre dando consejo y ofreciendo apoyo a los demás. La cuñada del sheriff y su hijo estuvieron viviendo en su casa hasta que Tina se casó con el médico. Se dedica a hacer cosas así sin vanagloriarse de ello.

Hizo una pausa y se quedó pensativa.

–Pero me resulta extraño que una mujer que lo sabe todo de todos en el pueblo no hable de su pasado. Nadie sabe de dónde vino, si tenía familia... Es como si hubiera empezado a existir en el momento de llegar al pueblo –Alma miró a Cash–. ¿No te parece raro?

Cash se encogió de hombros mientras intentaba recordar si había oído algo que contradijera lo que ella acababa de decir.

–Hubo rumores –le recordó.

–Sí, pero solo eso: rumores. Nadie sabe nada con certeza, y la señorita Joan nunca habla de sí misma. Y otra cosa. Ha tenido muchos admiradores, hombres que se han interesado por ella. Mi padre decía que algunos le habían propuesto matrimonio, pero ella siempre había hallado un motivo para rechazarlos. ¿Por qué?

–Dímelo tú.

Ella suspiró mientras volvía a mirar el cielo.

–No lo sé.

–Puede que no quisiera lo suficiente a quienes deseaban casarse con ella, hasta que lo hizo mi abuelo –giró el cuerpo hacia ella y, al hacerlo, sintió como si ella lo atrajera hacia sí. Pensó que era fruto de su imaginación–. ¿A qué viene todo esto, Alma?

–Me preocupa, eso es todo. No querría ver sufrir a tu abuelo. Es un hombre encantador.

–También es un tipo duro –le aseguró Cash–. No es tan fácil hacerle daño.

Ella no estuvo de acuerdo.

–Incluso los ancianos duros sufren –insistió–. Y Harry la quiere de verdad. Lo veo en sus ojos cuando la mira.

Cash se dio cuenta de que hablaba en serio. Su preocupación le hizo gracia.

–Dime, ¿hay alguien en el pueblo del que no te preocupes?

–No hace falta que te pongas sarcástico.

–No es sarcasmo. Es una pregunta.

A la luz de la luna, acalorada y sudada después de haber estado todo el día trabajando, le pareció hermosa. Era hermosa.

Y por mucho que intentara no hacerle caso, sintió que la conexión entre ambos aumentaba. Llevaba todo el día sintiéndolo, no solo cuando habían chocado accidentalmente. Verla y estar a su lado había hecho que surgiera.

Y con Alma a unos centímetros de él sintió la tentación de abrazarla, de sentir su aliento en la piel como lo había hecho el último verano que estuvieron juntos. Y la tentación era cada vez más fuerte, lo había atrapado y lo urgía a continuar.

No creía que fuera posible desear a alguien y estar muerto por dentro.

–No puedes cuidar de todos, Alma –le dijo en voz baja.

–No –susurró ella–. Pero puedo intentarlo.

¿Cuándo se le había acercado tanto? No recordaba que él estuviera tan cerca cuando se había sentado.

Sentía que su cuerpo, exhausto unos minutos antes, reaccionaba ante la proximidad de él. ¿Qué le pasaba? ¿Había perdido el juicio? ¿Cómo podía desear que sucediera algo que ya sabía que acabaría mal? ¿Desde cuándo se había vuelto una adicta al castigo?

Pero ¿de qué otro modo podía explicarse? Porque, de repente, lo único que quería era revivir un momento del pasado.

Solo uno.

Deseaba sentir los labios de Cash en los suyos, sentir un deseo salvaje en todo su cuerpo cuando la besara.

«Te estás buscando problemas, y lo sabes», pensó.

Pero le daba igual.

Justo en ese momento se oyó un trueno tan cerca que pareció retumbar debajo de ellos.

Sobresaltada, Alma se incorporó bruscamente. Y, al hacerlo, el espacio que los separaba desapareció.

Los brazos de Cash la rodearon.

Y el mundo entero se desvaneció.

Capítulo 9

La noche era agradable, pero Alma tenía mucho calor. Era como si le corriera fuego líquido por las venas.

En ese momento, Cash pensó que tendría que ir contra todas las fuerzas de la Naturaleza si trataba de detener lo que sabía muy bien que sucedería a continuación.

Sus labios se posaron en los de Alma, y fue como si hubiera concluido el viaje nómada que su alma había emprendido cinco meses antes. Sin saber cómo, sin disponer de la ayuda de una brújula, había conseguido llegar a puerto. Se sintió invadido por una oleada de sentimientos provocados por haber vuelto a casa de verdad.

El ligero roce de los labios pronto se convirtió en mucho más.

El beso se hizo más profundo, y Cash se alimentó de él y, por unos instantes, volvió a sentirse vivo después de haber creído que estaba muerto hasta tal punto que a veces se tomaba el pulso para convencerse de que seguía entre los vivos.

Mientras continuaba besándola, la atrajo hacia sí. Ella estaba tumbada debajo de él, y Cash trató de absorber la magia sanadora que ella poseía. Oía el corazón de Alma latir contra el suyo, ¿o era solamente el suyo que golpeaba contra el de ella?

A Alma le daba vueltas la cabeza mientras cada fibra de su cuerpo se regocijaba. Se olvidó de la promesa que se había hecho de no volver a intimar con Cash, de no exponerse al dolor que llegaría después.

El agotamiento que había experimentado desapareció misteriosamente. Su cuerpo estaba alerta, vivo, atravesado por una corriente eléctrica.

La boca de él volvió a inclinarse sobre la suya, y ella le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí con todas sus fuerzas, como si quisiera introducirlo en su interior.

Para recordarlo cuando se hubiera ido.

Otro trueno estalló cerca de ellos, seguido de un relámpago que

iluminó el cielo sobre sus cabezas. El estruendo y la luz hicieron que se separaran.

–Creo que debemos buscar refugio –susurró Cash.

«Yo ya lo he encontrado», pensó Alma.

–El granero está cerca –afirmó ella.

También lo estaba la casa, pero alguien podía entrar y descubrirlos, y ella no estaba dispuesta a respetar los límites que había cinco minutos antes. Aún no. Solo cuando los hubieran traspasado por completo.

–El granero –repitió él.

Se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Un rayo iluminó el cielo y transformó momentáneamente la noche en día.

–¡Eh! –gritó Gabe corriendo hacia ellos desde el porche de la casa–. ¿Es que pensáis quedaros bajo la lluvia?

–No está lloviendo –apuntó Alma.

–Todavía, pero parece que se va a poner de un momento a otro –afirmó Gabe, esperanzado. A la tierra reseca le iría muy bien una buena tormenta–. Además, ha caído un rayo muy cerca. No quiero tener que explicarle a papá que la niña de sus ojos se ha electrocutado, así que entrad de una maldita vez.

–Gabe tiene razón –afirmó Cash–. El rayo estaba muy cerca. Si nos quedamos fuera, nos buscaremos un problema. Tenemos que entrar y ponernos a salvo.

Mientras se dirigía a la casa, Alma se preguntó si era así como él lo veía, si creía que besándola se había puesto en peligro.

Supuso que Cash tenía razón. Si hubieran ido al granero, la cosa hubiera ido a más y lo más probable era que estuvieran haciendo el amor en aquel momento.

Era lo que ella hubiera deseado, y creía que él también.

La mera idea le calentó la sangre.

Dejó salir el aire de los pulmones. Debiera estar agradecida a Gabe porque, sin proponérselo, había evitado que cometiera un inmenso error.

Pero fue incapaz de experimentar el más mínimo agradecimiento.

La inminente tormenta no se produjo.

Hubo muchos truenos, rayos y relámpagos, pero fue un montón de ruido y furia que no llegó a nada.

La lluvia se había dirigido a otra zona del condado, por lo que Forever y sus alrededores siguieron resecos.

La Naturaleza había gastado una broma al pueblo, pensó Alma, sombría, al día siguiente mientras ella y otras mujeres que tenían la suerte de ser amigas de la señorita Joan daban los toques finales a casi una docena de aperitivos.

Una vez acabados, los pusieron en tres mesas unidas entre sí y cubiertas por un largo mantel para que parecieran una sola.

En otra mesa había un montón de regalos, tanto comprados como hechos en casa. Globos de colores y una tarta de dos pisos, profusamente decorada, cubrían otra mesa.

Lo único que faltaba era la novia.

A Tina, por quien la señorita Joan experimentaba sentimientos maternales en mayor medida de lo que era habitual en ella, se le había asignado la tarea de distraer a la futura esposa y, a la hora indicada, llevarla a la casa con el pretexto de querer enseñarle algo.

–Ya es casi la hora –anunció Olivia en un susurro para indicar que los preparativos de última hora debían cesar. La señorita Joan aparecería en cualquier momento, y era a ella a quien había que sorprender, no al revés.

Las mujeres corrieron como niñas alegres a esconderse detrás de los muebles y en los rincones. Debían permanecer ocultas y, en el momento justo, salir y gritar «sorpresa», con la esperanza de que la señorita Joan no se diera la vuelta y se marchara. Aunque le encantaban las relaciones sociales, no le gustaba ser el centro de la atención.

Alma echó una mano a Olivia y pidió silencio a las invitadas que todavía seguían hablando. Si no se callaban no oirían la llave de Tina en la puerta principal.

Lo hizo con la mirada que había tardado años en perfeccionar con sus hermanos. Se produjo el silencio deseado.

Misión cumplida. Alma sonrió.

La señorita Joan entró la primera. Iba quejándose.

–Pensé que con todos esos truenos y relámpagos caerían al menos unas gotas...

Dejó de hablar bruscamente y se detuvo al oír los gritos de «¡sorpresa!» desde todos los ángulos de la habitación.

Atónita, su única reacción fue mirar fijamente a las presentes.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Olivia se le acercó y se puso a su lado. Tina estaba al otro. Mona, la hermana del sheriff, se situó a su espalda, y Alma, frente a ella. Estaban preparadas para lo que fuera. Si la señorita Joan trataba de huir, no podría hacerlo por ningún lado.

–Es una fiesta con motivo de su próxima boda –le informó Olivia.

La señorita Joan puso cara de pocos amigos, lo cual sorprendió a todas las presentes.

–Pues, dada vuestra capacidad, más valdría que buscarais el modo de que lloviera en este pueblo.

–Pues, dada nuestra capacidad, este era un objetivo más factible –afirmó Tina riéndose y abrazándola.

La señorita Joan no era muy dada a abrazar, aunque a veces dejaba que la abrazaran. Como sentía debilidad por Tina, se quedó quieta mientras esta le demostraba su afecto, a pesar de que era evidente que se sentía a disgusto.

Alma pensó que parecía demasiado incómoda teniendo en cuenta la situación de que se trataba. Y se preguntó si pasaba algo de lo que ninguna de las presentes se había percatado.

–Cada una de nosotras ha traído un aperitivo –le dijo Mona a la señorita Joan.

–Y regalos. Ahí están –afirmó Tina con entusiasmo indicando la mesa de la esquina con los regalos envueltos en papeles de colores.

La señorita Joan miró lentamente las caras de las mujeres que la rodeaban. Era imposible saber lo que pensaba.

Se sonrojó levemente y negó con la cabeza.

–No debierais haberlo hecho –dijo.

A Alma le pareció que en sus palabras había algo más que humildad mezclada con timidez.

Además, ¿cuándo se había vuelto la señorita Joan humilde o tímida?

Había algo que no encajaba.

–Era lo menos que podíamos hacer –afirmó Alma mirándola con atención–. Al fin y al cabo, siempre ha estado a nuestro lado cuando

la hemos necesitado.

–No –dijo la señorita Joan con voz firme–. De verdad que no debierais haberlo hecho.

Tina pareció creer que sus palabras eran producto de la modestia, por lo que le pasó el brazo por los hombros.

–Una mujer solo se casa una vez por primera vez.

Fue entonces cuando Alma vio que el rostro de la señorita Joan cambiaba de expresión al tiempo que trataba con todas sus fuerzas de contener las lágrimas.

Habló con voz tensa y distante mientras se disculpaba.

–Perdonad, pero no puedo pasar por esto –miró directamente a Alma y le dio un recado para su prometido–. Dile a Harry que no habrá boda.

Y salió corriendo por la puerta a toda velocidad para alejarse de todo y de todos.

Las mujeres se miraron en silencio, consternadas y totalmente confusas.

Alma fue la primera en recuperarse.

–No le digáis nada a Harry todavía –ordenó mientras salía detrás de la señorita Joan.

No había rastro de ella. Pero se topó con Cash en sentido literal: chocó con él.

–¿Adónde vas tan deprisa? –preguntó él al tiempo que la agarraba por los hombros para que conservara el equilibrio.

–La señorita Joan acaba de salir corriendo de la fiesta, y me ha pedido que le diga a tu abuelo que lo siente, pero que no habrá boda.

–¿Cómo? –Cash la miró, perplejo–. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Alma se encogió de hombros, impotente.

–Fue después de que Tina le dijera que una mujer solo se casa una vez por primera vez. Puede que haya ido a la cafetería o tal vez a su casa.

–Quédate aquí. Voy a comprobarlo.

–Pero...

Cash le puso un dedo en los labios para que se callara.

–Confía en mí. Deja que me encargue yo de esto.

Algo le dijo a Alma que necesitaba hacerlo, por lo que, contra su voluntad, se obligó a retirarse y a dejar que se encargara él.

Inclinó la cabeza y murmuró:

–Muy bien, si crees que podrás convencerla de que se celebre la boda...

Él se limitó a asentir con la cabeza, pues no quería decir nada más en aquel momento. Se le habían ocurrido un par de ideas que tenía que meditar mientras buscaba a la mujer que, supuestamente, iba a casarse con su abuelo en menos de una semana.

Hizo caso de lo que le había dicho Alma y fue primero a la cafetería, donde solo había unos cuantos clientes. La señorita Joan no estaba allí.

Después fue a su casa.

En vez de llamar a la puerta, lo que hubiera dado a la señorita Joan tiempo de huir si así lo deseaba, entró. En Forever, las puertas de las casas no se cerraban. Cash fue de habitación en habitación buscándola.

Cuando la encontró, al cabo de unos minutos, no estaba en su habitación, sino en el salón, que rara vez pisaba.

Estaba sentada en una mecedora y se mecía mientras apretaba contra el pecho una foto enmarcada.

Cash se le acercó en silencio tratando de no asustarla.

–¿Señorita Joan?

Ella alzó un poco la cabeza, pero no se volvió inmediatamente para mirarlo. Cuando lo hizo, tenía la mirada perdida.

–Vete, Cash –le ordenó en voz baja–. Esto no es de tu incumbencia.

–Claro que sí –la contradijo él–. Ha anulado la boda, y eso le partirá el corazón a mi abuelo. Mi abuelo significa mucho para mí, así que creo que sí es de mi incumbencia.

Lentamente, Cash se aproximó un poco más. Tenía miedo de que saliera huyendo, por lo que no dejó de mirarla hasta situarse frente a ella.

–¿Puedo verla? –preguntó con la mano extendida hacia la fotografía.

Transcurrieron unos segundos. Parecía que la señorita Joan no le estaba prestando atención. Pero, cuando él fue a pedirle de nuevo que le dejara ver la foto, ella suspiró y se la entregó.

Era en blanco y negro, y en ella se veía a un hombre de pie frente a una vieja casa de dos pisos. A su lado había un niño. El

hombre lo tenía agarrado de la mano. Ambos sonreían con idéntica sonrisa.

–Era su cumpleaños –afirmó la señorita Joan en voz baja mientras seguía mirando al vacío–. La foto se hizo el día que Jason cumplió cuatro años.

–Un niño muy guapo –observó Cash. Miró a la señorita Joan–. ¿Quién es?

–Era mi hijo. El hombre era mi marido.

Él percibió el dolor en su voz cada vez que dijo «era». Pensó en abandonar, pero eso no resolvería nada, por lo que preguntó:

–¿Qué les pasó?

–Murieron –afirmó la señorita Joan con firmeza mientras mentalmente trataba de alejarse de lo que estaba diciendo, del dolor desgarrador que siempre le producía el recuerdo–. Murieron, y yo sobreviví.

–¿Cómo?

La señorita Joan respiró hondo. La voz le tembló ligeramente al responder.

–En un tornado. Nosotros... Yo –se corrigió, ya que era la única que estaba viva– vivía en Kansas antes de venir aquí. El tornado llegó sin previo aviso –cerró los ojos, pero lo seguía viendo, a pesar de que había sucedido más de cuarenta años antes–. Robert me metió de un empujón en el refugio y corrió a buscar a Jason. Yo me caí de la escalera mientras bajaba y me rompí una pierna. No pude seguirle –gritó con rabia–. Oí el viento al avanzar, la casa que crujía, las vigas que saltaban, pero no pude hacer nada. Grité hasta quedarme sin voz y, al final, me desmayé. Cuando recuperé la consciencia, volví a gritar. Me oyeron unos vecinos a la mañana siguiente, y me rescataron –sintió el mismo horror que si todo aquello acabara de suceder–. Mi casa había desaparecido. Mi vida había desaparecido –afirmó, aturdida.

Se quedó durante unos instantes con la mirada perdida.

–Dos días después encontraron a Robert y a Jason a muchos kilómetros de allí... Lo que quedaba de ellos –añadió en voz baja y, por fin, alzó la vista para mirar a Cash–. Debiera haber estado con ellos, haber muerto con ellos –insistió–. Tardé mucho en perdonarme por seguir viva –juntó las manos en el regazo y se las miró–. No puedo volver a sufrir de aquel modo, Cash –dijo mientras

negaba con la cabeza como queriendo reforzar sus palabras–. No puedo casarme con tu abuelo.

–Tiene usted miedo de ser feliz –concluyó él–. Miedo de que le arrebaten esa felicidad –hizo un gesto de asentimiento con la cabeza–. Y lo entiendo. Pero al negársela a usted misma, se la niega a mi abuelo, que la quiere mucho.

Sonrió a la señorita Joan con afecto.

–Ha conseguido que vuelva a sentirse joven –y él siempre le estaría agradecido por ello. La última vez que había visto a su abuelo tan feliz había sido cuando vivía su abuela–. Si Harry la pierde, no sé si será capaz de superarlo. No debería tener que pasar por eso.

–No quiero hacerle daño, Cash –protestó ella–. Pero perder a Robert y a Jason casi acaba conmigo. A mi edad, si perdiera a Harry... Bueno, ya no sería capaz de recuperarme como entonces –afirmó con filosofía.

–Usted, señorita Joan, puede hacer lo que se proponga –afirmó él con no poca admiración–. Además, esos momentos de felicidad que tenemos la suerte de disfrutar son los que hacen la vida soportable.

Sabía que, si la boda se anulaba, la señorita Joan sufriría tanto como su abuelo.

–No sé cuánto tiempo le queda a mi abuelo, ni a usted, en realidad. Pero sería una pena que mi abuelo y usted se vieran privados de pasar juntos ese valioso tiempo, solo porque tiene miedo.

Ahí estaba otra vez esa palabra, pensó la señorita Joan: «miedo». Sí, había veces en que sentía miedo, pero no estaba dispuesta a decirlo, porque, si nadie lo sabía, el miedo no acababa dominándola.

Echó la cabeza hacia atrás con algo más de ánimo y se le soltaron unos mechones de pelo que le cayeron sobre los hombros.

–No tengo miedo –observó con determinación–. Nunca lo he tenido y, a mi edad, no voy a empezar a tenerlo.

Él le sonrió.

–¡Ánimo, señorita Joan!

Ella no dio señal alguna de que sus palabras hubieran surtido efecto.

–Muy bien, dile a tu abuelo que la boda sigue en pie.

–No le había dicho que se había anulado.

–Mejor –afirmó ella–. Así no se sentirá confuso.

–Sí, mejor –asintió él–. Además –añadió esforzándose en mostrarse muy serio–, estoy deseando llamarla abuela.

Ella entrecerró los ojos.

–Ni se te ocurra, o será lo último que hagas.

Él se echó a reír ante la amenaza, satisfecho de que aquella indomable mujer se hubiera recuperado.

–Lo tendré en cuenta.

–Más te vale. Ahora, si me dejas en paz, hay una fiesta a la que debo volver.

–Me sentiré muy honrado de acompañarla hasta allí –dijo él mientras le ofrecía el brazo.

Ella lo agarró y lo miró con complicidad.

–¿No te fías de que no vaya a cambiar de opinión?

–Ni lo he pensado, señorita Joan –respondió él–. Solo quiero seguir unos minutos más en compañía de una mujer fascinante.

–Embustero.

–Eso no lo podría probar ante un tribunal de justicia –le aseguró él con un guiño.

Ella negó con la cabeza, divertida.

–Eres igual que tu abuelo.

–Me lo tomo como un enorme cumplido.

–Deberías hacerlo –replicó la señorita Joan.

Capítulo 10

Hasta que la señorita Joan no hubo entrado en casa de Tina Davenport y Cash se hubo alejado unos pasos de la puerta principal, este no se dio cuenta de que había alguien detrás de él.

Se dio la vuelta y vio a Alma. Y pensó que no acababa de aparecer.

Sus primeras palabras se lo confirmaron.

–Buen trabajo –dijo ella acercándose.

Cash se alejó más de la casa de Tina. Al principio pensaba ir a casa de su abuelo, pero decidió quedarse un poco más en el pueblo.

–¿Me has seguido? –preguntó, sorprendido de que ella hubiera hecho algo así.

Alma no se molestó en mentir. Hubiera sido inútil.

–Me declaro culpable.

–Supongo que no te fiabas de que pudiera cumplir mi misión.

Alma negó lentamente con la cabeza y sonrió.

–Al contrario, recuerdo que podías ser muy convincente cuando te lo proponías. Solo quería ver cómo lo hacías.

–Entonces, ¿he pasado la prueba? –preguntó él enarcando las cejas. ¿Habría oído toda la conversación, el relato de la tragedia de la señorita Joan?

Alma se había conmovido al observar cómo Cash había roto las defensas de la señorita Joan y vencido sus miedos al conseguir que le contara algo que no había dicho a nadie del pueblo. Al escucharlo se había sentido orgullosa de él, y se habían despertado en ella un montón de emociones.

Explicarle su reacción ante lo que había hecho por la señorita Joan le pareció imposible, pero demostrársela... Eso sí podía hacerlo. Sabía que había veces en que las acciones tenían más valor que las palabras.

Así que, mientras él la observaba, se le aproximó, tomó su rostro entre las manos, se puso de puntillas y apretó sus labios contra los de él.

Cuando lo hizo, se produjo una especie de explosión interna en ambos.

Pero, al cabo de unos instantes de puro placer, Cash se separó de ella al ser consciente de que la fiesta se estaba celebrando a unos metros de allí y alguien podía verlos.

No quería que, por su culpa, comenzaran a circular habladurías sobre Alma.

Mientras tomaba aliento sintió que el corazón le latía a toda velocidad.

–Como vuelvas a hacer eso, no sé si podré volver a separarme.

Ella lo miró durante unos segundos tratando de adivinar lo que estaba pensando. Al ser incapaz de hacerlo, se dejó guiar por su instinto.

–¿Quién te ha dicho que tengas que separarte?

Cash pensó que si seguía a su lado y ella le hablaba así volvería a besarla, y no se detendría ahí.

–¿No tenías que ir a la fiesta? –preguntó indicando la casa con un gesto de la cabeza.

Ella se encogió de hombros.

–La señorita Joan tendrá a todas tan ocupadas que no se darán cuenta de que no estoy. Y siempre puedo decir que ha habido una emergencia.

–¿Como, por ejemplo, que una ardilla se ha caído de un árbol?

–Hay que tener cuidado con las ardillas –afirmó ella con expresión solemne–. Pueden morderte si te caen encima del hombro.

A él le hizo gracia lo que decía y le siguió el juego.

–No me gustaría.

–No –dijo ella al tiempo que alzaba la cabeza hacia él como una invitación silenciosa–. Desde luego que no te gustaría.

Incapaz de resistirse más, Cash bajó la suya y volvió a besarla.

Esa vez, ella se aferró a él porque en el fondo de su corazón sabía que era la parte de sí misma que llevaba años echando en falta. Y siguió apretándose contra él mientras su cuerpo alcanzaba una temperatura que habría derretido un paquete de mantequilla a un metro de distancia.

Cash volvió a separarse de ella, aunque tuvo que esforzarse mucho más para hacerlo que la vez anterior. Pero no podía

consentir que ella se hiciera aquello a sí misma.

Él no era bueno para ella.

–¡Maldita sea, Alma! No puedes querer esto –estaba herido en su interior, tan herido que no se merecía a alguien como ella–. No soy el que recuerdas.

A ella se le había acelerado el pulso y volvía a sentirse viva. No iba a consentir que Cash se denigrara a sí mismo de aquel modo.

–Sí lo eres –afirmó con voz firme–. Eres exactamente como te recordaba.

Estaba convencida de que, aunque al principio Cash se hubiera sentido fascinado por lo que le ofrecía una ciudad como Los Ángeles, algo se había roto en su interior y lo había llevado al estado en que se encontraba.

Eso significaba que no era totalmente responsable por haber estado lejos tanto tiempo. Y aunque lo fuera, ella sabía que lo perdonaría, que perdonaría al hombre que era por el que había sido, un hombre al que había amado sin reservas. Y eso no era algo de lo que uno se olvidara con facilidad.

Lo miró a los ojos.

–Llévame a casa, por favor –susurró.

Cinco sencillas palabras. Pero no podría haber sido más seductora si se lo hubiera propuesto.

Él habría hallado el modo de alejarse si Alma hubiera cambiado de idea. Pero se mentiría a sí mismo si no reconociera que se hubiera sentido muy dolido si lo hubiera rechazado, como había sucedido cuando llegó al pueblo.

La seductora invitación de Alma le hacía imposible seguir intentando mantener las distancias.

–A tu casa.

Ella lo tomó de la mano y lo condujo a su coche, al de Cash, por ser el que más cerca estaba.

–Te iré indicando el camino –le prometió ella.

Y él no dudó de que así sería.

Cash no estaba seguro de cómo había logrado recorrer la corta distancia que había entre la casa de Tina y la de Alma. No lo recordaba en absoluto. Se había montado en el coche y al instante

siguiente ella le había dicho que parase frente a su casa.

Lo único que recordaba con claridad era a Alma, sentada a su lado, brillando como el sol y oliendo a pecado.

Recordaba vagamente haberse bajado del coche con un dolor agudo en el estómago, el que le provocaba el deseo de ella.

En cuanto entraron en casa de ella, se desató el frenesí que no podían seguir negando.

Él pegó la boca a la de ella, y el choque fue tan fuerte que Alma tuvo que apoyar la espalda en la puerta, la cerró de golpe.

Tuvo suficiente presencia de ánimo para echar el pestillo. No deseaba que nadie entrara accidentalmente y los descubriera.

Lo quería toda para ella.

Cuando la puerta estuvo cerrada, aumentó su deseo. Comenzó a desnudarlo como si estuviera poseída.

Sus movimientos se hicieron más frenéticos a medida que le iba quitando prendas. Uno de los botones salió volando por la habitación en señal de protesta.

Antes de que él se diera cuenta o pudiera protestar, ella le dijo:

–Te lo coseré.

Él se rio brevemente.

Incitado por ella y con la sangre circulándole a toda velocidad, Cash no pudo tener las manos quietas, por lo que, a su vez, comenzó a quitarle la ropa.

Aunque por sus venas corría el mismo deseo que por las de ella, Cash trató de controlarse. En caso contrario, le habría arrancado la ropa a tirones y la hubiera esparcido por todo el suelo.

Así que no la desnudó tan deprisa como hubiera querido. Estaba resuelto a mostrar cierta contención.

Quería que aquello durara un buen rato.

Y, cuando ella estuvo finalmente desnuda, Cash se arrodilló y ungió su carne con besos apasionados que hicieron que ella alcanzara el primer clímax.

Llevaban menos de siete minutos en la casa.

En vez de sentirse saciada, Alma notó que su deseo aumentaba.

Se puso de rodillas y volvió a unir su boca a la de él besándolo con tanta intensidad que ambos acabaron en el suelo, con los cuerpos tan entrelazados como las bocas.

El tiempo dejó de existir: no hubo antes ni después, solo el

momento que estaban viviendo, como si fuera una burbuja en la que se hubieran introducido.

Para ella, hacer el amor con él era algo familiar, pero, al mismo tiempo, totalmente nuevo.

Igual, pero diferente.

Incapaz de analizar ni de entender nada, Alma se limitó a gozar, absorbiendo cada sensación, cada sentimiento, encantada de poder volver a estar de aquella manera con el único hombre al que había querido.

Tal vez otra mujer se hubiera mantenido firme, hubiera recordado el dolor que había experimentado cuando él desapareció bruscamente de su vida y lo hubiera utilizado como escudo para protegerse. Pero esa otra mujer no lo habría amado tanto, tan incondicionalmente como ella lo había amado.

Como lo seguía amando.

Trató con todas sus fuerzas de no hacerse la ilusión de que aquello era el comienzo de una vida en común.

Era lo que era: glorioso.

Sería estúpido tener expectativas, ir más allá.

Él la había echado de menos. ¡Cuánto la había echado de menos!

No se había dado cuenta hasta ese momento. Después de cinco meses de ir sonámbulo por la vida, de pronto había recuperado su verdadero ser.

Sabía que no era posible, pero era así: ella era su media naranja, y debía haberse percatado y haberlo reconocido mucho antes.

Ya era tarde.

No tenía nada que ofrecerle, nada que pudiera mantenerla a su lado. Había dejado de ser un chico soñador y se había convertido en un hombre con sus sueños y su alma transformados en ceniza.

Y si fuera decente no hubiera cedido tan fácilmente a sus impulsos ni hubiera actuado guiándose por ellos. Por mucho que le hubiera costado, debiera haberse alejado de ella a toda velocidad, antes de que la situación se le fuera de las manos.

Pero no era decente. Había sido como si el recuerdo del alma que en otro tiempo había tenido le hubiera rogado que se sintiera una vez más, solo una, en el paraíso con Alma.

No había sido lo bastante fuerte, no había podido alejarse de ella.

Le acarició todo el cuerpo. Y después lo hizo con los labios.

Durante unos instantes, Alma fue suya, aunque sabía que no tenía derecho alguno sobre ella.

Se colocó encima de ella y se vio reflejado en sus ojos. Y durante esa fracción de segundo se sintió redimido, volvió a ser el que había sido antes de que su mundo se derrumbara.

Por culpa suya.

Rechazó ese pensamiento porque quería disfrutar de ese momento con Alma. Necesitaba hacerlo.

Con los dedos entrelazados, Cash la penetró lentamente. La mirada de ella estuvo a punto de volverlo loco. Sintió que alzaba las caderas para sellar la unión. Cuando ella se movió debajo de él, comenzó el ritmo de la danza, de la danza de ambos.

Y, cuando lo hizo, todo lo demás desapareció. Solo estaban los dos moviéndose cada vez más deprisa hacia el final del camino.

Y, el final llegó demasiado pronto, los envolvió y los mantuvo agarrados con fuerza. Y durante unos segundos se encontraron suspendidos en el espacio y el tiempo.

Y, después, como pasaba siempre, se produjo la caída y la vuelta a la realidad.

Cash la abrazó con más fuerza que antes porque no quería que terminara aquel maravilloso tiempo juntos ni volver a recuperar la cordura y, con ella, el sentido de la realidad y los remordimientos que acarreaba.

Se quedó inmóvil abrazándola mientras su respiración volvía a ser regular. La besó en la frente y pensó en lo que Alma significaba para él, en lo ciego que había estado al olvidarse de eso e ir en busca de cosas que solo representaban una ganancia material.

Esa riqueza era inútil.

–Lo siento, Alma –susurró.

A pesar de que su voz era apenas audible, ella lo oyó. Durante unos instantes, algo se aceleró en su interior, y se sintió enferma.

Desechó la sensación.

Se dijo que él no estaba diciendo lo que pensaba.

–No voy a preguntarte qué es lo que sientes –respondió en voz baja–. Lo único que voy a decirte es que no importa. Sea lo que sea por lo que te hayas disculpado, carece de importancia.

–No –replicó él en voz también baja, pero firme.

Alma se apoyó en un codo y lo miró. Por la expresión del rostro masculino dedujo que él no iba a hablarle de lo que lo atormentaba. Aún no. No estaba preparado, y ella lo entendía, aunque le disgustaba verlo sufrir. Porque, por mucho que Cash fingiera y tratara de protegerse tras una fachada, sufría.

Solo había una cosa que ella podía decirle.

–Tienes que perdonarte, Cash.

¿Acaso creía ella que no lo haría si pudiera? Pero no se trataba de una infracción menor, sino de una transgresión de consecuencias permanentes. Y el error había sido suyo.

–Es imperdonable.

Se produjo una diferencia de opinión.

–Todo se puede perdonar, Cash –afirmó ella con convicción–. Además, eres incapaz de hacer algo tan terrible que no haya perdón para ti.

La risa de él fue dura y despreciativa.

–No me conoces.

¿Era eso lo que pensaba? ¿Cómo podía pensar algo así? Lo conocía, su alma lo conocía.

Alma le acarició la cara.

–Te equivocas. Te conozco y sé la persona que sigues siendo –dijo mientras le apuntaba al pecho con el índice–. Puede que lleves un tiempo perdido, pero sigues siendo el chaval que se levantaba muy temprano para ayudar a su abuelo en las tareas del rancho antes de irse a la escuela.

Cash negó con la cabeza. Daría lo que fuera por volver a ser ese chico para no desviarse de su camino, hacer caso de sus convicciones y no ir detrás del dinero.

–Hace mucho que murió, Alma.

Ella le puso un dedo en los labios.

–Calla. No voy a consentir que hables mal de mi mejor amigo, del chico que me iluminó el mundo.

Era inútil desear que sucediera porque no iba a ser así. Él era un monstruo que había luchado por liberar a un asesino y que lo había conseguido gracias a un tecnicismo jurídico.

Lo había conseguido.

Esas palabras le sonaron huecas.

–Pero...

Ella suspiró y negó con la cabeza.

–Me parece que solo hay una forma de que estés callado.

A él le encantó la sonrisa que vio en sus ojos, la forma de mirarle con cariño, a pesar de que no se lo merecía.

–Alma...

Ella lo empujó con la palma de la mano para que volviera a tumbarse y se colocó a horcajadas sobre él. Se inclinó y las puntas de sus cabellos rozaron la piel masculina, lo cual hizo que él reaccionara y volviera a desearla.

Ella esbozó una sonrisa pícara al sentir que él se endurecía.

–Parece que estás preparado para un nuevo diálogo persuasivo.

Él no estaba seguro de cómo lo había hecho, pero consiguió que la tristeza volviera a desaparecer y le concedió más tiempo para sentirse un ser humano.

Cash le metió los dedos en el cabello y la atrajo hacia sí.

–No sé si sabes que serías tremenda en la sala de un tribunal.

Alma sonrió. Él era el abogado, no ella, lo cual no significaba que no pudiera presentar argumentos si quería.

–Se hace lo que se puede –dijo. Después adoptó una expresión solemne mientras acercaba la boca a la de él–. Es un trabajo sucio –afirmó antes de volver a besarlo–, pero alguien tiene que hacerlo.

Después, él se olvidó de que debía apartarse de ella, de que debía actuar con nobleza.

Se olvidó de todo salvo de lo feliz que era haciendo el amor con ella.

Capítulo 11

Alma tenía el sueño muy ligero. Si un ruido era habitual y se había acostumbrado a él, seguía durmiendo. Si se quedaba dormida cuando había tormenta, un trueno no la despertaba ni perturbaba su sueño.

Pero, si se producía un ruido inesperado, cualquier movimiento que su subconsciente no pudiera explicar, se despertaba automáticamente.

Por eso, al sentir que la cama se movía ligeramente y que el calor del cuerpo de Cash se retiraba del suyo, Alma abrió los ojos porque sus sentidos le advirtieron de que algo había cambiado.

Y entonces se dio cuenta de lo que era.

Cash se estaba levantando y se iba a marchar.

Ella volvió la cabeza muy despacio y lo vio sentado en el borde de la cama, de espaldas. Su postura le indicó, a pesar de que la habitación estaba a oscuras salvo por los sutiles rayos de la luna que se colaban por la ventana, que estaba preparándose para irse.

Durante unos instantes, Alma se debatió entre fingir que seguía dormida y dejar que se marchara, o dirigirle la palabra. La primera alternativa le pareció equivocada. Tal vez, Cash estuviera constantemente eludiendo su problema, cualquiera que fuera, en vez de hacerle frente, con la esperanza de que desapareciera.

En ese caso, Alma decidió que el silencio no era oro.

–Entonces, ¿a la misma hora y en el mismo sitio dentro de diez años? –le preguntó.

El sonido de su voz lo sobresaltó. Se volvió a mirarla como si quisiera confirmar lo que ya sabía.

–Estás despierta.

–O es que soy muy coherente hablando en sueños –bromeó ella.

Se puso la sábana alrededor de los senos y se sentó en la cama.

–¿No te han enseñado que es de mala educación marcharse sin despedirse en plena noche, después de haber hecho el amor de forma salvaje y apasionada a una mujer y haberla dejado hecha

papilla?

Él se echó a reír ante la imagen. Si alguien se había derretido aquella noche había sido él.

–No te he dejado hecha papilla.

–A punto has estado –reconoció ella–. Pero no se trata de eso, sino de que no debes marcharte en plena noche como si fueras un ladrón, aunque, pensándolo bien, en cierto modo lo eres.

Aunque lo dijo sonriendo, no bromeaba con la analogía. No hacía falta que le dijera a Cash que le había vuelto a robar el corazón porque ya lo sabía.

¿Cómo no iba a saberlo?

Cash negó con la cabeza. Le costaría tan poco ceder y quedarse hasta que hubiera amanecido... Quedarse y despertarse con el olor y el contacto excitantes de ella. Pero tenía que dejar de seguir sus impulsos y pensar en ella. Le importaba demasiado para arrastrarla a la oscuridad de su mundo.

–Sea o no un ladrón, lo mejor para ti es que me vaya.

Alma se puso de rodillas, majestuosa como una princesa cuya vestimenta fuera a caérsele si no la vigilaba. Volvió a colocarse la sábana, pero, después, se dio por vencida. La modestia era lo de menos en aquellos momentos.

La nota bromista había desaparecido de su voz cuando le dijo:

–Por si no lo ha notado, señor abogado, ya soy mayorcita para decidir lo que más me conviene. Eso no te corresponde a ti ni a nadie.

La luz de la luna le daba en el rostro, y los ojos le brillaban mientras hablaba.

Cash había olvidado lo peleona que era cuando se sentía marginada o ignorada. Había algo magnífico y cautivador en verla así. El hecho de que estuviera de rodillas ante él y desnuda solo aumentó su reacción.

–Que conste, Alma, que lo he notado. Lo he notado –repitió–. Pero eso no cambia nada. Lo que te he dicho esta noche es verdad. No soy bueno para ti –apartó la mirada y la dirigió a la oscuridad–. Ni para nadie.

–Perdona, pero te equivocas –le informó ella–. Has sido bueno para la señorita Joan y para tu abuelo. A ella la has convencido de que no anulara la boda y destrozara lo que le queda de vida a tu

abuelo y a ella misma –le sonrió–. Todos saben que deben estar juntos.

«Como tú y yo, idiota», pensó.

–Si no le hubieras hablado como lo hiciste –prosiguió–, si no hubieras conseguido que te hiciera confidencias, a tu abuelo se le habría partido el corazón, y, quién sabe, la señorita Joan se hubiera sentido tan avergonzada de haberlo abandonado prácticamente al pie del altar que tal vez habría decidido hacer las maletas y marcharse de aquí.

Lo miró de forma significativa.

–Has evitado que dos vidas se arruinaran, y nadie sabe cuántas se han visto afectadas por lo que has hecho –se inclinó hacia él y puso una mano sobre la suya–. Mucha gente recurre a la señorita Joan para que les ayude en sus relaciones. Si se marchara, no tendrían a quién recurrir. Ayer hiciste mucho bien.

El vínculo que Alma había establecido al poner la mano en la de Cash era muy íntimo, lo cual a él le impedía pensar y mantener lo que había decidido. Y tampoco le ayudaba mucho que estuviera desnuda, ya que estaba reprimiendo el urgente deseo de volver a hacer el amor con ella.

–Parece que tu imaginación no conoce límites –observó él.

Ella recorrió su cuerpo desnudo con la mirada, y se le aceleró el pulso.

–Ni te lo imaginas, pero estoy dispuesta a demostrártelo –afirmó con picardía.

¿Qué tenía Alma que al estar a su lado le hacía olvidar sus demonios? Sabía que era una postura egoísta, pero era un gran alivio poder desprenderse de la carga aunque solo fuera unos segundos.

–¿Qué te propones?

Ella dio unas palmadas en el colchón.

–Vuelve a la cama y verás.

–Supongo que es un poco tarde para escaparme sin que te dieras cuenta –transigió Cash.

La noche era para él la parte más solitaria del día, y si había una forma de conjurar temporalmente la oscuridad y el vacío estaba dispuesto a ponerla en práctica. Al menos, en aquel momento.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se acercó más a él.

Él notó que volvía a desearla como si no la hubiera poseído ya tres veces desde que la había llevado a su casa.

Volvió a preguntarse qué poder ejercía sobre él y por qué no podía controlarse. ¿Por qué no era capaz de hacer lo que sabía que era lo correcto en vez de ceder a sus impulsos?

–Eso no cambia nada –dijo él haciendo un esfuerzo mientras ella le besaba el cuello. En cuanto sintió la piel de ella sobre la suya, su cuerpo reaccionó en consecuencia.

–Ya lo sé –afirmó ella sin aliento, tan embelesada como él–. No te preocupes, iremos paso a paso.

En algún momento de la noche, Alma se había dado cuenta de que Cash también deseaba y necesitaba que aquello fuera para siempre, pero tenía miedo de reconocerlo ante sí mismo y, sobre todo, ante los demás. Pero iba a ayudarlo, con independencia del tiempo que tardase. Si había que ir paso a paso, así sería.

Se separó de él un poco para crear un espacio entre ellos, un espacio suficiente para que él la mirara. Ella observó el deseo en sus ojos, y se abrió de brazos.

–Puedes dar el primer paso ahora, si quieres –afirmó en tono persuasivo.

Como si él pudiera hacer otra cosa.

–Se me hace muy difícil resistirme.

Ella sonrió, volvió a rodearle el cuello con los brazos y apretó su cuerpo contra el de él.

–De eso se trata, mi querido señor.

La risa de él la conmovió.

Y Cash se olvidó de su propósito de marcharse, como ella había esperado.

–¿Qué te pasó el sábado? –preguntó Rick el lunes por la mañana.

Era temprano y solo estaban Alma y él en la oficina. Ella estaba junto a la cafetera, sirviéndose una taza de café, y enarcó una ceja como respuesta.

–Olivia me dijo que desapareciste cuando lo hizo la señorita Joan, pero que ella volvió y tú no.

Alma evitó mirarlo a los ojos al responder.

–Tenía que ocuparme de un asunto.

Rick le dirigió una sonrisa de complicidad.

–¿Qué tal está? –la siguió hasta su escritorio y, con la segunda taza de café en la mano aquella mañana, se apoyó en él–. Y no insultes a mi inteligencia preguntándome a quién me refiero.

–No se me hubiera ocurrido –sabía que no debía jugar con Rick. Era su amigo, además de su jefe, y sentía por él un gran respeto–. Creo que está luchando contra algo –afirmó con sinceridad, y aventuró una hipótesis–. Tengo la sensación de que le sucedió algo en Los Ángeles que no puede superar y que no se perdona.

Rick reflexionó sobre sus palabras.

–¿Tienes idea de qué es?

Alma, impotente, negó con la cabeza.

–No, y daría lo que fuera por saberlo. Me imagino que tiene que ver con su profesión de abogado. Cuando llamé al bufete, al poco de haber llegado él aquí, me dijeron que estaba en excedencia –miró a Rick por encima de la taza–. No que estuviera de vacaciones –repitió–, sino en excedencia, lo cual indica que no sabe si va a volver a Los Ángeles o no.

Por mucho que deseara que Cash se quedara en Forever, tenía que hacerlo por las razones adecuadas, no porque estuviera huyendo de algo. No se respetaría a sí mismo si ese era el motivo de su permanencia.

Rick se encogió de hombros.

–Tal vez quiera quedarse aquí.

Como si fuera así de fácil.

–No creo que se trate de que quiera quedarse en un sitio concreto, sino de que no quiere estar en Los Ángeles.

Rick leyó entre líneas.

–¿Crees que huye de algo?

–¿Quieres decir de algo que ha hecho? –sinceramente, no lo sabía, pero esperaba que no fuera así–. No estoy segura, pero a veces me da la impresión de que huye de sí mismo.

Rick se rio.

–Eso no se consigue fácilmente.

Ella estuvo de acuerdo.

–No –suspiró y se corrigió a sí misma–. Al menos, no en su sentido habitual.

–¿Crees que podría intentar suicidarse?

Alma apretó los labios mientras seguía con la taza en la mano. El café se le estaba enfriando, pero le daba igual. Lo importante no era el café, sino resolver el enigma en que se había convertido Cash.

Miró al vacío tratando de ordenar sus pensamientos y de hallar un sentido a todo aquello. ¿Cuándo se había vuelto la vida tan complicada? Forever era un pueblo sencillo y sin complicaciones.

O lo había sido.

–Con sinceridad, no lo sé –alzó la vista para mirar a Rick–. Pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para evitar que Cash cometa una estupidez.

Fue lo más próxima que estuvo a decir que este era capaz de acabar con su vida. Había visto la desesperación en sus ojos cuando él creía que no lo miraba. Había visto la tristeza, el inmenso vacío que amenazaba con devorarlo. Y se había asustado.

Rick asintió con la cabeza.

–Si necesitas refuerzos, dímelo.

Alma asintió.

–Gracias –era innegable que podía contar con él, y se lo agradecía–. Por cierto, ¿cómo está la niña? Hace por lo menos... dos días que no veo una foto suya. ¿Qué ha pasado? ¿Te has cansado de hacérselas? –bromeó.

Sabía que el sheriff creía que su esposa y él tenían la niña más guapa del mundo, por lo que este nunca dudaba en enseñar fotos suyas para demostrarlo. Parecía que trataba de documentar visualmente cada día de la corta vida de su hija.

–Pues tengo algunas nuevas que enseñarte. Están en mi escritorio. Voy a por ellas –se detuvo y volvió la cabeza para mirarla–. Para que aprendas a no preguntar.

Alma lo miró con ojos risueños.

–Seguro que aprenderé.

Alma había esperado que Cash la llamara o se pasara a verla, pero no había hecho ninguna de las dos cosas. Hizo lo posible por tomárselo con calma, pero, a pesar de las interminables conversaciones consigo misma para infundirse ánimos, se hubiera mentido a sí misma si fingía que no le preocupaba.

Le preocupaba. Y mucho.

«Bueno, ¿qué esperabas? ¿Que de repente él se hubiera transformado por el poder de tu amor, como en las películas americanas? Tiene problemas, hay algo que lo está carcomiendo. Y no sabes si podría tener que ver con una mujer con la que hubiera estado saliendo. Tal vez rompieran y ella se suicidara, y ahora se siente culpable. O tal vez dejó que ella se fuera, y ahora siente que ha perdido algo que merecía la pena. No lo sabes».

No lo sabía, y la estaba volviendo loca, a pesar de las promesas que se hacía de dejar de darle vueltas. De lo único de lo que estaba segura era de que el Cash que conocía no estaría reprendiéndose a sí mismo de aquella manera por una falta sin importancia.

Pero... ¿qué era?

¿Qué había hecho?

No podía ayudarlo si no lo sabía, y él no estaba dispuesto a contárselo.

Tal vez lo supiera la señorita Joan. Tal vez, como ella le había contado su secreto más íntimo, él la hubiera correspondido del mismo modo y se lo hubiera confesado.

No había visto a la señorita Joan desde la fiesta en su honor, y de eso ya hacía tres días. No se había pasado por la cafetería para cumplir con el ritual de tomarse allí el primer café de la jornada.

A la mañana siguiente decidió que no era mala idea hacerlo. A las siete no habría mucha gente, por lo que tendría la oportunidad de hablar con la señorita Joan sin preocuparse de que otros las oyeran.

Cuando entró en la cafetería, la señorita Joan estaba, como era habitual, detrás de la barra. Verla era para Alma un consuelo, una de las cosas de la vida en la que podía confiar.

Sonrió.

La señorita Joan la miró.

–Hola, creí que nos habías abandonado –la señorita inclinó la cabeza a modo de saludo–. Me alegro de volver a verte.

Alma se dispuso a disculparse. Carraspeó.

–Sobre la fiesta...

La señorita Joan levantó la mano, como un guardia dirigiendo el tráfico, para impedirle seguir hablando.

–Si me vas a presentar una mala disculpa por no haber estado en la segunda parte de la fiesta, no te molestes. Además, te tomaste

muchas libertades.

Alma no la entendió.

–Ah, ¿sí?

–No te hagas la tonta, que no es propio de ti.

–No me hago la tonta –protestó Alma.

–Aún peor –afirmó la señorita Joan negando con la cabeza. Después esbozó una media sonrisa.

–Me parece que obligaste a Cash a seguirme –era evidente que no creería ninguna otra explicación–. Fue el mejor regalo que pudiste hacerme –aseguró sin inmutarse–. Porque, gracias a su insistencia, me liberé de un peso que llevaba cargando desde hace mucho tiempo. Cuando lo saqué, tuve la sensación de que se me concedía una segunda oportunidad para ser feliz... gracias a Cash.

Alma se preguntó qué pensaría la señorita Joan si supiera que había oído la conversación, que conocía su tragedia. Pero era mejor que no se lo dijera. Tenía otras cosas de que hablarle. Durante un par de minutos, Cash había hablado en voz tan baja que ella no pudo oírlo. ¿Se había confesado con la señorita Joan para corresponder a su confianza?

–Y Cash, ¿se libró de algún peso? –preguntó.

La señorita Joan supo exactamente a qué se refería.

–¿Te refieres a lo que lo tiene alterado? ¿A por qué ha vuelto aquí cuando lo ha hecho?

–Ha vuelto para la boda –apuntó Alma–. Pero...

La señorita Joan la detuvo con un movimiento de cabeza.

–Esa es la excusa que lo ha traído hasta aquí. Pero hubiera vuelto de todos modos. Aquí tiene sus raíces y es donde se forjaron sus sueños –la señorita Joan se detuvo y la miró con intención–. Y donde está su mejor amigo.

Ella pensó en sus hermanos, que solían andar con Cash, y en la energía que desperdiciaban tratando de dejarla plantada.

–¿Se refiere a Gabe o a Eli?

–Me refiero a ti, inocentona –le aclaró la señorita Joan–. Si quieres saber mi opinión, Cash ha vuelto para empezar de nuevo, aunque puede que todavía no lo sepa. Pero ha vuelto por eso.

Quitó los platos del último cliente de la barra, los puso en una bandeja y la dejó donde el cocinero recibía las comandas.

–Por si te interesa saberlo, Cash está en el rancho de tu padre

trabajando a toda prisa para tener lista para la boda esa cosa con flores que están construyendo.

A Alma se le desencajó la mandíbula. Estaba segura de que ni Harry ni la señorita Joan sabían nada.

–Señorita Joan –gritó con pesar–, usted no debía…

–¿Saberlo? –la señorita acabó la frase echándose a reír–. Cariño –dijo inclinándose hacia ella–, yo lo sé todo; bueno, casi todo –se corrigió–. ¿Por qué no vas a ver si necesita que le echen una mano o que le dejen un hombro para llorar?

Cash había tenido muchas ocasiones de buscar su apoyo y no lo había hecho. Aparecer a su lado con un martillo no lo incitaría a desahogarse. Ella no quería que se sintiera agobiado por su presencia.

–Ya sabe dónde encontrarme.

–Y tú dónde encontrarlo a él –dijo la señorita Joan con impaciencia–. ¿Y qué vais a hacer? ¿Ocultaros tras excusas inventadas a esperar que sea el otro el que transija? Cariño, así es como empieza una guerra, no una historia con final feliz. Dile al sheriff que te tomas el día libre y vete a buscar a Cash –entrecerró los ojos–. Que no lo diga no significa que no te necesite.

La señorita Joan tenía razón, pensó Alma.

Como siempre.

–Muy bien –al llegar a la puerta Alma se volvió–. ¿Señorita Joan?

Esta giró la cabeza.

–¿Sí?

–Me alegro de que haya vuelto usted.

La señorita Joan asintió con la cabeza sin molestarse en contradecir a la joven.

–Y yo me alegro de haberlo hecho –afirmó en el momento en que Alma salía.

Capítulo 12

Podría haber conducido hasta allí con los ojos vendados, de haber tenido que hacerlo.

Alma tenía grabado en el cerebro el camino al rancho de sus padres desde el pueblo. Pero, por deferencia a los muchos animales salvajes que habitaban en la zona y que podían cruzar corriendo de forma inesperada, no apartaba la vista de la carretera.

Al acercarse al rancho, Alma prestó atención por si escuchaba el ruido del martillo o de la sierra, pero no lo oyó. Lo que oyó en su lugar fueron voces muy altas. Aparcó frente a la casa del rancho, desmontó y reconoció inmediatamente la de Cash.

Pero la otra no era de nadie de la familia.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que la otra persona, que aparentemente estaba discutiendo con Cash, era su abuelo. La sorpresa del arco nupcial había dejado de serlo tanto para el novio como para la novia, porque era evidente que Harry ya estaba al corriente.

Sin embargo, eso no era motivo para que gritara a Cash, porque lo que se oía eran gritos.

Alma se preguntó qué sucedía al tiempo que aceleraba el paso. Rodeó la casa y se dirigió al granero. No había rastro de sus hermanos, y parecía que nadie estaba trabajando en el arco nupcial.

Frente a él se hallaban Cash, su abuelo y Miguel, el padre de ella. Este trataba de desactivar lo que amenazaba con convertirse en una situación explosiva en cualquier momento, pero sus esfuerzos eran en vano. Ninguno de los otros dos le hacía caso.

–¿Qué pasa? –preguntó Alma levantando la voz para ahogar el sonido de las otras dos.

El factor sorpresa obraba a su favor, y durante unos instantes los dos hombres dejaron de intentar chillar más que el otro y se volvieron a mirarla.

Con el aspecto de un profeta bíblico, debido a sus cabellos grises que casi le llegaban a los hombros, el abuelo de Cash frunció el

ceño ante la brusca interrupción.

–No te ofendas, Alma, pero esto no es asunto tuyo.

–Puede que no –reconoció ella mientras enganchaba los pulgares en el cinturón de la pistola–, pero lo es mantener el orden, y vosotros lo estáis alterando.

Dando muestras de evidente enfado por la actitud de su abuelo y por la repentina aparición de Alma en medio de la discusión, Cash entrecerró los ojos al mirarla.

–¿Quién se ha quejado? –preguntó–. ¿Los caballos?

Alma fingió no haberlo oído. No quería perder tiempo enzarzándose en una disputa con él.

Lo fulminó con la mirada.

–Después tenemos que hablar –volvió a centrarse en la situación inmediata–. ¿Por qué estáis gritando?

–No estamos gritando –protestó Harry–. Lo que pasa es que Cash es muy testarudo y no quiere escucharme, por eso he alzado un poco la voz, para que me oiga.

–¿Yo soy testarudo? –gritó su nieto, incrédulo–. Mira quién fue a hablar.

Alma levantó la mano para que se callaran, pero como le hicieron caso omiso, soltó un agudo silbido, lo cual hizo que los hombres se detuvieran.

–Eso está mejor –afirmó con aprobación–. Ahora, uno de vosotros va a decirme cuál es el problema.

Como estaba dolida con Cash, se volvió hacia su abuelo.

–¿Y bien, Harry?

–El problema es que Cash no quiere hacerme caso –acusó Harry.

–El problema es que él es muy orgulloso –se quejó Cash al mismo tiempo. Sus voces se mezclaron haciendo que las respuestas fueran casi incomprensibles.

Alma tardó casi un minuto en separar las frases del uno de las del otro y entenderlas. Se volvió hacia su padre para pedirle ayuda.

–Papá, ¿puedes decirme por qué discuten?

Su padre se encogió de hombros.

–Lo haría si pudiera, pero he salido al oírlos gritar.

–No estamos discutiendo –insistió Harry con firmeza–. Estoy tratando de insuflar un poco de sentido común en este burro –hizo un gesto desdeñoso hacia su nieto.

–Tiene gracia –contraatacó Cash–. Iba a decir lo mismo de ti.

–¿Qué os pasa? –volvió a preguntar ella pronunciando cada palabra con deliberada lentitud. Después apuntó con el dedo al abuelo de Cash–. Tú primero, Harry.

Este echó la cabeza hacia atrás.

–Le he dicho que no necesito su caridad.

Cash lo interrumpió.

–No es caridad.

–¿Qué no es caridad? –preguntó ella antes de que ambos volvieran a enzarzarse en una nueva disputa.

–Ha pagado el préstamo del rancho –lo acusó Harry en el tono en que hubiera informado de un delito a las autoridades.

Alma parpadeó, sorprendida.

–¿Tenías un préstamo? Creía que habías acabado de pagar la hipoteca del rancho hace tiempo.

–Lo hice, pero las cosas se pusieron difíciles y tuve que pedir un préstamo –murmuró él al tiempo que apartaba la vista.

–Lo pidió para pagarme la universidad –afirmó Cash–. Entonces la economía comenzó a ir mal y empezó a perder dinero, por lo que no pudo devolver los plazos del préstamo. Y no me dijo nada de todo esto. Si no hubiera visto en su escritorio la carta de ejecución del desahucio...

–Que no debías haber leído porque no era asunto tuyo –protestó Harry, muy enfadado–. Devolvió el préstamo a mis espaldas.

A Alma le pareció que ya había vivido una situación similar, pues le recordaba la forma en que sus hermanos y ella habían ayudado a su padre a pagar las facturas del tratamiento médico de su madre.

–Harry –dijo en tono amable–, la familia siempre tiene derecho a inmiscuirse. Vosotros dos os apoyáis mutuamente. Por eso sois familia.

–No quiero la caridad de nadie –declaró Harry de nuevo con obstinación. Se cruzó de brazos y frunció el ceño. Parecía un dios de la guerra.

Alma volvió las tornas con mucha habilidad.

–¿Fue caridad que tú acogieras a Cash y a su madre cuando murió su padre? –preguntó al anciano.

La pregunta lo ofendió.

–Por supuesto que no –respondió, indignado–. Eso fue distinto.

–No lo fue –apuntó ella con paciencia–. Te necesitaban y los apoyaste abriéndoles la puerta y acogiéndolos. Les diste un hogar, Harry. Eso no tiene precio, y Cash solo quiere devolverte parte del favor. Y puede hacerlo salvando tu hogar, y el suyo –recordó Alma al ranchero–. También es su hogar. Le dijiste que tu hogar siempre sería el suyo, ¿recuerdas?

Puso la mano en el hombro de Harry.

–Lo correcto es aceptar el favor. Si te sirve de algo, considéralo un regalo de boda.

–Cash ya me ha hecho un regalo, nos lo ha hecho a los dos. Y ha sido muy generoso. Nos ha comprado dos billetes de avión en primera clase para Hawái, además de pagarnos la estancia en un hotel durante dos semanas. No puedo aceptar los dos regalos. No sería justo.

Alma vio por el rabillo del ojo que Cash abría la boca para rebatir a Harry. Alzó la mano para que no dijera nada mientras ella seguía hablando con su abuelo.

–Claro que puedes, Harry. Y es lo que debes hacer. Cash está contento de hacerte el favor. ¿Quieres que tu nieto esté contento, Harry?

–Claro que sí, pero...

–Entonces, asunto resuelto –afirmó Alma interrumpiéndolo antes de que pasara a la segunda fase de su argumentación–. Te marchas de viaje de novios dos semanas, y cuando vuelvas tendrás una casa a la que regresar. ¿Hay algo mejor?

–Visto así... –Harry trató de parecer contrariado, pero estaba fingiendo. Dio un profundo suspiro y miró al padre de Alma, su amigo de toda la vida, y le preguntó:

–¿La has ganado alguna vez en una discusión, Mike?

Miguel Rodríguez negó con la cabeza y se echó a reír.

–Nunca desde que cumplió los cuatro años. Nadie de la familia lo ha hecho.

Harry asintió como si se lo esperara.

–Ya me lo parecía –afirmó. Después miró a su nieto–. Gracias, hijo –dijo con emoción–. Aunque sigo pensando que has sido demasiado generoso.

–No te preocupes, puede permitírselo –le aseguró Alma.

Había oído hablar mucho del bufete en el que trabajaba Cash, y estaba considerado de élite. Algunos de los clientes eran multimillonarios.

–Además, es lo que quieres hacer. Así que daos un abrazo, haced las paces y deja que siga trabajando en tu arco nupcial sorpresa.

Se volvió a mirar la estructura ya casi terminada, a falta de algunas flores, y se sintió obligada a preguntar:

–¿Hay alguien que todavía no lo sepa?

Fue Miguel quien contestó.

–No, me atrevería a decir que todo el mundo en Forever lo sabe.

Alma frunció los labios mientras observaba el arco.

–Bueno, al menos no habrá que transportarlo a media noche para que sea una sorpresa –afirmó con filosofía–. Una preocupación menos.

–¿Qué te he dicho? –preguntó Miguel a Harry–. Siempre ve el lado positivo de todo, incluso cuando no lo hay.

Harry asintió.

–A mí me parece una excelente cualidad.

–He puesto la cafetera al fuego –apuntó Miguel mirando a su amigo–. ¿Te apetece un café?

–Si quieres jugar a ser el perfecto anfitrión –contestó Harry–, preferiría una cerveza fría.

Miguel sonrió.

–Aún mejor. Vamos dentro, que aquí hace calor.

Alma se volvió hacia Cash mientras Harry y su padre entraban en la casa.

–Tiene razón: hace calor. Debieras entrar tú también y esperar a que refresque un poco antes de seguir trabajando.

–El calor no me molesta –subió un peldaño de la escalera de mano para seguir trabajando, pero se detuvo–. Además, había olvidado lo que se disfruta trabajando con las manos –la miró durante unos segundos y bajó la voz para añadir–: también me había olvidado de lo que me gusta estar contigo.

¿Era un modo de volver a disculparse? ¿Creía que ella no se había dado cuenta de que le agradaba su compañía? ¿O estaba tan absorto en lo que le preocupaba que era incapaz de ver más allá de su celda de cristal?

–¿Por eso llevas dos días desaparecido? No llamas, no escribes...

Cash respondió muy serio:
–Ha sido por tu bien.
Alma lo observó mientras subía la escalera para trabajar en la parte superior del arco.
–Creí que eso ya había quedado claro el sábado por la mañana, ¿recuerdas? Te dije que yo era la que tenía que decidir lo que me convenía y lo que no.
Pareció que él no iba a contestar, pero lo hizo.
–Eso no vale si no conoces toda la historia.
Ella agarró la escalera con ambas manos para que no se moviera.
–Entonces, cuéntamela –le rogó.
La necesidad de desahogarse que tenía Cash era tremenda, pero ¿a qué coste? Si se lo contaba, y a ella le repelía lo que había hecho, ¿qué haría él? ¿Cómo iba a poder soportar que lo mirara con otros ojos?
No, era mejor guardárselo para sí, fingir que ella no lo juzgaría y que, al final, las cosas se resolverían de una u otra forma, su sentimiento de culpabilidad disminuiría y aprendería a vivir con lo que había hecho.
Negó con la cabeza en respuesta a su ruego.
–No puedo, Alma. Aún no –y como tenía que ser sincero con ella, porque era lo mínimo que se merecía, añadió–: y tal vez no lo haga nunca.
Para ella fue como recibir una bofetada. Se suponía que él confiaba en ella, que sabía que, pasase lo que pasase, estaría de su lado.
–No acepto que no vayas a hacerlo nunca –apuntó, pero para evitar que aquello fuera a más y se le fuera de las manos, le dijo–: pero estoy dispuesta a esperar un tiempo.
Él se echó a reír mientras negaba con la cabeza.
–Se me había olvidado que conseguirías que los pájaros abandonen los árboles.
Ella sonrió.
–Nunca te he considerado un pájaro, pero –se encogió de hombros– si funciona...
–Tengo que seguir trabajando o esto no estará listo para la boda.
Por encima de todo, Cash cumplía la palabra dada, pensó ella. Y

eso implicaba que había esperanza para él.

–¿Te das cuenta de que mis hermanos te han cargado con casi todo el trabajo?

–No me importa –dio unos martillazos para clavar un clavo–. Tienen trabajo, y yo estoy de vacaciones.

Eso no era cierto, pensó ella. Pero no iba a decírselo, así que fingió que no sabía que había solicitado la excedencia en el bufete.

–Entonces, ¿vas a volver a Los Ángeles después de la boda?

–Probablemente al día siguiente –respondió él en voz alta para que lo oyera por encima de los martillazos.

–Pero vas a volver, ¿verdad? –insistió ella esperando a ver qué decía.

Él se detuvo un momento como si estuviera sopesando algo, y después dijo:

–Sí, ese es el plan.

Ella se fijó en que, en vez de mirarla, le había dado la espalda al contestar. No se había arriesgado a mirarla a los ojos.

Porque mentía, y sabía que ella lo notaría.

Le dolió que la engañara a propósito.

Durante una fracción de segundo pensó en decirle que en el bufete le habían dicho que se había tomado una excedencia y que no había fijado una fecha de regreso. Pero decírselo implicaría un enfrentamiento, y ¿qué ganaría con ello?

No se trataba de demostrarle lo inteligente que era ni que sabía que mentía, sino de darle espacio suficiente para que resolviera sus problemas por sí mismo.

Pues se lo daría.

A pesar de que se sentía como si la hubieran apuñalado en el estómago, cedió de mala gana para darle ese espacio. Podía ser muy paciente, pero su paciencia no era infinita. Si no le contaba qué le pasaba después de que la señorita Joan y su abuelo se hubieran marchado de luna de miel, tendría unas palabras con él.

Muchas palabras.

Hasta entonces, se controlaría. Al fin y al cabo, solo faltaban tres días para la boda.

Podía conceder a Cash esos tres días.

–Por cierto –dijo cambiando de tema por completo–, has sido muy generoso al pagar la deuda de tu abuelo.

Él se encogió de hombros como si el elogio lo hubiera incomodado.

–Era lo mínimo que podía hacer después de que se endeudara, en primer lugar, porque quería que yo estudiara.

–Habrías estudiado de un modo u otro. Hubieras tardado algo más en empezar a hacerlo, eso es todo.

–No se trata de eso. Mi abuelo lo hizo por mí sin decirme nada. Y quería hacer lo mismo por él. Y hubiera conseguido que no lo supiera si el señor Miller no hubiera cedido.

Alma frunció el ceño.

–¿Cómo dices? ¿Qué tiene que ver el director del banco con eso?

–Le dije que quería que no se supiera que había sido yo. Sé lo orgulloso que es mi abuelo, y no deseaba que se sintiera en deuda conmigo. El señor Miller me prometió que guardaría el secreto, pero, cuando mi abuelo insistió, se vino abajo como un castillo de naipes.

Ella sonrió al imaginarse la escena.

–Tu abuelo puede ser muy persuasivo.

Cash medía lo mismo que él: un metro noventa.

–Lo que hace es intimidar.

Ella volvió a sonreír.

–Eso también.

Al ir a subir más arriba de la escalera para continuar trabajando en la parte superior del arco, Cash miró hacia abajo.

–¿Has venido a echarme una mano o a hablar y a hacer de supervisora?

Ella alzó el rostro hacia él y fingió sorpresa.

–¿Es que puedo elegir?

–Siempre se puede –contestó él con más seriedad de la que ella esperaba.

La intención de Alma era quedarse a trabajar.

–Entonces, creo que te ayudaré. De todas formas, el sheriff no nos necesita a los tres en la oficina. Supongo que podrá prescindir de mí un par de horas.

–Sí, seguro que puede mantener los delitos en espera durante ese tiempo –dijo él, y se echó a reír al pensar en que algo que se pareciera remotamente a un delito pudiera suceder en Forever–. No me di cuenta de lo tranquilo que es esto hasta que me trasladé a Los

Ángeles.

–Supongo que no es la ciudad de los ángeles –bromeó ella.

–Hay ángeles –respondió él–. Pero suelen estar ocultos casi todo el tiempo para evitar que los acribillen a tiros –se encogió de hombros–. Como en todas las ciudades, en Los Ángeles hay zonas muy bonitas y zonas que no hay que pisar ni siquiera de día.

–Creo que por eso me gusta tanto esto –reconoció ella–. Se puede ir a cualquier parte de Forever, de día o de noche, sabiendo que estás a salvo.

–Sí –dijo él con una nota de nostalgia en la voz.

Volvía a estar lejos de allí, pensó ella. ¿Habían avivado sus palabras un recuerdo, un pensamiento que lo había alejado contra su voluntad?

La expresión de su rostro le indicó que así era.

Alma tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volverle a preguntar, para no exigirle que le dijera lo que le preocupaba.

Pero se prometió, mientras comenzaba a trabajar, que pronto lo acorralaría y le obligaría a contarle la causa de que se sintiera tan desgraciado.

Capítulo 13

Al volver sobre ello más tarde, Alma pensó que lo más difícil de que la boda hubiera sido un éxito había sido conseguir que la señorita Joan participara lo menos posible en los preparativos previos a la ceremonia.

Y no fue fácil hacerlo.

La señorita Joan repetía que debía tomar parte en todos los preparativos, de principio a fin. Y, como era la señorita Joan, a todos les costó convencerla de lo contrario.

Fue difícil, pero no imposible.

Y nadie se esforzó tanto como Alma en controlar a la novia.

–No es la fiesta anual de Navidad del pueblo –insistió Alma la mañana de la boda.

Acababa de llegar a casa de la señorita Joan, y se la había encontrado en la cocina a punto de preparar el plato principal del banquete. Con suavidad, pero de modo firme, la empujó fuera de la cocina y la llevó al dormitorio, donde la esperaba Tina para peinarla.

–No tiene que hacerse cargo de todo y estar en todas partes. Es su boda –le dijo Alma con voz firme–. Debe usted dejar que nosotros nos encarguemos de los detalles.

Todo el pueblo había arrimado el hombro de buena gana llevando sillas y decorando el espacio en que se celebraría la ceremonia con flores, y Olivia, que había descubierto que poseía aptitudes para la cocina creativa, había preparado, con la ayuda de varias camareras, la comida que se serviría en el banquete: los aperitivos, el plato principal y la elegante tarta nupcial.

–Pero no quiero mantenerme al margen. Si tengo mucho tiempo para pensar, es posible que me escape –advirtió la señorita Joan a Alma–. Necesito hacer algo.

–Y lo está haciendo, señorita Joan –le aseguró Alma–. Se está preparando para la boda –apretó las manos heladas de la señorita y le susurró–: Lo que le pasa es que tiene los nervios previos a la

ceremonia, pero se le pasarán –le prometió. Condujo a la señorita Joan a su habitación y le dijo a Tina–: Toda tuya.

Pero la señorita se quedó de pie en vez de sentarse. Miró las tenacillas que Tina tenía en la mano.

–¿Qué pretendes hacer con eso?

Como Tina quería mucho a la señorita Joan y había visto su lado bueno en muchas ocasiones, escogió las palabras cuidadosamente.

–Pretendo ponerla más guapa de lo que es.

La señorita Joan suspiró, pero Alma se dio cuenta de que se estaba dando por vencida.

–No voy a emperifollarme –advirtió a Tina–. Harry sabe cómo soy.

Pero, a pesar de sus protestas, se sentó en una silla y, de mala gana, se puso en manos de Tina.

Esta comenzó a aplicarle un poco de maquillaje en el rostro, para después centrarse en su espeso pelo rubio.

–A todo el mundo le gusta arreglarse de vez en cuando –le dijo a la señorita mientras trabajaba–. Es propio de la naturaleza humana.

–Pues a mí no me gusta –insistió la señorita Joan con obstinación.

Temiendo que decidiera marcharse, Tina se lo pidió como un favor personal.

–Entonces, hágalo por mí.

–Y por Harry –intervino Alma–. Es un día especial para los dos.

La señorita Joan emitió un sonido escéptico.

–¿Y qué está haciendo él por mí? –preguntó, como si aquello fuera un intercambio comercial en vez de una boda. No esperaba respuesta, por lo que se sorprendió cuando Alma se la dio.

Esta miró el reloj.

–Pues ahora mismo creo que Cash lo está ayudando a ponerse el esmoquin.

–Un momento –la señorita Joan la agarró del brazo para atraerla hacia sí. Para ser una mujer de setenta y tantos años, tenía la fuerza de un toro–. ¿Harry va a ir de esmoquin? –preguntó, incrédula–. ¿Estás segura?

Alma asintió.

–Completamente. Cash lo encargó en Dallas y lo trajeron ayer.

–¿Y se lo va a poner? –como le hacía gracia, acompañó la

pregunta de una risita.

Alma se soltó de la mano de la señorita Joan y le dio unas palmaditas en ella.

–He oído que le decía a Cash que quería lo mejor para usted –sonrió–. Le gusta usted de verdad.

La señorita Joan hizo lo que pudo para no demostrar lo complacida que se sentía, pero no lo logró del todo. Carraspeó antes de hablar.

–Veo que al viejo le queda una pizca de sentido común.

Alma no se molestó en disimular su sonrisa.

–Eso parece.

Tina había acabado de maquillar a la señorita, por lo que volvió a agarrar las tenacillas. Frunció el ceño levemente porque la anciana, que había sido como una madre para ella los dos años anteriores, no dejaba de moverse.

–Señorita Joan, si no quiere que le queme el pelo, le agradecería que se quedara quieta unos minutos.

La señorita Joan suspiró y se quedó quieta. Como si estuviera en el dentista, se agarró a los brazos de la silla.

–Muy bien, hazlo lo peor que puedas –dijo mientras se preparaba para la tortura como un soldado capturado en territorio enemigo.

–Lo haré lo mejor que pueda –la contradijo Tina mientras comenzaba.

En ese momento, Mona, la hermana del sheriff, entró en la habitación.

–¿Cómo va todo? –preguntó.

La pregunta iba dirigida a Olivia, que había permanecido en silencio mientras preparaba el vestido de la novia. Alma la miró y se dio cuenta de que estaba tan ocupada que no había oído a Mona, por lo que respondió en su lugar.

–Bien hasta ahora. Creo que conseguiremos que todo salga bien.

Mona se acercó con cuidado de no chocar con Tina, que seguía con las tenacillas en la mano. Miró el vestido, que colgaba de la puerta del armario.

–No es blanco –dijo sorprendida.

Era la primera vez que veía el vestido, y había supuesto que la señorita Joan llevaría un vestido de novia tradicional. En vez de

eso, era beis y de longitud normal, aunque muy bonito.

Alma suponía que a la señorita le sentaría de maravilla.

–Yo tampoco lo soy –observó la señorita Joan. Después aclaró sus palabras–. Siempre que te refieras al color blanco como símbolo de pureza. No es la primera vez que voy al baile –informó a las demás mujeres creyendo que con eso había concluido el asunto.

Estaba equivocada.

–Vaya, señorita Joan –gritó Olivia en broma–. Va a conseguir que nos pongamos coloradas.

–Ja, ja –fue la respuesta de la señorita–. Y eso va por todas –estaba sentada sin moverse mientras Tina daba vueltas a su alrededor rizándole el pelo–. No creo que ninguna se vaya a sonrojar si tenemos en cuenta los hombres que habéis elegido como compañeros.

Sus palabras pusieron a Alma un poco tensa porque le recordaron que sus días con Cash estaban contados. Él le había dicho que se marcharía cuando la señorita Joan y su abuelo estuvieran en el avión de camino a Hawái.

–Se equivoca, señorita Joan: eso no vale para mí.

Esta le lanzó una mirada penetrante.

–Ya hablaremos cuando vuelva de la luna de miel a la que nos va a mandar tu hombre.

Era el día de su boda, así que Alma no se molestó en contradecirla. Pero la señorita Joan, que nunca se equivocaba, estaba en un error al afirmar que Cash y ella eran pareja y al suponer que vivirían así toda la vida.

Aunque quisiera a Cash con todo su corazón, y era absurdo negarlo, nunca sería su hombre. Era algo que sentía muy dentro de sí.

–Bueno, lo han hecho –afirmó Cash. Su voz expresaba alivio e incredulidad a la vez.

Los cinco músicos que Eli había reunido para el banquete tocaban una pieza lenta y melódica después de haber interpretado cuatro muy movidas.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Cash había tomado a Alma de la mano y la había conducido a la pista de baile, que los hermanos

de ella y él habían conseguido tener lista a tiempo.

Le había pasado el brazo por la cintura y agarrado la mano, que apretaba contra el pecho. Se movían al ritmo de la canción, cuyo nombre no recordaba.

Tampoco intentaba hacerlo.

Estaba pensando en que la boda se había desarrollado sin contratiempos, y se sentía muy orgulloso de haber contribuido a ello.

Y se maravillaba de ver a su abuelo tan feliz. Nunca lo había visto tan contento. Supuso que de joven, ese sería su aspecto habitual. Harry se comportaba como si se hubiera quitado muchos años de encima y estuviera en la flor de la vida.

Al menos ese día.

–Sí, todo ha salido muy bien, gracias a ti –le recordó Alma. Cuando vio que él iba a protestar, siguió hablando para evitarlo–. Si no hubieras convencido a la señorita Joan, se hubiera marchado del pueblo en el primer autocar –lo miró a los ojos–. Creo que lo sabes.

Cash se negó a atribuirse mérito alguno.

–Hubiera recapacitado.

–No lo sé –lo seguía mirando a los ojos–. El miedo provoca comportamientos extraños –afirmó lanzándole una indirecta.

Cash reflexionó durante unos instantes, y la miró. ¿Se refería a él o había algo más en sus palabras?

–¿Lo dices por experiencia?

–No, por observación –respondió ella. Hizo una pausa y respiró hondo.

«Bueno, allá voy, a abrir una puerta», se dijo.

–Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

–Lo sé, como también sé que puedo estar callado cuando estoy contigo, que, aunque los dos permanezcamos en silencio, no nos sentimos violentos, sino a gusto.

Alma pensó que era una forma de decirle que no insistiera.

Como era el día de la boda de Harry y la señorita Joan, no le quedó otro remedio que aceptarlo. No diría nada que pudiera provocar una escena y estropear el día a dos personas a las que quería mucho.

Pero la cosa no quedaría así.

No tenía intención alguna de darse por vencida. Su plan era

justamente lo contrario. Iba a insistirle hasta que Cash la dejara entrar en su santuario y ella pudiera ayudarlo con lo que fuera que necesitara superar. No le importaba cuánto fuera a tardar ni lo que tuviera que hacer: estaba dispuesta a devolver a Cash al mundo de los vivos.

Comenzó a sonar otra canción lenta después de que la anterior hubiera acabado. A ella no le importó, ya que le permitía seguir un poco más en los brazos de Cash. Y no había otro lugar donde prefiriera estar.

Bueno, tal vez lo hubiera, pero él también estaba incluido en ese lugar, pensó sonriendo para sí.

En contraste con la melodía que sonaba, se oyó un trueno a lo lejos.

Alma levantó la cabeza, que tenía apoyada en el hombro de Cash, y miró en la dirección de la que procedía el sonido. Llevaba todo el día amenazando tormenta. Ella había cruzado los dedos para que, si acababa descargando, aguantara hasta después del banquete.

El cielo había cooperado durante la ceremonia abriéndose para que la novia recorriera la falsa nave hasta el altar, aún más falso, donde Harry, resplandeciente con el esmoquin que su nieto le había regalado, la esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo primero que le dijo la señorita Joan a su futuro esposo, al llegar al altar decorado con flores y encajes, hizo referencia a esa sonrisa.

–Deja de sonreír como si fueras el tonto del pueblo, Harry –siseó.

–No puedo –había contestado él en voz alta para que todos lo oyeran–. Nunca te había visto tan guapa.

Ella emitió el mismo ruido escéptico que había emitido aquella mañana, pero era evidente para cualquiera que los estuviera observando que el cumplido le había gustado mucho.

Alma miró el cielo. El crepúsculo iba envolviendo el pueblo.

–No parece muy prometedor.

–Este verano todavía no ha llovido –apuntó Cash–. Lo más probable es que tampoco lo haga ahora.

–¿Cómo sabes que no ha llovido en todo el verano?

Él sabía lo que estaba pensando: que había supuesto que él no

estaba interesado en nada que tuviera que ver con Forever.

–No hay ninguna ley que me prohíba consultar la previsión meteorológica.

–Me sorprende que lo hagas –reconoció ella–. Teniendo en cuenta que es la primera vez que vuelves después de tanto tiempo.

–No he podido hacerlo antes –replicó él sin mirarla a los ojos–. He tenido mucho trabajo.

–¿No has tenido unos días en diez años? –preguntó ella, incrédula. Le parecía imposible. Nadie trabajaba tanto sin exponerse a graves consecuencias para su salud.

Cash la miró. La música iba apagándose lentamente.

–¿Quieres que nos peleemos ahora? –preguntó él–. ¿En serio?

–No me estoy peleando –respondió ella tratando de no perder los estribos–. Solo te he hecho una pregunta.

La música cesó, y él la soltó. Era evidente que ella esperaba una respuesta. Cash soltó el aire con impaciencia.

–Muy bien, te voy a contestar. No tenía tiempo porque estaba sentando las bases de mi futuro, o eso creía –afirmó con enfado.

Ella no entendió por qué su voz sonaba tensa. ¿Qué era lo que le ocultaba?

–¿Y no era así?

Aunque él quisiera, era demasiado complicado para entrar en ello en aquel momento, y no quería. Lo único que deseaba era disfrutar del poco tiempo que le quedaba con ella. Al día siguiente se marcharía.

Si se quedaba, sería cuestión de tiempo volver a hacer el amor con ella. Y sus sentimientos a ese respecto no habían cambiado. No sería justo para ella. Él no era libre de quererla como se merecía: total y sinceramente.

No tenía derecho a ser feliz ni a arrastrarla con él en su caída, así que la única solución era marcharse.

Pero no quería hablar de ello en aquellos momentos. Lo que deseaba era fingir durante algunas horas que todo se solucionaría por sí solo.

–Apoya la cabeza en mi pecho, cállate y baila –dijo cuando los músicos volvieron a tocar. Era una canción sobre alguien que se lamentaba de su comportamiento.

Cash pensó que era muy adecuada.

Alma decidió aligerar la tensión y aparcar la discusión.

–Estoy de acuerdo en lo de apoyar la cabeza, pero en lo de callarme… Lo de bailar también me convence.

Cash soltó una breve carcajada mientras negaba con la cabeza.

–Eres única, Alma.

Le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Su cuerpo se encendió al hacerlo, pero no le importó. Al día siguiente, aquello pertenecería al pasado, al igual que ella.

Bloqueó el dolor que empezaba a sentir en el corazón.

–A veces me olvido de que no hay otra como tú.

–Eso tiene fácil remedio –bromeó ella.

Él la apretó contra sí.

–Lo hablaremos después –le prometió sabiendo que para ellos no habría un después. Y ella, al cabo del tiempo, se lo agradecería.

Mientras la música seguía sonando, Cash cerró los ojos y se dejó llevar por ella fingiendo, durante unos segundos, que no se había ido de Forever, que no se había convertido en abogado criminalista con un increíble historial de casos ganados, sino que se había quedado en el pueblo y era ranchero; que pasaba los días domando caballos y peleando contra la Naturaleza, lo cual era mucho mejor que hacerlo contra su conciencia.

Porque esa batalla no la iba a ganar.

Un trueno retumbó con fuerza, y los músicos dejaron de tocar momentáneamente. Era evidente que estaban discutiendo si corrían a ponerse a cubierto con los instrumentos, por si acaso.

Unos segundos después, de repente, el cielo se iluminó con un relámpago como si fuera de día. La tormenta estaba a unos tres kilómetros de allí.

–Está muy cerca –afirmó Alma mientras los músicos volvían a tocar sin tenerlas todas consigo.

Acababa de apoyar la cabeza en el pecho de Cash y se movía al ritmo de la música cuando sintió que él se ponía tenso.

Alzó la cabeza, perpleja, y lo miró.

–Creo que eso también lo está –dijo él, lo cual la confundió aún más.

Cash señalaba algo detrás de ella. Cuando Alma se dio la vuelta vio lo que le indicaba.

Una espesa columna de humo negro, que impulsaban cada vez

más arriba enormes llamas anaranjadas, se alzaba hacia el cielo que el relámpago acababa de iluminar.

Y, entonces, alguien gritó lo que todos temían cada día de sus vidas.

–¡Fuego!

Capítulo 14

La alegría de los asistentes al banquete se transformó en alarma y ansiedad.

Todos sabían la amenaza que suponía un incendio incontrolado. No había nadie entre ellos que no hubiera sufrido la devastación que generaba o que no conociera a alguien que la hubiera sufrido.

En cuanto se oyó el grito de «¡fuego!», aproximadamente un tercio de los presentes dejaron de ser invitados a una boda para convertirse en miembros activos del cuerpo de bomberos voluntarios de Forever.

Como muchos pueblos pequeños, Forever no podía permitirse tener un cuerpo de bomberos oficial, por lo que dependía de los voluntarios, que eran habitantes del pueblo que dedicaban uno o dos días al mes a aprender a apagar un fuego con la destreza de un bombero profesional. Lo hacían para estar preparados en caso de necesidad.

Rick Santiago tenía dos empleos: el de sheriff del pueblo y el de jefe de bomberos.

Los recién casados estaban tan horrorizados y preocupados como todos los demás ante las posibles consecuencias del incendio.

–Hay que hacer algo –gritó la señorita Joan mientras agarraba la mano de Harry.

Al oírla, Cash dijo:

–Lo que tenéis que hacer es ir al aeropuerto y tomar el avión para comenzar vuestra luna de miel.

–No podemos irnos ahora –protestó Harry.

–No os preocupéis, lo controlaremos –aseguró Alma a la pareja. Al ver la mirada obstinada de la señorita Joan, le pidió a su padre–: Papá, ¿nos haces a todos un enorme favor llevándolos al aeropuerto antes de que sus buenas intenciones los pongan en un aprieto?

Miguel hizo un gesto de asentimiento.

–Claro que sí. Vamos, pareja –dijo mientras se colocaba entre ambos y los agarraba del codo–. Cuando mi hija empieza a hablar

así, no hay más remedio que obedecer. Así que ni se os ocurra rechistar.

Alma se sintió aliviada al ver que los tres estaban fuera de peligro, y se centró en lo que sucedía.

Rick se había puesto al mando y llamaba a los que normalmente eran voluntarios.

–Vamos, vamos –gritó para que se le oyera por encima de las voces ansiosas y preocupadas–. Tenemos que ir al cuartel de bomberos y ponernos en marcha antes de que el fuego comience a extenderse.

Mientras Alma corría hacia el frente de la casa, donde estaban aparcados los coches, Cash la agarró del brazo.

Tenía un mal presentimiento.

–¿Adónde vas?

Ella creía que era evidente.

–Con Rick y los demás. A combatir el incendio –añadió al ver que él no dejaba de mirarla.

–Pero puede ser peligroso.

Era innegable, pero no era el momento de sopesar los pros y los contras.

–Formo parte del departamento de bomberos voluntarios –le explicó a Cash–. Todos los ayudantes del sheriff somos voluntarios.

¿Ya no recordaba cómo eran las cosas cuando vivía allí? Forever no tenía un cuerpo de bomberos municipal.

–No estás en Los Ángeles, Cash. ¿No recuerdas que no tenemos cuerpo de bomberos? –tiró del brazo para soltarse de su mano–. Ahora, si no te importa, tengo que irme.

Aunque le había soltado el brazo, Cash se puso a correr a su lado. Y, entonces, fue ella la que le preguntó:

–Y tú, ¿adónde vas?

–Te acompaño –contestó él mientras llegaban al frente de la casa.

Ella se detuvo y se puso delante de él para impedirle seguir corriendo.

–Cash, te agradezco tu interés, de verdad –afirmó ella con tacto–, pero yo he recibido un entrenamiento para hacer esto, lo cual no es tu caso.

–Me las arreglaré sobre la marcha.

Pensaba que, si Alma estaba dispuesta a correr riesgos, él estaba igualmente dispuesto a quedarse a su lado y a cuidarla en la medida de lo posible. Ser ayudante del sheriff en un pueblo aletargado era una cosa, y otra muy distinta y muy peligrosa combatir un incendio, fuera el pueblo grande o pequeño.

En el frente de la casa, Rick, Joe y el médico del pueblo, el voluntario más reciente en unirse al cuerpo, estaban dividiendo al grupo para llevar cada uno en su coche a tanta gente como fuera posible.

Cuando el sheriff vio que Alma llegaba con Cash, dejó de dar órdenes y se dirigió hacia ellos. Su expresión indicaba claramente que no le hacía ninguna gracia lo que trataba de hacer Cash.

Este respondió a su pregunta antes de que la formulara.

–Voy con vosotros –le dijo al sheriff–. Tiene que haber algo en que pueda ayudaros.

–Siempre es un placer tener a un ciudadano capaz a nuestro lado –contestó Rick haciendo hincapié en la palabra «ciudadano», como si Cash ya no fuera del pueblo, sino de Los Ángeles.

Este no pareció haberse dado cuenta y se montó en el coche de Rick, pero a Alma no le pasó desapercibido.

El cuartel de bomberos, donde los voluntarios se entrenaban periódicamente, se hallaba a las afueras del pueblo. Además de manuales de entrenamiento y maquetas de edificios donde encendían pequeños fuegos para practicar, en el cuartel había un camión de bomberos recién pintado que antes se había usado para apagar incendios en Austin.

Gracias a sus contactos, Rick lo había comprado a muy buen precio. En Austin consideraban que estaba anticuado e iban a desguazarlo. El camión estaba verdaderamente en muy malas condiciones, pero Rick, lleno de optimismo, pidió que lo mandaran a Forever.

Cuando llegó, llevó el vehículo, que apenas andaba, al único mecánico que residía en el pueblo, Mick Henley. Este obró un par de milagros, resucitó el camión de entre los muertos y lo convirtió en la primera línea de defensa a la hora de combatir los incendios que eran una plaga en la región.

Rick condujo el camión al lugar del incendio. Se habían montado en él el mayor número de voluntarios posible. Los demás fueron en su propio vehículo o en el de un amigo.

No tuvieron que ir muy lejos.

Un rayo había caído en la ferretería de Silas Varner y las dos casas que lo flanqueaban, que también eran de Varner. Él vivía en una de ellas, y su hijo Steve, que era viudo, en la otra, con sus hijos pequeños. Al igual que su padre, Steve trabajaba en la ferretería.

La tienda estaba medio consumida por las llamas, y parecía que las casas, ambas de dos pisos y construidas hacía varias décadas, iban a correr el mismo destino.

Rick frenó bruscamente y fue el primero en bajarse del vehículo. Comenzó a ordenar que cada uno fuera a su puesto.

Debido a que año y medio antes se habían reacondicionado todas las tuberías subterráneas del pueblo, obtener agua para apagar el fuego no era un problema. Pero había que ver si conseguirían extinguirlo antes de que acabara con todo.

Silas Varner salió a trompicones de su casa justo cuando el camión se detuvo frente a la ferretería. Tosía tanto que fue incapaz de pronunciar palabra durante varios minutos.

Cuando por fin pudo hablar, con los ojos extraviados y presa de la desesperación, agarró el brazo de la primera persona que encontró.

Era el de Cash.

–Mi hijo sigue en su casa y mis nietos... –se le quebró la voz y no pudo acabar la frase. Era innecesario.

–Los sacaremos –le aseguró Rick. Miró a su alrededor y alzó la voz para atraer la atención de Dan, el médico–. Ven a ayudarnos

–No, estoy bien, estoy bien –protestó Silas débilmente–. Sacad a mi hijo y a mis nietos –rogó.

–Lo haremos –le prometió Joe.

Dan se abrió paso entre los voluntarios para llegar a donde estaba Silas.

El anciano estaba aterrorizado. Vio que Rick mandaba a tres voluntarios a casa de su hijo para sacarlo a él y a sus nietos.

Otros voluntarios fueron enviados a manejar la pesada manguera y dirigirla hacia los edificios en llamas. Como la ferretería era la más amenazada, los hombres centraron sus

esfuerzos en ella.

Los que no estaban manejando la manguera echaban tierra con palas en el perímetro del fuego, en un intento de sofocar las llamas más pequeñas antes de que aumentaran de tamaño.

Como Cash no había recibido ningún tipo de entrenamiento, Rick lo había puesto con ese grupo. Hacía lo que podía y echaba paletadas de tierra a toda velocidad.

Retrocedió unos pasos durante unos segundos para evitar que le cayeran encima unas brasas, alzó la vista y vio que uno de los nietos de Silas estaba en una ventana del segundo piso. El niño, rubio y no mayor de cuatro años, estaba aterrorizado.

Cash miró a su alrededor buscando a Rick o a alguien a quien mostrar dónde estaba el niño, pero todos se encontraban o alrededor del camión haciendo lo posible por apagar el fuego o en el lado opuesto de las casas al que se hallaba él echando tierra. En ese momento vio que tres voluntarios salían corriendo por la puerta principal, seguidos de una masa de fuego, llevando a Steve Varner entre ellos. El tercero, Joe, llevaba en brazos al nieto mayor.

Cash valoró las opciones que tenía. El niño atrapado en el segundo piso solo podía salir por la ventana, no por la puerta de la casa. Por lo que había visto, entrar por ella ya era imposible.

En el camino hacia allí se había fijado en un roble alto que descollaba sobre la casa de Steve y que no estaba lejos de donde se hallaba el niño. Con un poco de suerte, podría servirse de él para llegar hasta el pequeño.

Tardó cinco segundos en elaborar un plan y ponerlo en práctica. Corrió hasta el árbol y comenzó a trepar.

Fue entonces cuando Alma lo vio.

Gritó su nombre con la esperanza de detenerlo, pero vio al aterrorizado niño.

Y entendió lo que sucedía.

Se quedó petrificada. Aunque Cash llegara hasta donde estaba el niño, ¿cómo iba a volver al árbol cargando con él?

Solo pudo observar y rezar mientras Cash seguía trepando. Este resbaló dos veces, y ella estuvo segura de que se iba a caer, pero no fue así.

Al cabo de lo que a Alma le pareció una eternidad, Cash consiguió llegar al extremo de una rama, que se arqueó

peligrosamente bajo su peso. A unos centímetros de ella se hallaba la ventana.

Como era verano y hacía calor, estaba abierta. En caso contrario, Cash dudaba que el niño hubiera podido abrirla sin ayuda.

–Asómate –le dijo al pequeño al tiempo que estiraba los brazos–. Puedes hacerlo. Yo te agarraré.

–No –gritó el niño llorando–. Me voy a caer, me voy a caer.

Cash suspiró. No había llegado hasta allí para verlo morir. Respiró hondo y se impulsó hacia delante en una especie de salto, que apenas le permitió agarrarse al poyete con la punta de los dedos.

La madera astillada se le clavó en la piel mientras trataba de agarrarse mejor. Los músculos de sus brazos protestaron cuando consiguió elevar el cuerpo para introducirse en el edificio en llamas.

Una vez dentro, agarró al niño en brazos y miró hacia fuera. Volver a saltar era imposible cargando con el niño, pero no parecía haber alternativa.

–¡Cash! ¡Cash, aquí abajo!

Los oídos le pitaban y el fuego rugía detrás de él. La ropa le quemaba y le pareció que la hebilla del cinturón le estaba dejando la marca en la piel.

Debía de estar alucinando porque hubiera jurado que había oído a Alma llamándole.

–¡Cash, mira aquí abajo!

Esa vez fue la voz del sheriff la que resonó por encima del ruido.

Cash miró hacia abajo y vio que Alma, Rick y otros cinco voluntarios habían extendido una lona que sujetaban entre todos.

–¡Salta! –gritó Alma–. ¡Te agarraremos!

Desde donde él se encontraba, no le pareció muy probable, pero era la única oportunidad de sobrevivir que tenían el niño y él.

Se asomó y gritó:

–¡El niño primero!

Pero, cuando trató de soltarlo, el pequeño, aterrorizado, se le agarró al cuello.

–Vamos, tienes que soltarme.

Pero el pequeño se le agarró con más fuerza, hasta el punto de impedirle respirar.

–No, no quiero morir –sollozó.

–No vas a morir. No lo consentiré –le aseguró Cash intentando parecer alegre para que el niño respondiera a ese tono–. Es como si te tiraras en paracaídas en el parque de atracciones. No es difícil, y abajo te estarán esperando para agarrarte –le prometió–. No dejarán que te pase nada, puedes estar seguro. Recuerda que yo acabo de saltar para salvarte –le guiñó el ojo.

Sintió que el niño aflojaba un poco la presión.

Steve Varner se abrió paso hasta situarse debajo de la ventana.

–Vamos, Jackie, salta. Puedes hacerlo. Imagínate que estás saltando en la cama de papá como haces siempre. Vamos –le rogó–. Salta.

El niño se soltó del cuello de Cash con timidez. Este lo lanzó inmediatamente tratando de dirigirlo al centro de la lona.

En cuanto el niño tocó la lona, los voluntarios lo bajaron. Jackie salió corriendo hacia su padre.

–¿Me has visto, papá? He saltado –dijo con orgullo.

Steve solo pudo abrazar al niño con fuerza mientras trataba de no sollozar.

Se oyó un ruido procedente del edificio que no presagiaba nada bueno. Las paredes, consumidas por el fuego, comenzaron a desmoronarse.

El edificio iba a hundirse.

Y Cash con él.

–¡Subid la lona! –gritó Alma–. ¡Ahora mismo!

Los voluntarios volvieron a extender la lona acercándose a la casa todo lo que pudieron.

La levantaron justo cuando la casa se derrumbó.

Cash consiguió saltar por la ventana antes de que esta y el resto del edificio se viniera abajo. Aterrizó en la lona chamuscado, tosiendo a causa del humo y con una intensa sensación de mareo.

Alma corrió hacia él y lo abrazó. Medio segundo después, a Cash le fallaron las piernas y se desmayó.

El peso de su cuerpo estuvo a punto de tirar a Alma. Hizo un esfuerzo para mantenerse de pie mientras sujetaba a Cash con un hombro bajo uno de sus brazos.

Estaba inconsciente.

Llena de preocupación, Alma gritó:

–Necesito ayuda.

Rick, Dan y Joe tardaron un minuto en llegar y quitarle el cuerpo de Cash de encima.

Rick y Joe lo tumbaron en el suelo, lejos de los edificios en llamas, y Dan lo examinó para efectuar un rápido diagnóstico.

–Se pondrá bien–le aseguró a Alma al tiempo que se incorporaba–. Hay que ponerle un poco de pomada en las quemaduras Con eso y un poco de descanso, tu héroe se sentirá como nuevo.

Su héroe.

Lo era, pensó ella. Siempre lo había sido.

Las lágrimas se le derramaron por las mejillas manchadas de hollín. Tenía el vestido también cubierto de hollín, quemado en parte. Era imposible arreglarlo. Estaba destrozado, igual que los zapatos.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo sucedido, Alma no recordaba haberse sentido tan feliz en su vida. Cash estaba bien.

Se le hizo un nudo en la garganta, y apenas pudo pronunciar unas palabras de agradecimiento al médico.

Dan le sonrió.

–Yo no he hecho nada –dijo mientras cerraba el maletín. Después señaló a Cash con la cabeza–. Ha sido él.

Rick, Joe y Larry, que se habían vuelto a reunir con el resto de los voluntarios que seguían combatiendo el fuego, volvieron corriendo a donde estaban ellos.

–Hay que levantarlo –gritó Rick a Dan y a Alma antes de llegar.

Ella sabía que había que meter a Cash en la cama, pero el tono urgente de la voz de Rick no tenía nada que ver con la situación en que Cash se encontraba. Algo más debía de ir mal.

Pero ¿qué?

–¿Por qué? –preguntó.

–Silas acaba de decirme que ayer le llegó una gran remesa de barniz y líquido para quitar pintura. Si el fuego llega hasta allí, habrá una enorme explosión. Todo aquel que no esté combatiendo el incendio tiene que marcharse ahora mismo –gritó–. Es una orden.

Inmediatamente se dio la vuelta y volvió corriendo a donde estaba el camión y sus hombres.

Alma no sabía si correr tras él para tratar de controlar y apagar

el fuego antes de que sucediera una tragedia o ir en sentido contrario para poner a salvo a Cash con la ayuda de Dan.

Al final, hizo lo que le dictaba el corazón y se quedó con Cash.

Entre Dan y ella lo levantaron y lo llevaron hasta donde estaban aparcados los vehículos. Uno de los coches era el de Eli.

–Vete –le dijo ella a Dan después de haber metido a Cash en el asiento trasero–. Ya me encargo yo. El sheriff va a necesitar toda la ayuda disponible.

Habían conseguido controlar el fuego que había consumido la casa de Steve Varner; ya estaba prácticamente extinguido. Y parecía que también estaba controlado el de la otra casa, pero el almacén ardía sin control.

Dan miró al paciente y después le dirigió a ella una mirada escéptica.

–¿Estás segura de que puedes encargarte de él sola?

Ella asintió con la cabeza y sonrió.

–Por si no te has dado cuenta, las mujeres de aquí somos duras. Incluso las bajitas –añadió al sospechar que el médico estaba pensando en su altura.

–Te tomo la palabra. Como ya te he dicho, mañana por la mañana estará bien. Si no es así, o, si tienes dudas, llámame, de día o de noche.

–Como a los médicos de antes –bromeó ella–. Esos que, según dicen, visitaban a los pacientes en sus casas.

–Exactamente, como a los médicos de antes –afirmó Dan.

Dicho lo cual, dio media vuelta y corrió hacia el camión y el incendio.

Capítulo 15

Volvía a estar allí.

Se encontraba de nuevo en la sala del tribunal defendiendo a Ronald Harper para obtener su libertad, la de un hombre acusado de asesinar a un matrimonio durante un robo.

Había conseguido que lo dejaran libre sin basarse en pruebas sólidas y concluyentes, sino en un tecnicismo jurídico.

La policía, sin orden de registro, había hallado el arma del homicidio en el cajón inferior del escritorio de Ronald Harper. Por eso, Cash había conseguido que el juez considerara que el arma no era admisible como prueba. Y el caso fue sobreseído.

De pie en la sala, Cash observó a Harper mientras pasaba a su lado con una sonrisita de suficiencia en los labios.

Y entonces lo supo.

Supo que, a pesar de que aquel hombre hubiera jurado sobre la Biblia que era inocente, había asesinado a la joven pareja.

Un instante después se vio transportado a la esquina de una calle de una urbanización. Varios policías disparaban a Harper.

Este, con la misma sonrisa de suficiencia, cayó de rodillas mientras cinco policías lo acribillaban a balazos. Murió antes de chocar contra el suelo.

Pero eso fue después de que hubiera acabado con la vida de los cinco miembros de una familia, cuya casa había allanado. Una familia que seguiría viva si él no hubiera conseguido que Harper saliera libre.

Cinco rostros giraban a su alrededor gritando lo mismo: «Nos has matado».

Cash, temblando y bañado en sudor, se sentó en la cama chillando.

–¡No!

–Tranquilo, héroe –le dijo Alma en voz baja mientras le ponía las manos en el pecho y lo empujaba para que volviera a tumbarse. Después lo arropó con la sábana.

Cash lanzó una mirada extraviada a su alrededor. Al darse cuenta de dónde se hallaba, se tranquilizó un poco. No estaba en la sala del tribunal ni en la calle, sino en el dormitorio de Alma.

¿En su cama?

¿Cómo había llegado hasta allí?

No lo recordaba. Lo último de lo que se acordaba era de que estaba intentando sacar al niño de la casa en llamas. Comenzó a recordar fragmentos, que le llegaban como trocitos de un caleidoscopio.

Miró a Alma.

–¿Qué hago aquí?

–Espero que recuperarte –contestó ella tratando de hacerlo en tono ligero. Como él la seguía mirando, se lo explicó–. Mi casa estaba más cerca que el rancho de tu abuelo, así que, hace dos días, el sheriff y mis hermanos te trajeron aquí.

La información lo dejó perplejo.

–Dos días... ¿Llevo dos días inconsciente?

Era imposible. Tenía que haber un error.

–Dos días –confirmó ella–. El médico ha venido un par de veces a ver cómo estabas. Me ha dicho que estas cosas llevan tiempo, pero que recuperarías la consciencia –sin embargo, ella no había sido tan paciente como daba a entender–. Tengo que reconocer que me estaba empezando a preocupar.

Cash tenía la sensación de que los pulmones y la garganta le quemaban. Al respirar hondo, el dolor aumentaba. Trató de hacerlo con suavidad.

–¿Y has estado aquí todo el tiempo? –preguntó sorprendido.

Alma se encogió de hombros al tiempo que asentía con la cabeza.

–Los delitos del pueblo han tenido que esperar de nuevo.

Le sonrió tratando de ocultarle lo preocupada que había estado y lo aliviada que se sentía porque había abierto los ojos.

–No me ha parecido que hubiera nada más importante que estar aquí cuando te despertaras. El señor Varner y su hijo vinieron ayer a ver cómo estabas –añadió–. Me pidieron que en cuanto recobraras el conocimiento se lo comunicara, pero creo que es mejor dejar pasar un tiempo, hasta que te recuperes.

–Sí –Cash asintió, distraído. Le dolía mucho el pecho, como si le

hubiera caído encima un tronco muy pesado.

Estaba tan agotado como la primera vez que había participado en una carrera de diez kilómetros.

–¿Qué me has llamado cuando me he despertado? –preguntó él de repente, confuso por las palabras que le surgían en el cerebro al azar.

–Te he dicho: «Tranquilo, héroe» –repitió ella.

Él frunció el ceño.

–No soy un héroe –observó con brusquedad.

Su enfado la sorprendió. Tal vez hubieran debido llevarlo al hospital. Estaba a setenta y cinco kilómetros del pueblo, pero quizá necesitara que le hicieran radiografías o análisis.

–Creo que el señor Varner y su familia estarán en total desacuerdo contigo. Cuando estuvo aquí ayer, repitió una y otra vez que te regalaría herramientas el resto de su vida.

Nada de aquello tenía sentido para él.

–¿Por qué lo decía?

¿Se habría dado un golpe en la cabeza al saltar? ¿O el humo le habría afectado el cerebro?

–Por si lo has olvidado –afirmó ella con suavidad–, imitaste a una ardilla voladora y salvaste al nieto menor del señor Varner. Salvar una vida no se puede compensar de ningún modo, pero Silas está dispuesto a intentarlo.

Cash apartó la vista. La pesadilla que había tenido todavía permanecía en los límites de su consciencia. Era imposible deshacerse de ella, y contribuía a que su sentimiento de culpabilidad se incrementara.

–Tampoco se puede compensar la pérdida de una vida.

Era evidente que se refería a lo que lo atormentaba, fuese lo que fuese.

Alma decidió que ya había esperado bastante a que él se lo contara por su propia voluntad.

–Muy bien –dijo acercando más a la cama la silla que llevaba ocupando dos días–. He sido muy paciente, pero o me dices lo que te está consumiendo o te vas de esta habitación.

Cash la miró con escepticismo.

–No bromeo. Si te tomas la molestia de mirar debajo de la sábana, verás que no estás vestido precisamente para pasearte por

nuestras hermosas calles. Tus pantalones los tengo yo, y no pienso devolvértelos hasta que no me cuentes lo que quiero saber.

Cash negó con la cabeza en un intento de protegerla y de protegerse a sí mismo. Ella lo odiaría cuando lo supiera, y él no lo soportaría.

–Es mejor que no lo sepas.

Pero se habían acabado las bromas y los juegos. Cuando ella lo miró a los ojos, no había una sonrisa en sus labios.

–No, no es mejor. Estás sufriendo, Cash, y lo estás haciendo desde que llegaste. Quiero saber por qué.

Se hizo un silencio tan largo que ella estuvo segura de que Cash no se lo diría. Estaba a punto de volver al ataque cuando este comenzó a hablar con voz dura e implacable.

–Ayudé a un asesino a librarse de una acusación de asesinato.

Ella tenía entendido que así se ganaba la vida. Era abogado defensor, y el bufete en el que trabajaba se ocupaba de casos criminales.

–¿Sabías que era un asesino cuando lo defendiste?

Él suspiró mientras reflexionaba.

–No estaba seguro –concedió–. Pero lo sospechaba.

–¿Qué pasó? –preguntó Alma.

–Tres semanas después de que tuviera lugar el juicio, lo descubrieron cuando había entrado a robar a otra casa. Una vecina llamó a la policía al oír gritos. Hubo un gran despliegue policial, y él trató de huir abriéndose paso a tiros. La policía tuvo que matarlo.

Cash respiró hondo, lo que incrementó aún más el dolor de su pecho.

–Hay algo más –afirmó ella. Se lo decía su intuición. Cash no podía estar tan trastornado por la muerte de un criminal–. ¿Qué es lo que no me has contado?

–La policía acabó con él, pero después de que hubiera matado a una familia de cinco miembros: los padres, dos chicos adolescentes y una niña de cuatro años –Cash cerró los ojos durante unos instantes, como si no pudiera soportar el dolor de saberlo–. Si no hubiera conseguido que liberaran a ese canalla, estarían vivos. Yo los maté, Alma –gritó–. Aunque fuera Ronald Harper quien apretara el gatillo, fui yo quien los mató. Soy responsable de su muerte.

Su sentimiento de culpabilidad era inmenso. Alma lo

compadeció.

–Las cosas no salen siempre como deseamos.

Cash sabía que se lo decía con buena intención, pero era incapaz de controlar la amargura que sentía contra sí mismo.

–Sí, bueno, vete a decírselo a esa familia. «Vaya, lo siento. No era mi intención que sucediera esto, pero estáis muertos».

Ella lo miró dejando a un lado la compasión que le había inspirado. Él no necesitaba que lo mimaran, sino hallar el modo de salir a la superficie antes de que acabara enterrándose en vida.

–¿Y qué? ¿Te vas a pasar el resto de la vida fustigándote?

Él se encogió de hombros.

–Puede ser un plan.

Ella no se anduvo con miramientos.

–Un plan pésimo.

–No es asunto tuyo –dijo él en un intento desesperado de alejarla. Si seguía formando parte de su vida, solo conseguiría sentirse decepcionada.

Alma se sintió dolida ante sus palabras, pero no se trataba de ella, sino de él y del dolor que experimentaba. Tenía que conseguir que viera más allá del dolor, que se diera cuenta de la inutilidad de lo que se estaba haciendo a sí mismo.

–Puede que no lo sea, pero te voy a hacer una pregunta. Digamos que te dedicas a fustigarte lo que te queda de vida, que te pones un cilicio, duermes sobre brasas, andas sobre cristales... ¿Va eso a resucitar a un solo miembro de esa familia?

Él no contestó.

Ella insistió.

–Dime, ¿va a hacerlo?

Él le dirigió una mirada airada.

–No.

–Muy bien, eso ya ha quedado claro –afirmó ella en un tono desprovisto de toda emoción–. Ahora vamos a dejar clara otra cosa. Hace dos noches salvaste la vida de un niño, un crío que, de no ser por tu heroísmo, ahora estaría en un ataúd esperando su funeral. Le salvaste la vida –recalcó ella–. Tal vez sea así como puedas aprender a vivir y a perdonarte.

Él no entendió lo que quería decirle.

–¿Cómo? ¿Metiéndome de un salto en edificios en llamas?

Alma estaba dispuesta a aferrarse a lo que fuera.

–Si se te presenta la ocasión, sí. Pero hasta entonces, dedícate a hacer algo positivo valiéndote de tu profesión.

Eso parecía muy bonito, pero él no tenía nada que ofrecer.

–¿Como qué?

Alma pensó en Olivia.

–Como dedicar tiempo a ayudar a personas que están metidas en un lío, pero que no pueden pagar a un abogado. Hay muchas formas de salvar vidas, Cash, y no todas implican meterse en edificios en llamas, sino ayudar a las personas a vivir o a tener una segunda oportunidad.

Alma se había ido animando a medida que hablaba, y lo hacía deprisa y con seriedad.

–Puedes hacer mucho bien si consigues superar esto.

–Lo dices como si disfrutara estando así –afirmó él mirándola con incredulidad.

–Bueno, tal vez no estés disfrutando –concedió ella–. Pero quedarse sentado en la oscuridad odiándote es mucho más fácil que salir a la luz y hacer algo positivo.

Estaba intentando desesperadamente que él no cayera en una depresión sin fondo. Había visto la misma expresión de los ojos de Cash en los de Edwin Walker después de perder a su esposa. El ranchero cayó en una depresión de la que fue incapaz de salir. Un año después de la muerte de su esposa, el sheriff lo encontró flotando en el río.

Alma no estaba dispuesta a consentir que a Cash le sucediera algo así.

Le agarró una mano con las suyas como si quisiera transmitirle su energía.

–Tienes mucho que ofrecer, Cash. No dejes que se desperdicie –lo miró a los ojos y susurró–: por favor.

Tal vez pudiera conseguirlo, pensó él. Pero, para ello, la necesitaría a su lado. Y no tenía derecho a esperarlo.

–¿Por qué eres tan comprensiva? Al fin y al cabo, te abandoné.

Ella se encogió de hombros. El pasado, pasado estaba, y había que olvidarlo.

–Eras joven. Y estúpido, desde luego, pero joven.

Él negó con la cabeza.

–Eso no es una excusa.

Alma le sonrió. Siempre había deseado que Cash se disculpara y que volviera a Forever. Y le pareció que había conseguido las dos cosas.

–Ayúdame –le dijo ella–. Estoy de tu parte, aunque tú no lo estés –añadió.

Él ya lo sabía, pero hubiera debido saberlo años antes.

–Creo que mi primer error fue olvidar lo bien que hacías que me sintiera con respecto a todo.

–Pues reflexiona sobre ello mientras te recuperas. El médico quiere que guardes cama un par de días. Puedo llamarlo para que venga a examinarte ahora que estás consciente, pero me ha dicho que lo que más te conviene es descansar.

–Solo descansar –repitió él.

–Sí.

–Aquí, en esta cama –no era exactamente una pregunta, ni tampoco una afirmación.

Era la cama en la que habían hecho el amor.

–Pues sí, ya que es en la que estás acostado.

–Es tu cama.

Ella se encogió de hombros. No tenía un sentido de la propiedad muy desarrollado, y en aquel momento era él quien necesitaba recuperar fuerzas.

–Dormiré en la silla, o en el suelo. Hay un saco de dormir en el armario. Puedo dormir en cualquier sitio.

–¿Y qué te parece en tu cama? –sugirió él mientras daba palmaditas en ella–. Hay sitio de sobra para dos –la miró seductoramente–. ¿Recuerdas?

Alma sonrió. Tuvo el presentimiento de que todo saldría bien.

–Por el brillo de tus ojos se diría que, de repente, descansar ha dejado de ser una prioridad para ti.

–En efecto, ha dejado de serlo.

Por primera vez desde que había recuperado la consciencia se sentía vivo. La miró de arriba abajo.

–Pero lo que estoy pensando contribuirá sin duda a acelerar mi recuperación.

–El médico no ha dicho que hagas gimnasia –dijo ella haciendo esfuerzos para mantenerse seria.

–Puedes ponerte tú encima. Y lo que hagas en esa postura dependerá únicamente de ti.

Alma se echó a reír y negó con la cabeza.

–Parece que te encuentras mejor –y le pareció imposible sentirse más aliviada y contenta.

–Tú haces que me sienta mejor –afirmó él con emoción–. Estar contigo me recuerda tiempos mejores.

Ella le dio un leve beso en los labios.

–Ese tiempo puede ser ahora, Cash. No tiene por qué ser algo del pasado –le puso la mano en la mejilla–. ¿Quieres expiar lo que hiciste? Haz buenas obras. Ayuda a alguien que no tenga a nadie a quien recurrir.

Oyéndola parecía fácil.

–Tienes razón –afirmó él. Pero era realista–. No lo conseguiré sin ti.

–¿Quién dice que tengas que hacerlo? –preguntó ella–. Ya sabes dónde encontrarme.

Siempre lo había sabido, pero había sido un estúpido, pensó él. Ya era hora de compensarla y de recuperar el tiempo perdido.

–Preferiría no tener que buscarte.

–¿Cómo? –no estaba segura de lo que trataba de decirle, y temía llegar a conclusiones precipitadas.

–Preferiría volver a ti y a casa todas las noches.

–¿Me estás pidiendo...?

Lo estaba haciendo. Le estaba pidiendo que se casaran. En aquel pueblo las parejas no se iban a vivir juntas.

–Me temo que los últimos acontecimientos te han afectado al cerebro.

Él le acarició el pelo. ¿Por qué se había resistido a la idea durante tanto tiempo? Estaban hechos el uno para el otro. Ella era su media naranja.

–Pero no lo bastante para no saber lo que digo –le aseguró él.

Muy bien, si él había llegado tan lejos, Alma quería oírselo decir con todas las palabras.

–¿Y qué es lo que dices?

La miró a los ojos.

–Cásate conmigo, Alma.

Ella se levantó y agarró el teléfono que había en la mesilla.

–Será mejor que llame al médico para que venga inmediatamente.

Él le agarró la mano e impidió que descolgara.

–Hablo en serio, Alma. Cásate conmigo. He querido pedírtelo desde que volví al pueblo y te vi. Lo único que me lo ha impedido ha sido que no creía tener derecho a estar con alguien como tú después de lo que había hecho.

A pesar de lo entusiasmada que estaba porque él le había pedido que se casaran, Alma pensó que aquello no estaba bien. Era como aprovecharse de él. Quería que se lo pidiera cuando no estuviera bajo los efectos de haber inhalado humo.

–Ahora mismo no piensas con claridad y estás emocionalmente confuso –le dijo. Pero aquella noble postura no era fácil de sostener, sobre todo cuando lo único que quería era abrazarlo y besarlo hasta que ambos se quedaran sin aliento.

Al verlo entrar en la casa en llamas se había quedado horrorizada porque creyó que lo había perdido para siempre.

–Dentro de dos días te arrepentirás de habérmelo pedido.

–De lo que me arrepentiré dentro de dos días es de no habértelo pedido antes.

Entonces, Cash pensó algo que le contrajo el estómago: ¿y si ella le decía eso porque creía que el momento de estar juntos ya había pasado? ¿Y si no quería casarse con él?

–A no ser, claro está, que me rechaces –añadió mirándola a los ojos.

¿Había perdido el juicio?, pensó ella. ¿O ya no la conocía?

–¿De verdad crees que te rechazaría?

Él quiso negarlo, pero no estaba completamente seguro.

–Tienes todo el derecho a vengarte por el modo en que te traté.

Lo decía en serio. Alma suspiró y le tendió la mano.

–Hola, creo que no nos han presentado. Me llamo Alma. ¿Y tú?

Él se echó a reír porque supo que le estaba diciendo que, si se creía lo que acababa de decir, no la conocía.

Pero claro que la conocía.

Y estaba deseando quedarse en Forever para siempre y llegar a conocerla mejor. Estaría encantado de hacerlo.

Por primera vez en mucho tiempo creyó que las cosas saldrían bien. Había revelado a Alma su oscuro secreto, y ella, en vez de

rechazarlo u horrorizarse ante lo que le había dicho, estaba dispuesta a quedarse a su lado y a ayudarlo.

No se la merecía, pero se prometió a sí mismo que dedicaría el resto de su vida a hacer que no se arrepintiera de su decisión.

–Te quiero, Alma –afirmó, emocionado.

Alma le sonrió de oreja a oreja. La felicidad que sentía era tanta que le parecía imposible que le cupiera en su interior.

–Supongo que ahora sí que has recuperado el conocimiento. Yo también te quiero, tonto. Y, cuando te recuperes, disfrutaré demostrándote cuánto.

–Necesito un anticipo, algo para poder esperar.

–Un anticipo –repitió ella, y asintió con la cabeza–. Muy bien, creo que se puede arreglar.

Se metió en la cama y se volvió hacia él. Le brillaron los ojos al decirle:

–Aquí tienes un apasionado anticipo.